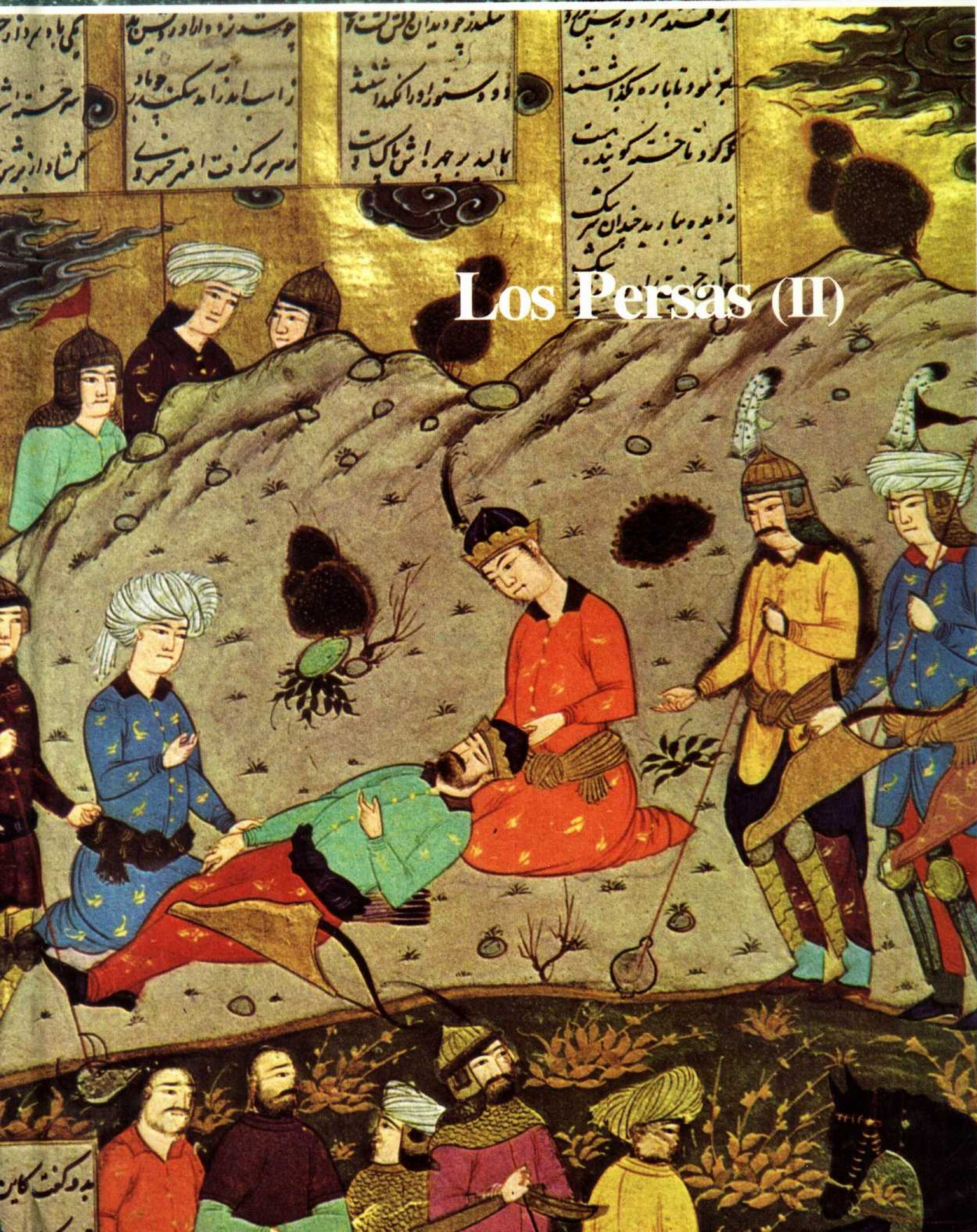
ORIGENES DEL HOMBRE



Los Persas (II)

36

TIME LIFE

folio

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Persas (II)

TIME LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Jim Hicks
Asesores: Roger Moorey, Edith Porada, Dale Bishob
y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 26-9-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-475-2 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:
La voz de Zoroastro **92**

Capítulo quinto:
Persépolis, diadema del reino **106**

Secuencia gráfica: El recuerdo de una soberanía perdida. . **125**

Capítulo sexto:
Un regalo para el mundo occidental **132**

Secuencia gráfica: Herederos del manto de Ciro . . . **147**

Procedencia de las ilustraciones y agradecimientos . . . **156**

Bibliografía **157**

Índice **158**

Vasijas para banquetes fastuosos



En un banquete, dos borrachines podían sacar los tapones de los dos caños que aparecen en la parte inferior de esta ánfora de 35 cm de altura para beber simultáneamente. Los gráciles íbex de las asas eran los guardianes simbólicos de la vasija y de su contenido. La utilización de oro y plata conjuntamente es una característica de los artífices aqueménidas, quienes adoptaron la técnica de mezclar los metales imitando a los egipcios. Esta ánfora fue hecha en Anatolia.



Este cuenco de oro de 20 cm de anchura lleva grabado en su borde el nombre del rey Jerjes en las lenguas persa, babilónica y elamita utilizadas para inscripciones formales. La escritura es cuneiforme. Reencontrada en el tesoro depositado por Alejandro en Hamadán, esta fuente podía haber sido utilizada para servir frutas en el banquete de un cortejo real aqueménida. Los diseños geométricos en relieve, similares a los del arte asirio, pueden representar, de forma abstracta, fresas salvajes.

Los cuernos serpenteados y el collarín de un carnero salvaje resaltan nítidamente contra la brillante superficie de esta copa de 18 cm hallada en Hamadán. El carnero de largos cuernos constituía un signo de poderío real persa, pues se creía que un macho dominante dirigía su rebaño de la misma forma que el Rey de Reyes gobernaba el mundo.



Valiosas muestras de la guerra y la caza



El uniforme de batalla de un luchador escita reclutado en el ejército de Darío resulta claramente evidente en este retrato de oro repujado. Viste una armadura de cuero y de su cintura cuelga una funda para el arco. En su mano izquierda enarbola un hacha de batalla; en la derecha, una larga lanza. Esta obra de 8 cm de altura –posiblemente realizada como ofrenda de un guerrero a una deidad antes de la batalla– forma parte del Tesoro de Oxus hallado en Afganistán.



Empuñadura de una espada de 43 cm de longitud, con rostros de leones fieros y garras tersas, encontrada en Hamadán. Al parecer, se creía que los felinos conferían valor al noble poseedor del arma. A pesar de que la hoja es de oro relativamente blando, se halla reforzada en sus bordes. Estas armas quedaban en general reservadas para ceremoniales, ya que una hoja de espada de guerra debería ser de bronce.



La escena representada en este disco de plata dorada procedente del Tesoro de Oxus demuestra cómo se equipaban los persas para la caza. Montaban en sillas de tela sin estribos y vestían túnicas y pantalones; las armas utilizadas eran lanzas y flechas, y su caza ciervos, conejos y cabras monteses. Esta pieza, de unos 10 cm de diámetro, lleva agujeros en el centro para poderla montar sobre un escudo.

Capítulo cuarto: La voz de Zoroastro



En su mayor parte, los gobernantes aqueménidas de Persia y los aristócratas que les rodeaban eran gente realista –productores y dilapidadores de riquezas, administradores, soldados–, no poetas ni filósofos. Sólo en una área trascendieron el pragmatismo: la religión. En el plano espiritual, la profundidad de su devoción religiosa los coloca junto a los pueblos más creyentes que en el mundo han sido. A pesar de que su fe, conocida como zoroastrismo, era anterior en muy poco a la propia soberanía aqueménida, comportaba la exacta obediencia de sus mayores reyes.

Al igual que la cristiandad y el islam, el zoroastrismo fue revolucionario en sus inicios, y al igual que ambas religiones, fue fundado por un hombre, Zarathustra, más conocido en el mundo occidental como Zoroastro, versión griega de su nombre.

Tal como él lo concibió, probablemente poco antes del año 600 antes de nuestra era, el zoroastrismo era casi un monoteísmo puro centrado alrededor de un ser supremo que recibía el nombre de Ahuramazda. Según creía Zoroastro, este ser supremo estaba asistido por una jerarquía de espíritus subordinados que, más que divinidades por propio derecho, constituían diferentes manifestaciones del único dios verdadero. Siempre según Zoroastro, Ahuramazda creó al hombre, la luz y la oscuridad, así como todo lo demás, tanto material como espiritual. Entre las más importantes cosas creadas por la suprema deidad, según lo interpretaba Zoroastro, había dos fuerzas opuestas. Una, que representaba la Verdad, se denominaba Spenta Mainyu, el Espíritu Santo. La otra, Angra Mainyu, el Espíritu Destructivo, representaba la Mentira. Ambas fuerzas ejercen constantemente un influjo sobre los hombres, cuya responsabilidad moral reside en la selección entre ambas. El gran dios juzgaría al hombre después de la muerte: si éste había escogido el bien, recibiría una vida eterna de facilidades y prosperidad; mientras que si había elegido el mal, recibiría un tormento eterno.

Esta torre de caliza y basalto, de 10 cm de altura, fue construida probablemente por Darío I para albergar la llama perpetua, elemento básico de la fe del zoroastrismo persa. El fuego era cuidado por los sacerdotes, que lo dejaban extinguir sólo cuando fallecía un rey; el sucesor volvía a encender la llama. Restaurado por los excavadores, este edificio se yergue sobre un acantilado en Naqsh-i Rustam, cerca de Persépolis.

Una doctrina organizada de tal forma –que profesaba un verdadero Dios y se caracterizaba por un dualismo ético, una voluntad libre y una recompensa y castigo póstumos– constituía una desviación radical de la fe politeística, no sistemática, a la que tanto los persas como sus predecesores en el Irán habían estado acostumbrados y a la que el pueblo en general continuaba adhiriéndose.

Posiblemente a causa de que las creencias de Zoroastro aparecieron en un mundo todavía no preparado para ellas, los persas que adoptaron esta fe la modificaron dándole una forma más compatible con las creencias tradicionales más antiguas. De hecho, en la época aqueménida, alguno de los conceptos rechazados por Zoroastro como paganos o primitivos habían empezado a afianzarse, aunque ciertos principios fundamentales del zoroastrismo eran suficientemente poderosos para resistir la corrupción y sobrevivir a la influencia de otras creencias principales, especialmente el judaísmo y el cristianismo. Entre las ideas judías y cristianas en las que los eruditos ven una deuda con el zoroastrismo se halla la noción de un dios supremo que creó no sólo el universo, sino también el cielo y el infierno, y que en el día del juicio dispensará felicidad o condenación eterna a los buenos o a los malos.

Se desconoce la fecha en que los reyes aqueménidas adoptaron el zoroastrismo, y hay pocas pruebas de que esta fe llegase a influir sobre Ciro el Grande o sobre sus predecesores, aunque no existe duda acerca de la devoción de Darío I hacia Ahuramazda,

si bien no es seguro que Darío reverenciase al dios precisamente según las reglas de Zoroastro. Durante su reinado, Darío proclamó muchas veces en inscripciones reales que él gobernaba gracias al "favor de Ahuramazda" –y de forma significativa no se menciona ningún otro dios–. A partir del 480 a. de C., en la época de Jerjes, hijo y sucesor de Darío, se dispone de pruebas convincentes de que los aqueménidas habían adoptado como religión oficial el zoroastrismo. Así Jerjes al describir las provincias conquistadas, dice: "Existían lugares donde previamente se habían adorado *daevas* (dioses falsos), hasta que por la voluntad de Ahuramazda desterré el culto a los *daevas* y promulgué la orden de que "¡los *daevas* no serán adorados!" Así, en el lugar donde antes habían sido adorados los *daevas,* adoré a Ahuramazda según la verdad y siguiendo el rito adecuado."

Durante los siglos anteriores al reinado de Jerjes, los aqueménidas y su corte debían haber experimentado profundas modificaciones en su estructura moral. Sin embargo, para entender cómo el zoroastrismo llegó a representar un paso gigantesco en la evolución de la actitud religiosa persa es esencial considerar su sistema de creencias preexistente a los aqueménidas y llegar a comprender que muchas de las prácticas antiguas, si no las creencias, persistieron en el marco modificado del zoroastrismo.

Como no existen escrituras que describan una religión prezoroástrica en el antiguo Irán, los eruditos que intentan reconstruir las viejas creencias y ritos tienen que basarse en datos que sólo proporcionan una base especulativa. Entre estos datos pueden citarse algunos descubrimientos arqueológicos, principalmente los restos de templos, así como las útiles escrituras del zoroastrismo, el Avesta, recopiladas después de la modificación que los persas hicieron de la religión original reavivando viejas creencias que aparecen descritas de forma periférica. Tal vez el dato más revelador sea el de una obra no persa más antigua: el Rig-Veda. Compuesta entre los años 1200 y 900 a. de C., esta obra refleja la religión ancestral del pueblo ario de la India, cuya fe se cree que ha estado muy vinculada a la de los primeros iraníes.

El cuadro que emerge de estos estudios revela una religión politeísta en la cual los numerosos dioses iranios quedaban divididos en dos clases: los *ahuras* y los *daevas.* Los *ahuras* parecen haber constituido las deidades más excelsas, relacionadas principalmente con el orden del universo. Los dos miembros más importantes de esta elevada clase de dioses eran probablemente una deidad denominada Ahura y otra denominada Mithra; representaban en conjunto la soberanía divina y dirigían el curso del Sol, la Luna y las estrellas. Estos mismos dioses aparecen también asociados en cierto grado con algunos conceptos morales: entre otras virtudes, Mithra representa el grado de lealtad y la santidad de los contratos, mientras que Ahura representa la palabra verdadera. Los dioses pertenecientes a la segunda clase, los *daevas,* se hallaban más próximos a los problemas humanos y personificaban elementos tales como la tierra, el fuego, el agua y los vientos.

En los mitos populares relacionados con los conflictos y hostilidades que el hombre debía vencer o ante los que sucumbía en la vida real, figuraban dioses de ambas clases, aunque no existía ninguna ordenación lógica general para el panteón o para el comportamiento de sus miembros –ningún esquema a través del cual el hombre pudiese percibir los propósitos de los dioses–. Las deidades actuaban sobre las vidas de los hombres a voluntad, suministrando crueldad o amabilidad, oposición o asistencia.

Los hombres sólo podían ganar el favor divino mediante el canto de alabanzas a los dioses o con el cumplimiento de los ritos. Estas ceremonias se desarrollaban según tres ritos básicos. Uno de ellos consistía en encender y mantener fuegos sagrados, puesto que los iraníes reverenciaban un dios del fue-



Realizado en el siglo VIII *antes de nuestra era, este estandarte de bronce, para un báculo de madera, representa una antigua deidad irania, posiblemente un dios de justicia, debelador de animales monstruosos. El ídolo, de 20 cm de altura, indica que el concepto de la lucha entre el bien y el mal existía antes que el profeta Zoroastro, nacido el 638 antes de nuestra era, lo incorporase a la fe que predicó.*

go al cual probablemente consideraban como el elemento purificador capaz de ahuyentar a los demonios.

El segundo rito de la antigua religión estaba relacionado con la preparación de una bebida embriagante cuyo ingrediente principal era una planta sagrada denominada *haoma,* del nombre de un dios de la vegetación de menor importancia. Hace tiempo que los entendidos se preguntan qué tipo de planta podía ser, y parecen haber concluido que era una especie de *Ephedra,* hierba medicinal de las montañas de Irán y Afganistán. Parte de aquella sustancia se rociaba como ofrenda alrededor de un altar donde se creía que residían los dioses invisibles.

El resto del *haoma* se guardaba para su utilización en un tercer rito fundamental: el sacrificio de sangre, en el cual se inmolaba un animal, generalmente un toro, que era pasado por el fuego, dividido entre los fieles y ofrecido al dios. Antes de cocinar la carne, ésta se rociaba con *haoma,* y se mezclaba el residuo con leche y agua, todo lo cual era a continuación consumido por el pueblo. La droga producía un estado de euforia que daba sensación de inmortalidad. La figura de Zoroastro, el sabio que se dedicó a reformar esta arraigada religión, queda encuadrada en una de aquellas sombras del pasado que han resistido la curiosidad de los eruditos. Los historiadores han tratado repetidas veces de reconstruir su vida a través de los datos generalmente apócrifos de sus seguidores, junto con pequeños datos de información tangencial y especulación. No obstante, la historia personal de Zoroastro continúa siendo una de las más esquivas de todos los tiempos.

Ello naturalmente ha convertido a este personaje en un ser todavía más enigmático. Los historiadores clásicos asociaron a Zoroastro con Magi, una clase sacerdotal que llegó a controlar el zoroastrismo y alcanzó renombre entre los griegos y romanos por sus fuerzas sobrenaturales y sus habilidades para la magia. (La palabra "magia" deriva de su nombre.) Esta

gente consideraba a Zoroastro el Mago supremo, por lo que esta imagen contribuyó a eclipsar gradualmente su reputación de hombre sabio.

Algunas de las consideraciones erróneas que rodean la figura de Zoroastro fueron aclaradas en el siglo XVIII, cuando el orientalista francés Abraham Hyacinthe Anquetil-Dupperon logró traducir el Avesta o libro sagrado, escrito en un dialecto iranio parecido al sánscrito y desconocido para el mundo occidental durante largo tiempo. La tradición zoroástrica dice que el Avesta se escribió originalmente, durante la vida del profeta, en tinta de oro sobre 12.000 pieles de buey y que fue depositado posteriormente en una biblioteca real próxima a Persépolis, donde quedó destruido cuando Alejandro Magno incendió la capital aqueménida en el año 330 antes de nuestra era. De hecho, el Avesta fue compilado como colección de tradiciones orales a lo largo de muchos siglos y probablemente se escribió por primera vez durante los siglos III y IV de nuestra era, aunque sólo se conserva una tercera parte del texto original. La traducción de Anquetil-Dupperon contribuyó a revelar a Zoroastro como profeta y reformador religioso.

Con todo, dicho personaje continúa mal definido, ya que incluso los entendidos modernos sólo pueden conjeturar acerca de los detalles de su historia personal. Sin embargo, han conseguido una visión de su vida que semeja un tanto veraz, separando lo que parece real de lo fantástico en los relatos del Avesta, así como los relatos contenidos en un grupo de obras religiosas de los clérigos zoroastrianos del siglo IX de nuestra era. (Estos últimos, conocidos como los libros de Pahlavi, se hallan profusamente ilustrados con milagros y otros sucesos maravillosos.)

Estos libros sugieren que Zoroastro alcanzó cierta fama por primera vez 258 años antes de Alejandro, o sea, antes de la conquista de Persépolis en el año 330 antes de nuestra era. Esta fecha, el año 588 antes de nuestra era, se toma como indicativa del año en que consiguió su primer converso de importancia, el rey Vishtaspa, cuyo reino se hallaba en la parte oriental del Irán. Se dice que la conversión de Vishtaspa ocurrió cuando Zoroastro tenía 40 años, lo que data el nacimiento del profeta alrededor del año 628 antes de nuestra era.

La tradición sitúa el lugar de nacimiento de Zoroastro en la parte noroccidental de Irán, en lo que en la actualidad constituye un suburbio de la moderna ciudad de Teherán. En su juventud Zoroastro pudo haber actuado como mago, o sacerdote, en la vieja religión politeísta, aunque a la edad de 20 años decidió buscar la verdad, que encontró diez años más tarde en forma de una visión del dios Ahuramazda, el cual enseñó a Zoroastro los principios de su fe. Expulsado de su tierra natal por predicar puntos de vista no ortodoxos, Zoroastro se dedicó a propagar su mensaje, aunque consiguió pocos adictos. Comprendiendo que necesitaba una base de poder para su religión, intentó convertir a Vishtaspa, lo que consiguió finalmente, después de dos años.

Pronto se convirtió toda la corte de Vishtaspa, y el zoroastrismo se extendió por todo el Irán oriental. Sin embargo, incluso contando con tal apoyo regio, el triunfo de la nueva fe distó mucho de ser un hecho pacífico. A ruegos de Zoroastro, el ejército del rey Vishtaspa lanzó una beligerante campaña para ganar adeptos por la fuerza. Por ello, es natural suponer que tanto los sacerdotes como los príncipes adictos a creencias más antiguas hubiesen intentado bloquear la expansión del mensaje del profeta, y una versión razonable relata que Zoroastro murió durante una guerra religiosa, a la edad de 77 años.

No ha sido cosa fácil determinar claramente cuáles fueron las enseñanzas originales del profeta. Las respuestas deben estar en el propio Avesta, y de modo particular en un grupo de himnos denominados los *Gathas*, que se creen compuestos por el pro-

Este edificio del siglo VIII antes de nuestra era –visto desde arriba– albergaba un culto al fuego, tradicionalmente reverenciado en el Irán. En 1965, cerca de la ciudad meda de Ecbatana, los arqueólogos descubrieron el templo lleno de pizarra y tapado con ladrillos –posiblemente en acto de desconsagración con motivo del fallecimiento de un soberano–. Al retirar los escombros descubrieron el altar de 91 cm de alto que aparece en primer plano y los nichos de 1,20 m de altura excavados en las paredes.



pio Zoroastro. Sin embargo, las palabras mismas del sabio probablemente nunca fueron escritas por él, ya que los textos que tanto Anquetil-Dupperon como otros expertos posteriores utilizaron para la traducción fueron registrados cerca de mil años después de la muerte del profeta. Es casi seguro que durante ese intervalo las plegarias sufrieran ligeras modificaciones, aunque cuando finalmente fueron registradas por escrito, alrededor del siglo IV de nuestra era, se redactaron en una lengua, denominada avestan, que todavía se resiste a su total comprensión. Los textos que Anquetil-Dupperon escudriñó durante toda una década continúan confundiendo a los entendidos, e incluso el significado de algunas palabras se halla todavía en disputa, dando lugar a desacuerdos en relación a conceptos enteros.

Las interpretaciones van desde pensar que las enseñanzas de Zoroastro se apartaban poco de la práctica aceptada que le precedía hasta el punto de vista radical que sostiene que sus ideas representan una ruptura total con el pasado religioso del Irán. Entre los estudiantes de la teología zoroastriana prevalece actualmente este último extremo.

Según estas opiniones, Zoroastro seleccionó del viejo panteón un dios supremo, Ahura –también denominado Ahuramazda– y eliminó todos los demás Ahuras. (El sufijo "mazda", palabra persa que significa "sabiduría", era ya parte del nombre del dios antes de Zoroastro.) Además de las cualidades del bien y del mal, Zoroastro atribuyó a Ahuramazda el origen de la materia, quedando las demás deidades, los *daevas,* reducidos a simples demonios. Justo debajo de Ahuramazda, Zoroastro colocó un espíritu santo mediante el cual el dios supremo expresaba su voluntad. También rodeó a Ahuramazda de seis asistentes llamados Amesha Spentas –Magnánimos Inmortales–, los cuales representaban la verdad y las virtudes como aspectos del único dios verdadero y como cualidades asequibles a los hombres.



Bajo un ciprés que simboliza el desarrollo de la fe monoteísta fundada por Zoroastro (centro), el profeta exhorta a los conversos: un rey iranio y su cortesanos. La obra data del siglo XIV *a. de C.*

Aunque la idea del antagonismo del bien y del mal no puede considerarse original de Zoroastro –ya que este concepto se hallaba presente en la religión irania precedente–, él comunicó a esta lucha un carácter universal, describiéndola en su credo como un choque entre el Spenta Mainyu de Ahuramazda, del Santo Espíritu y del perverso Angra Mainyu.

Este conflicto representaba un punto crucial en la fe de Zoroastro, pues aunque el hombre podía considerarse libre de seguir el principio moral de su elección, Zoroastro le precavía a que decidiese con mente clara, ya que en el más allá Ahuramazda les retribuiría el mal con un largo tormento y el bien con la gloria. De esta forma el dios de Zoroastro funcionaba según un sistema determinado, contrariamente a los dioses antiguos que habían tratado al hombre según su capricho. Ahuramazda establecía las reglas por adelantado.

A pesar de todas las contribuciones de Zoroastro a la coherencia religiosa, su nueva teología descansaba fuertemente en los ritos tradicionales. Según él, el fuego era el elemento más sagrado; representaba un regalo de Ahuramazda al hombre y era a la vez un símbolo de la verdad, por su poder de disipar las tinieblas del reino de Angra Mainyu. Por lo tanto, convirtió al fuego en el instrumento primario de adoración. Los sacrificios de toros siguieron constituyendo una parte importante de los ritos, aunque el profeta se opuso al método cruel de cortar el cuello al animal totalmente consciente.

Otro ejemplo del temperamento moderado de Zoroastro se refleja en su actitud hacia el uso de *haoma.* Aunque cabe la posibilidad de que hubiese prohibido su utilización, algunos eruditos creen que sólo proscribió el uso excesivo y orgiástico de la droga. Por otro lado, de haber prohibido el ritual, dicha reforma no hubiera perdurado, pues existen pruebas en el Avesta de que la bebida del *haoma* constituía una característica central de la religión zoroastriana.

Aunque es posible delinear de esta forma las creencias y rituales de la religión de Zoroastro, su evolución es más difícil de trazar al no disponer de respuestas firmes en relación a cómo llegó este credo a los persas, y cuándo y por qué sufrió modificaciones tras su adopción por los reyes aqueménidas.

Ya en tiempos de Artajerjes I, sucesor de Jerjes, el zoroastrismo no constituía la fe pura predicada por Zoroastro. Aproximadamente hacia el año 441 antes de nuestra era el núcleo monoteístico de la religión había experimentado una relativa atrofia. En

aquel año Artajerjes reorganizó el calendario persa, para lo cual utilizó nombres de viejos dioses, purgados por Zoroastro, para designar los meses. Artajerjes II hizo gala del grado de corrupción existente al mandar inscribir en su palacio de Susa la siguiente invocación: "Que Ahuramazda, Anahíta (cuyo nombre se ha asociado a la diosa madre babilónica Ishtar y con la griega Artemis) y Mithra le protejan del demonio." Con esta afirmación Artajerjes equiparaba claramente a Ahuramazda con dioses que no habían tenido ninguna conexión real en el pensamiento de Zoroastro.

Mithra puede ser considerado el más significativo de todos los antiguos dioses iraníes que alcanzaron preeminencia en la naciente religión híbrida. Considerado antes como el principal guardián de la santidad contractual, Mithra se convirtió en un dios casi tan importante como el propio Ahuramazda. Su nuevo cometido era múltiple: dios de la luz que precede al crepúsculo, protector de los iranios y dios de la guerra. Como dios de las batallas, Mithra asumió algunos de los terribles rasgos de un antiguo espíritu de la guerra, un enfurecido *daeva* conocido con el nombre de Indra en el Rig-Veda.

Muchos eruditos atribuyen a los magos la erosión gradual del zoroastrismo puro. Como miembros de una casta sacerdotal hereditaria, los magos habían desempeñado durante siglos funciones religiosas en cualquier religión iraní dominante en un tiempo determinado. Por ello, parece lógico que se convirtieran en los administradores del zoroastrismo cuando éste a su vez vino a ser la fe de los aqueménidas. Sin embargo, actuaron al servicio de lo que debió haber constituido un cuerpo laico fundamentalmente conservador; sin duda, la nobleza persa no estaba inclinada a suplantar todas las creencias comunes por nuevas opiniones radicales. Por tanto, para consolidar su posición como profesionales, los magos pudieron haber sido responsables de la actual fusión de viejas formas de adoración con formas nuevas exigidas por el zoroastrismo. Por otro lado, como realistas políticos, los gobernantes aqueménidas hubieran evitado enfurecer a sus vasallos imponiéndoles un dogma rígido; la tolerancia religiosa constituye una virtud por la cual los aqueménidas adquirieron renombre. A pesar de que muchos de los grandes reyes se declararon a sí mismos como adoradores de Ahuramazda, no insistieron en que sus vasallos siguiesen el mismo camino.

Sin embargo, el papel exacto desempeñado por los magos en la evolución del zoroastrismo no está claro. Según la opinión de los escritores griegos clásicos y romanos, los magos eran conocidos también como astrólogos, y seguían prácticas tales como el incesto. Tampoco enterraban a sus muertos: exponían los cadáveres para que fuesen devorados por buitres y fieras salvajes. Herodoto también se muestra sorprendido por su supuesta crueldad. El historiador escribe: "Los magos no sólo son capaces de matar cualquier cosa, excepto perros y hombres, con sus propias manos, sino que tienen especial placer en ello; hormigas, serpientes, pájaros –no importa lo que sea–, los matan de manera indiscriminada."

Sin embargo, Herodoto pudo muy bien haber juzgado a los magos sin conocimiento de causa. Lo que él veía como excesiva prueba de crueldad pudiera muy bien haber hallado explicación en la creencia de los magos de que muchas criaturas representaban fuerzas malignas y que por ello merecían la muerte. Por otro lado, la exposición de los muertos, que tanto horrorizaba a los escritores clásicos, parece tener su origen en la idea zoroastriana de que la tierra, al igual que el fuego, era algo sagrado, por lo que la cremación o enterramiento de los muertos hubiera profanado a estos elementos.

Aunque Herodoto, como otros escritores clásicos, registró muchos detalles sobre los magos del período aqueménida, se sabe muy poco acerca de cómo

Estas ruinas de dos altares de caliza, de unos 2,10 m de altura, aparecen solitarias en un lugar de Pasargada. Los altares fueron erigidos por Ciro II alrededor del año 545 antes de nuestra era. Los entendidos especulan que el monarca ascendió por el altar escalonado (en primer plano) y en actitud de devoción dirigió el rostro hacia la otra estructura, sobre la cual se había preparado un fuego sagrado. Los grabados de la tumba real de Naqsh-i Rustam (página 104), que representan al soberano y una llama sacrosanta en plataformas semejantes, confirman esta teoría.



cumplían sus rituales los zoroastristas de aquella época. Los relieves hallados en la tumba de Darío, así como en las de sus sucesores, nos muestran figuras de reyes en actitud de adoración ante un fuego sagrado mientras que un disco alado, que simboliza al dios Ahuramazda, aparece suspendido sobre sus cabezas. Tales fuegos se mantenían en edificios en forma de torres.

Se han descubierto los restos de cinco templos de torres procedentes del período aqueménida. El más famoso es el que aparece enfrente de la tumba de Darío el Grande en Naqsh-i Rustam *(página 92).* En un punto próximo a la frontera de Afganistán e Irán, en Dahan-i Ghulaman, se descubrieron en 1960 las ruinas de una torre muy compleja.

Construida totalmente de ladrillo, entre los años 600 y 400 antes de nuestra era –la piedra escaseaba en la región–, forma un edificio enorme y casi cuadrado; cada una de sus paredes exteriores mide unos 55 m. En el interior hay un gran patio, en cuyo centro se erigieron tres altares huecos a fin de mantener las llamas sagradas. Los excavadores del lugar creen que los altares estaban dedicados a la misma trilogía de deidades que Artajerjes II menciona en la inscripción de su palacio: Ahuramazda, Anahíta y Mithra. En los pórticos situados en las paredes interiores se habían dispuesto hornos, cerca de los cuales se hallaron pozos con fragmentos de huesos, lo que constituye una prueba evidente de que el sacrificio de animales formaba parte de los rituales que se celebraban en el edificio.

Estrabón, geógrafo griego del siglo I antes de nuestra era, nos ha legado una descripción de este tipo de templos. Aunque vivió casi 300 años después del fin de la dinastía aqueménida, se cree que basó su relato en las descripciones personales de historiadores griegos que habían acompañado a Alejandro Magno en su campaña persa y cuyas observaciones fueron conservadas por sucesivas generaciones. Por tanto, parece probable que el ritual descrito por Estrabón pueda remontarse a los tiempos aqueménidas.

"Los persas –escribió Estrabón– poseen... ciertos altares de gran tamaño denominados *pyraetheia* (lugares donde se mantiene vivo el fuego). En su centro hay un altar sobre el que se deposita gran cantidad de cenizas y en el que los magos mantienen un fuego permanente. Diariamente realizan sus conjuros durante casi una hora, manteniendo delante del fuego un haz de varillas, y cubriendo sus cabezas con altos turbantes de fieltro, que cubren los labios y costados de los pómulos." Este escritor comentó también que nadie "podía soplar sobre la llama para avivarla, sino que tenían que utilizar abanicos, pues los que soplaran sobre la llama... o echaran sobre ella algún objeto muerto, o polvo, eran sentenciados a muerte". Los sacerdotes llevarían el rostro cubierto con máscaras para evitar el riesgo de que su propio aliento pudiese contaminar el fuego. Estrabón no menciona si otras personas, además de los sacerdotes, tomaban parte en este servicio diario.

Tampoco existe ninguna descripción de la ceremonia del *haoma* en el período aqueménida, aunque este rito debió haber sido realizado con regularidad. Sin embargo, a partir de ciertas indicaciones del Avesta y de prácticas zoroastrianas posteriores, se puede llegar a formar una idea razonable de cómo se realizaba un ritual *haoma* en la Persia antigua.

La ceremonia tenía lugar en un templo de fuego alrededor de las llamas sagradas. Se llevaba a cabo en dos tiempos: uno para los sacerdotes solos, e inmediatamente después para los hombres santos y laicos conjuntamente. El rito duraba desde el amanecer hasta el crepúsculo, y una vez iniciado, los sacerdotes no podían detenerse a descansar, comer o prestarse a ser sustituidos. Uno de los primeros actos consistía en el sacrificio del toro, haciéndole perder el conocimiento de un golpe seco antes de cortarle el cuello. Se cree que esta inmolación anticipaba sim-

Celebrantes actuales de una religión venerable

Los parsis de la India son los seguidores actuales del zoroastrismo y descendientes directos de los persas que abandonaron su tierra natal en el siglo VIII de nuestra era antes que aceptar la religión de sus conquistadores musulmanes. Aunque todavía quedan algunos correligionarios en el Irán –sus antepasados prefirieron ocultarse antes que huir– la mayoría de los parsis habitan en Bombay, donde han llegado a convertirse en prósperos hombres de negocios y dirigentes comunitarios, y han adoptado la lengua hindú y la indumentaria y costumbres indias o las occidentales.

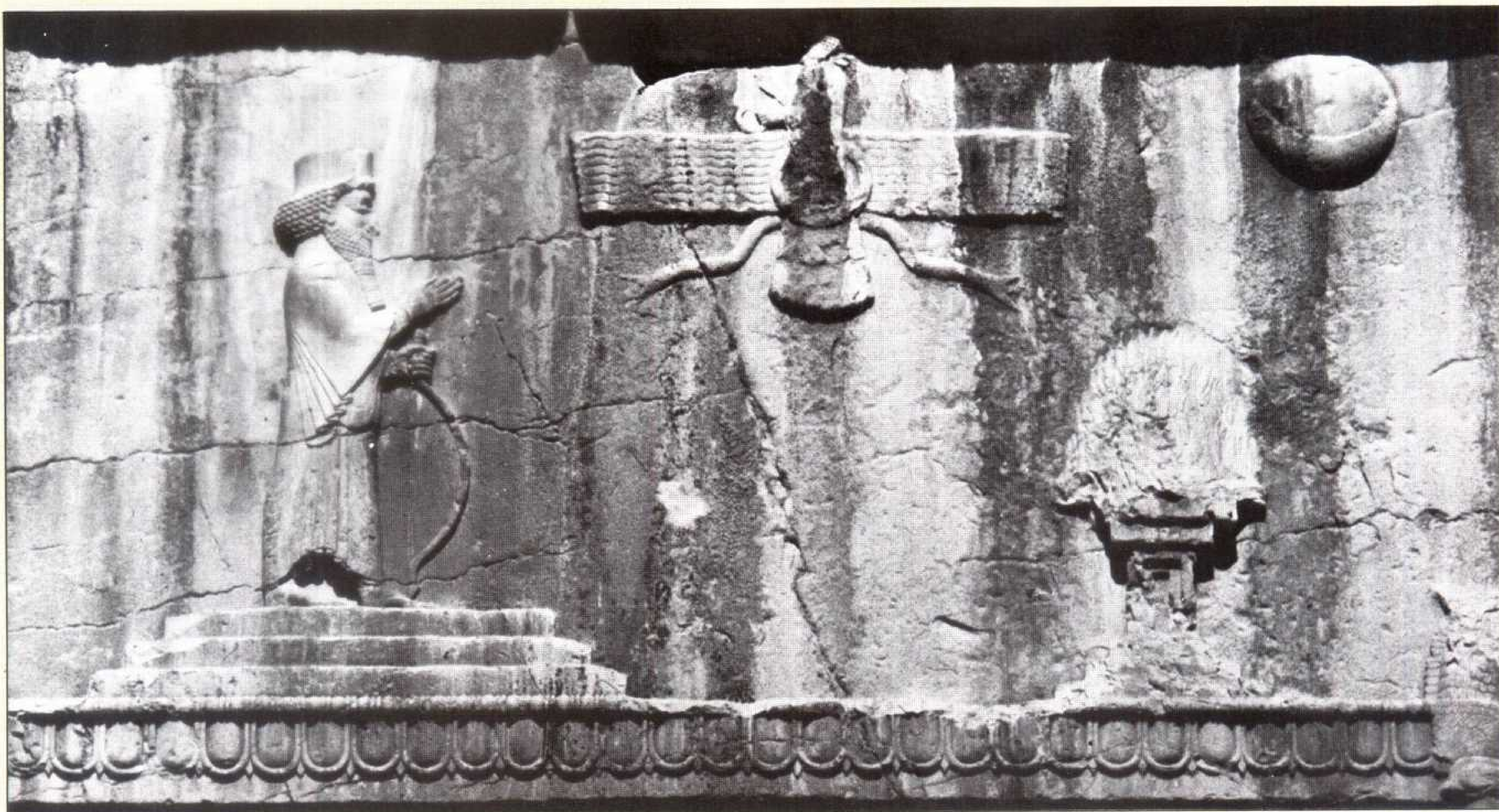
Sin embargo, permanecen indisolublemente fieles a los ritos de sus antiguas creencias, entre las que se incluye la gozosa celebración del Año Nuevo, el mantenimiento de una llama perpetua vigilada por sacerdotes cubiertos por un velo, la utilización del licor sagrado denominado *haoma* como ofrenda ceremonial y la investidura ritual de los neófitos con una túnica y faja significativas de adscripción completa a la fe. Los parsis no aceptan conversos ni permiten el matrimonio con miembros de otras religiones, lo que explica su número cada vez menor; sólo quedan unos 85.000, lo que significa una disminución de 31.000 desde el año 1951.



En una ceremonia de los Navjote, en Bombay, un muchacho de siete años es iniciado en el zoroastrismo; un sacerdote inviste al muchacho con el sudra y el kusti –la camisa y cinturón sagrados que los miembros ortodoxos de esta fe han usado desde el tiempo del profeta–.



Durante un jashan, ceremonia que conmemora la terminación de un templo del fuego en Bombay, un anciano sacerdote parsi –uno del grupo que preside la ceremonia– aplica sándalo al fuego sagrado. Al igual que se hacía en la antigua Persia, el celebrante lleva un velo para evitar que su respiración pueda contaminar la llama.



bólicamente un hecho que debería ocurrir al final de los tiempos.

Después de inmolar al toro, los sacerdotes preparaban el *haoma* que debía consumirse durante el ritual. Las esculturas halladas en las ruinas de Persépolis muestran a un sacerdote portador de tres objetos en forma de varilla, que posiblemente eran las raíces de la planta *haoma*. En una mesa, al lado del altar del fuego, puede verse el mortero en el cual otro sacerdote había aplastado la planta para simbolizar el propio sacrificio del dios, Haoma.

El jugo obtenido de esta forma se mezclaba con la carne del toro y, después de recitar himnos de alabanza a Ahuramazda, los sacerdotes consumían un *haoma* especial que inmortalizaba física y espiritualmente a todos los hombres buenos. Paladeando el sabor inducido por la droga de la verdadera inmortalidad que les esperaba en el más allá, la congregación pasaba el resto del día oyendo a los sacerdotes recitar en su totalidad los Gathas y demás himnos en veneración de los Magnánimos Inmortales, el fuego sagrado y demás deidades zoroastrianas.

El zoroastrismo sobrevivió a los mismos aqueménidas. Y a pesar de que quedó inactivo durante cinco siglos, después de la conquista de Alejandro, la religión fue resucitada como la oficial de Irán por otra línea de reyes, la dinastía sasánida *(páginas 147-153)*, que se extiende desde el siglo III de nuestra era hasta la conquista de Irán por los musulmanes en el año 642. Durante ese período, de nuevo se aproximó al monoteísmo de Zoroastro, quedando desplazados los dioses que habían llegado a compartir honores divinos con Ahuramazda.

Esta religión es practicada todavía en la actualidad por unos 10.000 tenaces creyentes en el Irán, y aproximadamente por unos 100.000 en la India –descendientes de zoroastrianos, conocidos como *parsis* por su Persia nativa, los cuales huyeron en el siglo VIII para escapar al dominio del Islam–.

Sin embargo, el legado de Zoroastro no se halla confinado a estos pocos seguidores supervivientes en India y en el Medio Oriente, ya que sus ideas, aunque un tanto alteradas o contaminadas, recibieron un tremendo ímpetu hacia el oeste gracias a los reyes aqueménidas. Aunque estos monarcas no intentaron imponer el zoroastrismo en los pueblos dominados, el hecho de que los gobernantes imperiales adoptasen la religión permitió que los pensamientos del profeta llegasen a pueblos que de otra forma no hubiesen quedado afectados por esta fe.

Este grabado de 5 m de altura que aparece sobre la tumba de Artajerjes III, cerca de Persépolis, muestra al rey como seguidor del dios zoroastriano Ahuramazda. El monarca aparece de pie sobre una plataforma, frente a un altar de fuego igualmente elevado. La llama sagrada y la mano alzada de Artajerjes forman parte de un ritual que confirma la reverencia de la deidad, cuya imagen alada aparece en el centro. La luna sobre el altar puede representar un dios asociado con Ahuramazda: Mithra, el dios de la luz.

De este modo algunas de las ideas de Zoroastro se infiltraron en la religión de los antiguos israelitas, y esta influencia es fácil de demostrar a causa del exilio de los judíos en Babilonia. Este pueblo había sido sacado de Jerusalén con su propia concepción religiosa, pero después de la caída de Babilonia ante Ciro el Grande y de pasar a formar parte del Imperio persa en expansión, fueron devueltos a su tierra natal con nuevas perspectivas adquiridas durante su permanencia en esta ciudad.

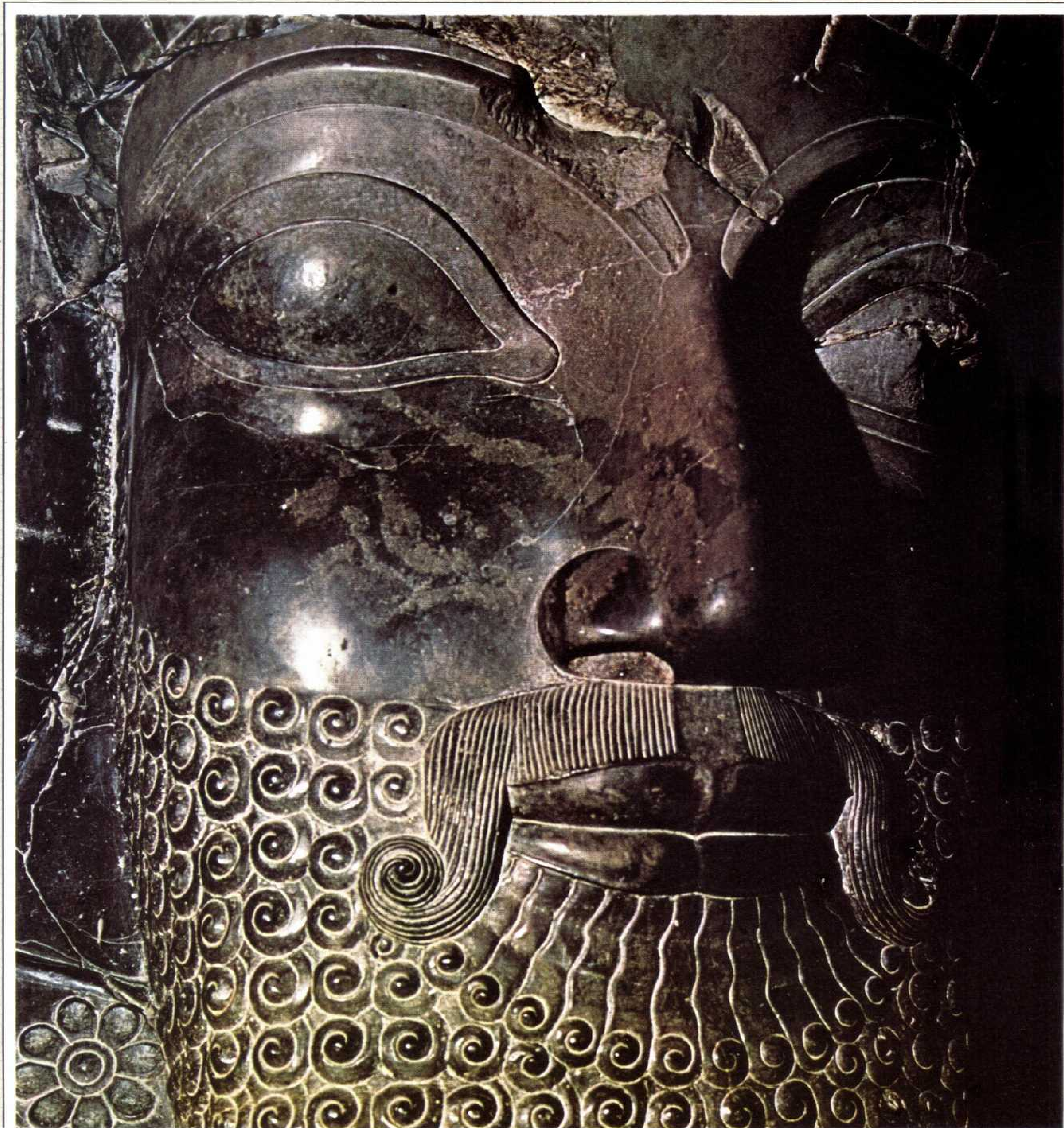
Antes del período de sumisión, los judíos creían que las almas de los muertos –tanto las buenas como las malas– quedaban retenidas en el *sheol,* un mundo subterráneo dominado por la más negra oscuridad. Por ello, sólo después de su contacto con los persas adquirieron el concepto de una vida posterior de premio o de castigo. Significativamente, el primer autor bíblico que expresa esta nueva creencia fue Daniel, quien ocupaba el cargo de oficial de la administración del rey Darío. "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán –dijo–, algunos para alcanzar la vida eterna, mientras que otros se enfrentarán al reproche de la repulsión eterna." Posteriormente la secta judía que apoyó de manera mucho más convincente esta doctrina fue la de los fariseos, cuyo nombre, según algunos autores, significaba persas.

Podría decirse que Zoroastro proporcionó también al judaísmo su concepto de demonio. En las escrituras bíblicas anteriores al exilio babilónico, Satán aparece como un agente del Todopoderoso, obediente a las órdenes de su patrón. Por ejemplo, tuvo que pedir permiso a su señor antes de atormentar a Job. Después que los judíos tuvieron contacto con el concepto de Angra Mainyu –la encarnación del mal en el zoroastrismo–, Satán se convirtió en una poderosa figura contrapuesta a la de Dios. Los papiros del Mar Muerto –redactados en el siglo II o I antes de nuestra era, por miembros de una secta judía y descubiertos en 1947 en una caverna de la costa noroeste del lago– reflejan también la influencia de Zoroastro sobre el judaísmo. Uno de los textos, el *Manual de Disciplina,* cuya redacción se comenzó justo después del fin del exilio babilónico, dice que Dios creó para el hombre dos espíritus: "Son los espíritus de la verdad y del error. En la cúspide de la luz se hallan los orígenes de la verdad, y de la oscuridad nacen los orígenes del error... Dios ama a uno de los espíritus desde todas las edades de la eternidad, y siempre le complacen todas sus obras; en relación al otro, aborrece su compañía, así como todas sus acciones." Según fragmentos del Avesta compuestos aparentemente por Zoroastro durante el siglo VIII antes de nuestra era, ésta es precisamente la forma en que el dios Ahuramazda opinaba sobre sus propias creaciones: el Spenta Mainyu y el Angra Mainyu.

A su vez, los cristianos son herederos no sólo de los conceptos zoroastrianos que hallaron cobijo en el judaísmo, sino también, posiblemente, de otros. En el *Apocalipsis,* el discípulo Juan envía a sus compañeros cristianos paz desde Dios "y desde los siete espíritus que se hallan ante su trono". Estos ayudantes de Dios, los arcángeles, pudieran haberse derivado del concepto de Spenta Mainyu y de los seis Magnánimos Inmortales que rodeaban a Ahuramazda.

El zoroastrismo acabó quizá desvanecido en un estado de poca significación entre las religiones mundiales debido a que nunca fue practicado de forma total por la población persa. Incluso después de su resurgimiento, como credo oficial persa en tiempo de los sasánidas, sus seguidores todavía eran principalmente miembros de la clase dirigente. En algunas cosas, la suerte del zoroastrismo puede compararse a la de los palacios de los reyes aqueménidas en Persépolis. Alejandro Magno destruyó completamente las viviendas reales, pero mantuvo los hogares de los humildes.

Capítulo quinto: Persépolis, diadema del reino



Persépolis fue saqueada e incendiada por el ejército conquistador de Alejandro Magno, sacudida por innumerables terremotos, erosionada por veinte siglos de lluvia, por temperaturas capaces de hacer estallar las rocas y por fuertes vientos y saqueada por vándalos buscadores de tesoros. Esta ciudad, la más grande en un tiempo de las cinco residencias reales de Persia, es en la actualidad una ruina.

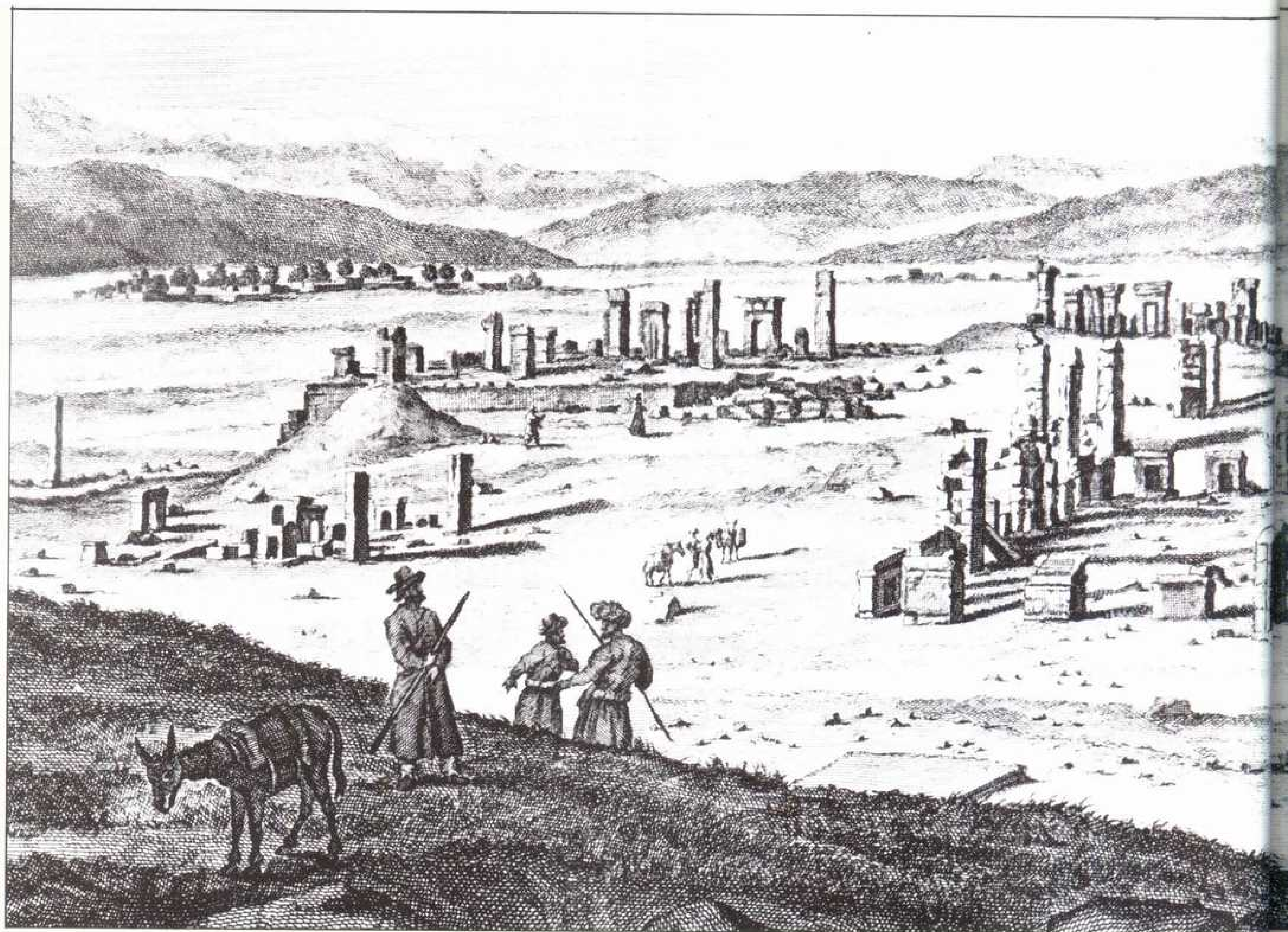
Con todo, el lugar continúa con un aspecto terriblemente impresionante a los 2.500 años de su construcción. Incluso en su decadencia, Persépolis domina la llanura iraní sudoccidental sobre la que se halla situada. Construida como una ciudadela sobre una amplia plataforma natural de roca, el lugar se alza entre 12 y 15 m sobre sus alrededores. Las enormes columnas de los palacios de los aqueménidas y tesorerías ya no soportan el peso de las vigas de los techos, aunque todavía resisten en pie más de una docena de pilares, esbeltos y elegantes. Las paredes fortificadas de ladrillo que en su tiempo encerraban casi totalmente los edificios situados sobre la plataforma han desaparecido desde hace tiempo, aunque los colosales toros de piedra guardan todavía la puerta principal de la ciudadela. Estos viejos centinelas, en la actualidad sin rostro, continúan intimidando a los visitantes que ascienden por las amplias escalinatas hasta la terraza sobre la que se hallan las ruinas. Y en la puerta, las imágenes en relieve de los hombres que una vez habitaron los enormes palacios y vastas salas llenas de columnas –poderosos reyes, príncipes reales, nobles persas, dignatarios de países dominados, soldados– continúan todavía allí, manteniendo una silenciosa ocupación con sus formas talladas en las paredes de piedra de las monumentales escalinatas y pórticos.

Darío I y sus sucesores aqueménidas denominaron Parsa a la más ambiciosa de sus residencias. Con este nombre se conocía también la provincia de la tierra natal persa. Sin embargo, los griegos le dieron el nombre de Perseptolis, que significa "destructor de las ciudades", en amargo tributo a la destrucción que habían causado los persas en Grecia. De aquel nombre deriva Persépolis, que representa una corrupción del nombre griego utilizado, aunque incorrectamente, desde entonces.

Cuando los aqueménidas seleccionaron este emplazamiento, sobre el 520 a. de C. buscaron un lugar alejado de sus preocupaciones diarias, sin tener en cuenta nada relacionado con la conveniencia o habitabilidad –ya que el terreno no ofrecía ni siquiera una fuente de agua fácilmente accesible–. Por otro lado, mientras que Persépolis se hallaba sólo a unos 70 km de Pasargada, la ciudad de la coronación, distaba más de 480 de la capital administrativa del Imperio, Susa, donde los aqueménidas pasaban necesariamente la mayor parte de su tiempo. No era realmente una ciudad ni tampoco una fortaleza: Persépolis era un gigantesco monumento viviente, una clara demostración del ascenso de los persas desde rudos nómadas a maestros del mundo, a la vez que un tributo colosalmente inmodesto erigido a su propia gloria.

Las mismas dificultades inherentes al medio ambiente de Persépolis parece que se convirtieron en ventajas para los persas. Por un lado, su difícil accesibilidad aseguraba la exclusividad de los rituales del estado que se realizaban allí y proporcionaba una vía de seguridad para el enorme tesoro que se guardaba en la ciudadela. Además, la distancia del lugar desde otros centros de población llamaba la atención sobre la naturaleza especial del *status* del rey, por

Este majestuoso rostro de caliza negra pulida, de casi 50 cm desde las cejas a la barbilla, había pertenecido en sus tiempos a un capitel de una columna de 10 m de altura situada en una sala del consejo de la ciudad ceremonial de Persépolis. Los visitantes de la ciudad eran recibidos en su puerta principal por rostros semejantes, que representaban espíritus guardianes, los cuales imponían su presencia sobre los personajes reales que atravesaban otros grandes edificios.



En 1725, cuando este grabado se publicó, las ruinas de Persépolis habían atraído ya a los viajeros europeos desde hacía más de dos siglos. El artista francés incluyó en el grabado, junto a dos guías con turbante (izquierda), a un compatriota absorto en la admiración de las ruinas de la sala del trono (centro, primer plano), en su tiempo decorada con un centenar de columnas interiores.

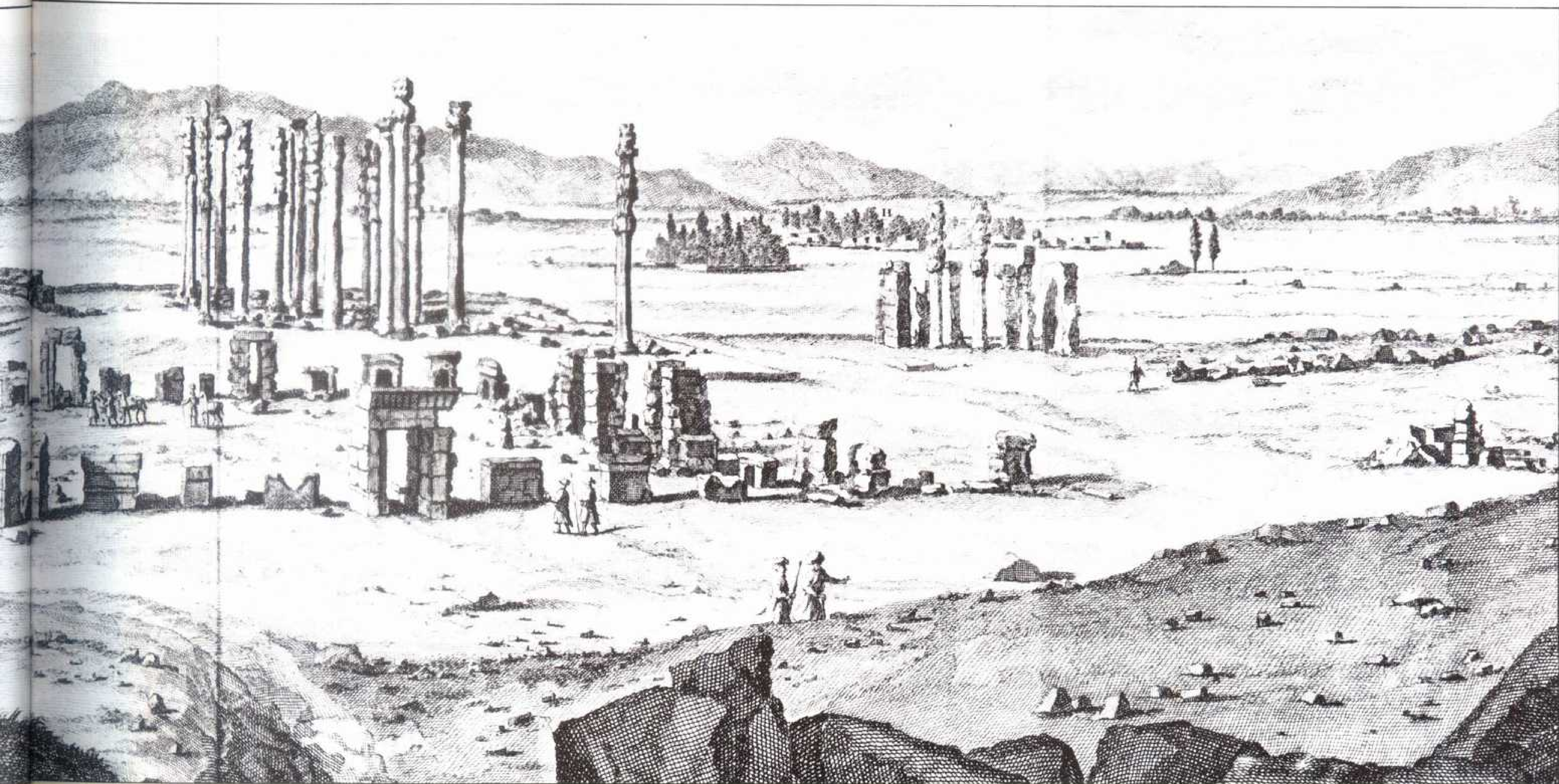
encima y aparte de sus vasallos, a la vez que hacía el lugar adecuado no sólo para celebraciones, sino también para funerales. (En la pared de Naqsh-i Rustam, en el centro de una maciza formación rocosa situada a unos 7 km al norte de Persépolis *(páginas 138-139)*, se excavaron y construyeron las tumbas de cuatro reyes aqueménidas, entre ellas las de Darío y Jerjes; otros tres reyes tuvieron impresionantes sepulturas en lugares próximos a la capital.) Finalmente, la plataforma rocosa natural de Persépolis, que se alza bruscamente sobre la llanura en tres de sus lados y tiene su espalda contra la ladera de una montaña baja por el cuarto costado, era, por tanto, fácil de defender.

El esquema de esta única metrópoli fue apareciendo a lo largo de 60 años de construcción. Para empezar, los constructores persas reforzaron la plataforma natural de la ciudadela, la terraza, con una pared de retención formada por bloques de caliza de enormes dimensiones, allanaron algunas zonas de la superficie y rellenaron otras para acabar produciendo tres niveles de edificación, así como un sistema de drenaje subterráneo. A continuación, a base de talento, habilidad, materiales e inspiración consiguieron ideas, así como artesanos, y lo utilizaron todo para crear una de las agrupaciones más magnificentes de edificios que jamás se hayan visto.

A pesar de que la antigua grandeza de Persépolis ha sido legendaria desde que los griegos la convirtieron en ruinas, nadie pudo hacerse idea de su esplendor original o de la ingeniosidad de sus constructores hasta principios de los años treinta, cuando los arqueólogos hicieron las primeras excavaciones científicas del lugar.

Desde luego, antes de aquella fecha, muchos viajeros habían quedado maravillados por lo que podían ver de los restos de la ciudad. En el año 1619, un visitante europeo había contado 20 columnas todavía en pie, que en su época soportaban el techo del edificio más impresionante de Persépolis: una gran construcción que los arqueólogos denominan en la actualidad apadana, o sala de audiencias.

En 1841, sólo 13 columnas de la apadana permanecían en pie, las mismas que pueden verse hoy. Después de la conquista islámica del Irán durante el siglo VII de nuestra era, generación tras generación, los musulmanes, movidos por su religión, que les prohíbe la representación de figuras humanas, destruyeron los rostros de los relieves expuestos que cubrían las paredes de los edificios para borrar las caras grabadas en la piedra. Otras mutilaciones revistieron caracteres más frívolos, ya que, incluso en 1818, un visitante relata su examen de la puerta de entrada de Persépolis de esta forma: "Siento tener



que decir que descubrí una nube de iniciales, nombres y fechas de anteriores visitantes, que no puede considerarse una leve lesión de la superficie fina de la piedra." Tal destrucción, alentada por los estragos del clima, lo había destruido todo desde hacía tiempo con excepción de unas pocas manchas de los dibujos que en un tiempo habían decorado alegremente las paredes y esculturas.

La primera excavación sistemática de Persépolis se inició en el año 1931. El trabajo fue organizado por el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, pero su primer director fue un arqueólogo procedente de la Universidad de Berlín, Ernst Herzfeld, quien había estudiado las ruinas independientemente durante varios años. Con el apoyo del gran equipo estadounidense, Herzfeld halló riquezas que habían estado ocultas a los buscadores de tesoros durante más de veinte siglos. Una vez retirados los escombros del suelo de la apadana, un arquitecto de la expedición, Friedrich Krefter, observó un orificio cuadrado en la esquina noroeste del piso rocoso y dedujo que los persas, que amaban la simetría, podían haber excavado agujeros similares en las otras tres esquinas del suelo. Su observación era acertada, pues los obreros de la expedición hallaron otros tres agujeros, dos de los cuales todavía contenían cajas de piedra de 45 cm de lado por 15 de alto. En el interior de cada una de las cajas había una placa de oro y otra de plata. Los cuatro preciosos documentos eran portadores de mensajes idénticos inscritos en tres lenguas –persa antiguo, elamita y babilónico– como mensaje de "Darío, el Gran Rey, Rey de Reyes", para la posteridad: "Estos son mis dominios, que se extienden desde Escintia, más allá de Sogdiana, hasta Kush; y desde la India hasta Sardes, los cuales me han sido concedidos por Ahuramazda, el más grande de los dioses."

La segunda etapa de la excavación sacó a la luz otros importantes descubrimientos. Probablemente el rasgo más interesante de las ruinas visibles residía en el enorme relieve de una procesión de tributo ceremonial de más de 80 m, a lo largo de las paredes de una doble escalinata situada en el extremo norte de la apadana. Por desgracia, al haber estado tan expuesto, el relieve había sufrido el peor de los azotes: el del hombre y la naturaleza combinados. Por ello se notaba la falta de varios trozos, las figuras aparecían demolidas más allá de todo posible reconocimiento, y siglos de erosión habían contribuido a difuminar los detalles. Por ello, el interés subió de tono en el campamento, cuando los obreros dedicados a excavar el lado este de la apadana descubrieron la parte superior de lo que parecía ser una segunda escalinata decorada con esculturas.

Sin embargo, a medida que se fueron retirando de la escalinata los cascotes y se quitó el polvo de la pared de ladrillo, de 5 m de espesor, de la apadana, fueron apareciendo lentamente los grabados y creció el interés de los técnicos que fueron dándose cuenta de que el relieve constituía la imagen de la misma escena perteneciente a la escalinata norte, en excelente condición. Por su enorme tamaño y austeridad en su estilo ornamental, no sólo ha proporcionado un registro inestimable del mejor arte aqueménida, sino que también ha guardado para la posteridad los vestidos distintivos y el aspecto físico de veintitrés pueblos antiguos *(páginas 35-43)*.

Los éxitos de Herzfeld continuaron. En un edificio que los arqueólogos han denominado "sala del trono", descubrió otro mensaje: "Artajerjes el Rey dice", en lengua babilónica: "Esta casa fue construida por Jerjes el Rey, mi padre... yo, Artajerjes el Rey, la he completado." La historia de la construcción de Persépolis se pudo ir averiguando, de esta forma, detalle a detalle.

A pesar de sus contribuciones relacionadas con el descubrimiento de Persépolis, la brillante reputación de Herzfeld quedó oscurecida por la forma poco sistemática como publicó sus observaciones. Aunque presentó varios trabajos sobre Persépolis, carecían del rigor técnico y la meticulosidad que las jóvenes generaciones de arqueólogos consideran tan esenciales. Por ello, en vano escudriñaron los trabajos de Herzfeld en busca de precisas descripciones de cómo y dónde había encontrado sus utensilios, en qué condiciones estaban y qué otros materiales había descubierto cerca de ellos.

Después de tres años como director de la expedición de Persépolis, Herzfeld presentó su dimisión, y fue sustituido por un experto arqueólogo de la Universidad de Chicago, Erich Schmidt. La estrategia de Schmidt para hacer frente al trabajo en Persépolis puede considerarse mejor organizada que la de Herzfeld. Este tuvo mucho cuidado en aportar la documentación omitida por su predecesor, y sus propias investigaciones de Persépolis fueron consignadas detalladamente en tres grandes volúmenes. Schmidt registró meticulosamente en qué lugar había hallado casi cada fragmento de tableta de arcilla, cabezas de flechas y clavos. Asimismo reclutó especialistas para analizar la composición de los enyesados, del asfalto y del vidrio, y para determinar exactamente cómo habían sido obtenidos.

Entre los mayores descubrimientos debidos a los esfuerzos de Schmidt pueden citarse siete tabletas de caliza portadoras de textos de importancia, uno de ellos una proscripción de Jerjes de las creencias religiosas prezoroastrianas. Schmidt descubrió también un complejo de varias salas identificado como tesorería. Aunque no contenía gran cosa en metales preciosos –Alejandro se los había llevado en su mayor parte–, proporcionó algunos hallazgos de gran valor para arqueólogos e historiadores: utensilios reales domésticos, armas, un escondite de 753 tabletas de arcilla escritas en elamita, así como una sorprendente pareja de grandes relieves en piedra *(páginas 48-49)*, que representan un rey, asistido por su comitiva, concediendo audiencia.

El descubrimiento de las tablillas elamitas provocó una tremenda excitación entre los eruditos, e inmediatamente uno de los colegas de Schmidt, un filólogo de Chicago llamado George Cameron, inició la difícil tarea de su traducción. A pesar de que el elamita continuó hablándose hasta el año 1000, seguía siendo una lengua mal comprendida, "casi una *lingua incognita*", según afirmó Cameron. Por ello invirtió varios años en descubrir los secretos de las tablillas, y finalmente lo que obtuvo no fue la esperada historia del Imperio, sino documentos financieros sobre ingresos y gastos ocurridos entre el año 492 y el 459 antes de nuestra era. Sin embargo, las tabletas de Cameron resultaron muy valiosas para escla-

recer la historia de la construcción de la ciudad en relación con la procedencia de los obreros, cuánto recibían de paga y cuándo adquiría auge o decadencia el interés por los proyectos.

A través de las tablillas e inscripciones hallados en Persépolis se sabe que Darío ordenó el inicio de la construcción de la ciudad hacia el año 520 antes de nuestra era. Sus obreros prepararon la terraza, construyeron la monumental escalinata que conduce a ella, edificaron el portal y gran parte de la tesorería, construyeron un palacio e iniciaron la apadana. Su hijo Jerjes decidió acabar la apadana y construir la enorme Puerta de todas las Tierras guardada por las grandes esfinges de toros. Jerjes comisionó también otro palacio, una estructura que Herzfeld creyó se trataba de un harén, e inició la construcción de la sala del trono. El sucesor de Jerjes, Artajerjes I, dispuso acabar la sala del trono e inició los trabajos de una segunda gran entrada que nunca llegó a terminarse. La construcción se interrumpió aproximadamente a mitad del siglo V antes de nuestra era. En este tiempo el Imperio se agitaba bajo una sucesión de dirigentes débiles y corrompidos. Transcurrió todo un siglo antes que Artajerjes III volviese a reemprender la construcción, y veinticinco años más tarde Persépolis fue destruida por el fuego.

Los motivos y propósitos de los reyes que construyeron Persépolis recobran vida en los miles de metros lineales de relieves grabados en la piedra y hallados en las ruinas. Del estudio de estas escenas los eruditos han concluido que Persépolis se reservaba principalmente para usos ceremoniales durante las festividades del Año Nuevo. Sin embargo, quedan todavía gran número de preguntas sin respuesta y teorías contradictorias en relación con Persépolis y lo que allí sucedía.

Por ejemplo, el edificio que Herzfeld creyó un harén, ¿lo fue de hecho, o era una serie de almacenes supletorios para el edificio de la tesorería, como opinan algunos eruditos actualmente? ¿Llegaron a residir Darío y Jerjes en los palacios que llevan sus nombres, o se utilizaron estos edificios exclusivamente para entretenimiento del público?

Esta última posibilidad quedó reforzada en 1952 por el descubrimiento de ruinas en un lugar apartado de los edificios principales y situados en la llanura. Tales restos se identificaron, por una inscripción, como palacio de Jerjes y, por tanto, indicaban que el rey podía haber tenido su residencia no en el corazón de Persépolis, sino en un edificio aparte. De ser ello cierto, esta circunstancia contribuiría también a responder a la pregunta relacionada con el harén, ya que si el rey habitaba en la llanura no es probable que mantuviese a sus mujeres y concubinas en la parte superior de la ciudad.

Al especular sobre los demás edificios, algunos arqueólogos afirman que la sala del trono no era una cámara de audiencias, sino un museo real en donde se exhibían las riquezas. Una teoría sostiene que el edificio servía como un tipo de sala de honor para el ejército –una teoría basada principalmente en la evidencia aportada por un relieve en el que pueden verse varios soldados sosteniendo el trono–.

A pesar de tales incertidumbres, se sabe bastante –o puede suponerse– sobre Persépolis, para que el estudiante moderno pueda imaginar cómo era aquel lugar en su época de apogeo y crecimiento. La historia de la construcción de la ciudad se relata en numerosas inscripciones y tablillas que proporcionan no sólo las nacionalidades de los obreros, sino también los nombres de los oficiales persas. Por otra parte, los comentarios de los autores clásicos también contribuyen a formarse una idea sobre la vida en la corte de los aqueménidas. El griego Jenofonte nunca estuvo en Persépolis, pero pasó varios años del servicio militar bajo los persas y escribió detalladamente acerca de sus costumbres. Ctesias, otro



griego, escribió las memorias de sus veinte años como médico de Artajerjes I y, por otra parte, el libro bíblico de Ester describe la vida tal como se desarrollaba en la corte de Susa.

Apoyándonos, pues, en estas descripciones y aceptando, cuando difieran, la más congruente al sentido común, podemos formarnos una imagen de la capital aqueménida tal como de hecho pudiera haber sido vista por algún visitante de una ciudad distante y a la vez formarnos una buena idea sobre el propio visitante.

Nos hallamos en los primeros días del mes de Viyaxma (marzo), en el año 467 antes de nuestra era –según el calendario persa, el año 19 del reinado de Jerjes–. Descendiendo por la entrada oeste hacia Parsa se aproxima el joven elamita Bakabaadda montado en un asno; está a punto de iniciar un nuevo trabajo en esta nueva ciudad. Bakabaadda debe de estar agotado después del mayor viaje de su vida, pues ha recorrido más de 480 km desde su hogar, en Susa, aunque, por otra parte, está demasiado excitado para sentir el cansancio. Por fin se halla en Parsa.

Bakabaadda es un escriba, al igual que su padre y su abuelo, y en la escuela de escribas aprendió a leer y escribir en cuatro idiomas: persa, arameo, babilónico y su propia lengua elamita. También aprendió

Este detalle, de 1,5 m de altura, de un león y un toro enzarzados en combate representa un tema repetido en las esculturas de Persépolis. El significado es discutido por los investigadores. Algunos creen que la escena representa el cambio de estación durante el tiempo del equinoccio primaveral: el león, símbolo del sol de verano, derrota al toro, la lluvia del invierno. Por otro lado, otros expertos apuntan que en Persépolis, al llegar al crepúsculo sobre el equinoccio, la constelación Leo (el león) se halla en su cenit, mientras que Taurus (el toro) se halla en nadir.

aritmética, lo cual es el motivo por el que la cancillería de Susa lo seleccionó para enviarlo a Parsa cuando el tesorero de la ciudad pidió ayudantes. Después de una década de inactividad durante el tiempo que el gran rey Jerjes luchaba contra los griegos, la construcción de Parsa se halla de nuevo avanzando a paso febril. En la actualidad se ha de pagar a más de 1.300 trabajadores, a la vez que se les han de suministrar provisiones y llevar el registro del transporte diario de materiales de construcción. Por todo ello la experiencia de Bakabaadda en aritmética resultará muy útil.

Aunque la mañana se dibuja ya en el cielo, la sombra de la montaña a la cual el joven se está aproximando sólo le deja ver un vago contorno de la gran terraza amurallada en su base. No lejos, empiezan a oírse ruidos de movimiento y voces procedentes de las barracas de ladrillo que se alinean a lo largo de la carretera. Los trabajadores y siervos se están levantando para el nuevo día. Hay ahora suficiente luz para ver las altas paredes situadas detrás de las casas de los trabajadores, por encima de las cuales asoman las copas de los árboles. Bakabaadda sabe por las descripciones de su abuelo que estas paredes alejadas de la carretera encierran los jardines de los hogares de los más afortunados.

En el momento de pasar ante la entrada de una de estas fincas, la puerta se abre súbitamente y los muchachos salen corriendo asustando a su asno. Cada muchacho lleva un vaso en una mano y un pedazo de pan en la otra y corren en dirección a la escuela en el interior de la ciudadela. Bakabaadda no queda impresionado por lo que sabe del plan de enseñanza, ya que ésta no incluye el aprendizaje de ninguna tablilla o lengua ni palabras ni números. Estos muchachos pasan la mayor parte de su tiempo adquiriendo destreza con las flechas y las lanzas y estudiando la ley persa.

Y cuando acaban con la escuela, ¿empiezan a disfrutar de la vida? No, piensa Bakabaadda, puesto que pasarán los siguientes diez años cazando con el rey durante el día, y haciendo guardias nocturnas fuera de los edificios públicos de la ciudad; duermen en el suelo. Incluso si se casan durante este período de tiempo, tendrán que asistir frecuentemente para las vigilancias nocturnas.

El escriba dirige su montura a lo largo de un camino que se desvía hacia el extremo sur de la ciudadela y, finalmente, llega a campo abierto, cerca de la esquina suroeste de Parsa. Allí se detiene y contempla. A pesar de lo orgulloso que está de su ciudad nativa, queda impresionado. Susa posee también un complejo de edificios reales situados sobre una prominencia elevada, pero nada, desde luego, igualable a esta escala. El frente más largo de la terraza, un impresionante terraplén de 14 m de alto, se extiende más de 400 m hacia el norte. En la parte superior del terraplén se alza otro muro, éste de ladrillo, de 12 m de alto por 9 de ancho. Este muro se extiende en hileras paralelas desde la base de la montaña que se dirige al fondo y rodea parcialmente los edificios en la parte frontal de la terraza. El mayor sector de la parte frontal se eleva tan por encima del llano que no necesita pared de fortificación.

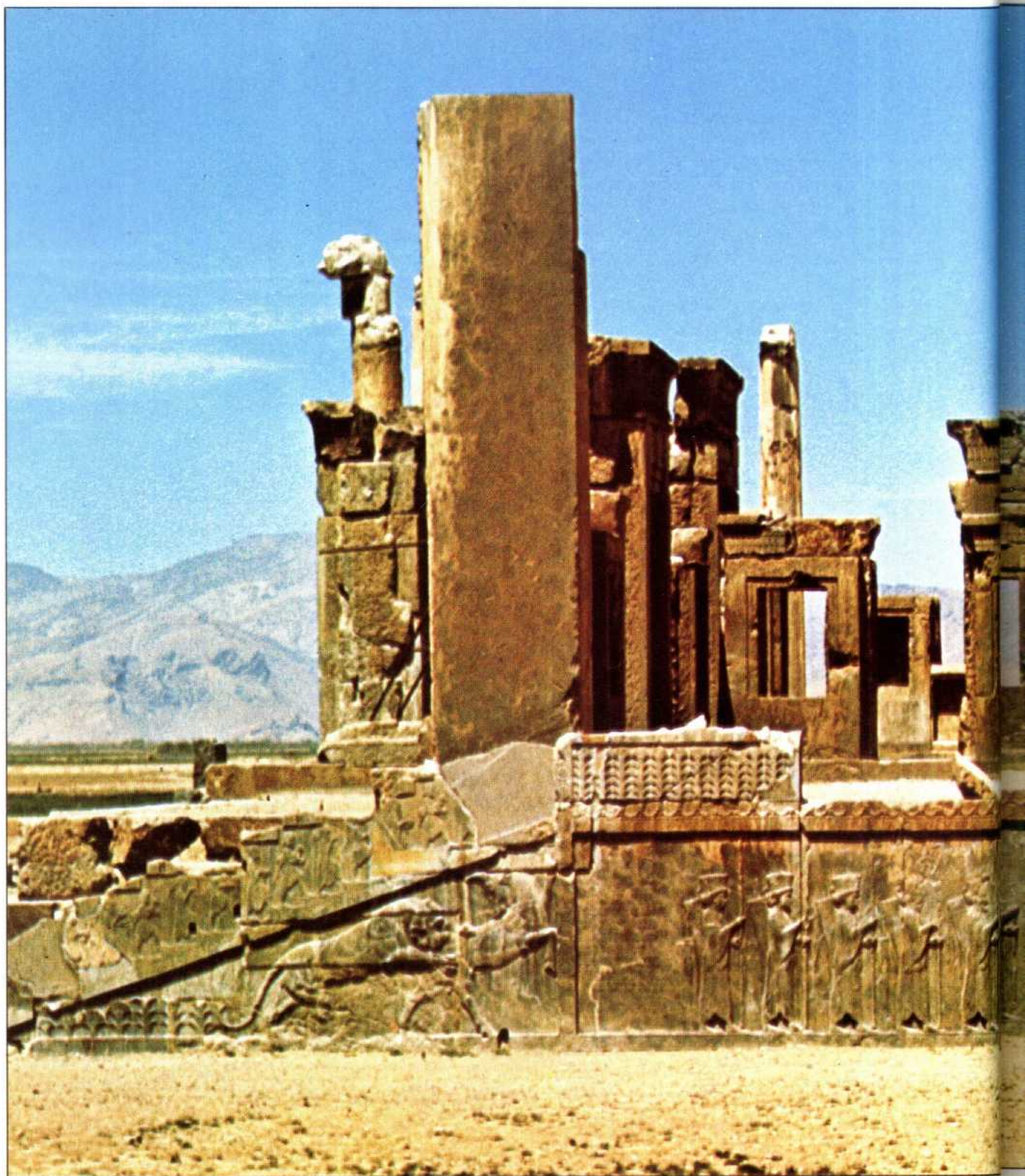
Sin embargo, incluso desde el lugar donde se halla, Bakabaadda tiene una pista ininterrumpida de la gran apadana situada sobre el borde de la plataforma. La estructura, de techo plano, tiene una anchura de 90 m. Las 14 columnas de caliza del pórtico oeste miden 1,8 m de diámetro y se alzan tan altas –20 m–, que casi parecen suspendidas en el aire. Bakabaadda observa que el muro que resguarda las partes laterales de la terraza se halla reforzado a trechos por altas y voluminosas torres de defensa de unos 18 m^2. Una línea similar de fortificaciones asciende hasta la cresta de la montaña.

Sin embargo, como el tiempo es importante, no puede permanecer allí embelesado todo el día, por lo

Un lugar para extraños y principescos festejos

El rey Darío ordenó la construcción de un palacio –cuyas ruinas aparecen a la derecha– para su uso personal durante las celebraciones del Año Nuevo en Persépolis. Aquí, el soberano y su hijo Jerjes celebraban los festejos y se preparaban para las audiencias que tenían lugar en la apadana adyacente.

Aunque se conoce como palacio de Darío, el edificio no estaba ocupado como residencia, ya que sus motivos decorativos sugieren unos propósitos más limitados. Los relieves hallados sobre los quicios de las puertas de las salas exteriores muestran a algunos siervos con toallas y botellas de cosméticos, lo que sugiere que el rey y el príncipe heredero utilizaban aquellas recámaras para lavarse y vestirse. Otros grabados muestran siervos en actitud de llevar alimentos a la mesa real. Jerjes hizo construir más tarde una sala de banquetes de mayores dimensiones.



En esta vista tomada desde el sur, las ventanas y marcos de las puertas dominan las ruinas de una sala de banquetes de 15 m², donde Darío y Jerjes daban sus banquetes. En la fachada de la escalinata aparecen los grabados de guardias, animales en lucha y siervos. En último término se alzan cuatro columnas de la apadana.

cual se va a buscar posada y presentarse a su nuevo jefe.

Al pie de la terraza, Bakabaadda encuentra hospedaje, pero como las fiestas de Año Nuevo serán antes de un mes, el posadero duda en dar alojamiento permanente al escriba, ya que puede llenar su casa con los visitantes de Babilonia y Menfis que llegarán pronto y gastarán mucho dinero. Mas, al fin, cede cuando Bakabaadda le dice que estará a las órdenes de Vahush, el tesorero de Parsa.

Resuelto el problema de la posada, el joven elamita deja su asno en el establo y parte hacia el trabajo. Atraviesa grandes hileras de pinos plantados frente al terraplén y llega ante una enorme escalera doble. A izquierda y derecha van subiendo los escalones, de más de 6 m de ancho, que acaban en rellanos situados aproximadamente a mitad del recorrido, y a continuación giran hacia el interior. Los dos tramos superiores convergen en un rellano central situado en la parte superior. Los escalones miden unos 30 cm, con una altura aproximada de 10 cm. Bakabaadda llega arriba sin darse cuenta. Mientras piensa en lo fácil que le sería a un caballo subir por esta escalinata, dos soldados montados le adelantan.

Arriba se enfrenta a un par de toros alados de ta-



maño colosal esculpidos en relieve a cada lado de la puerta oeste de la portería. Esta tendrá unos 12 m de alto. Las enormes puertas de madera están recubiertas de bronce y se hallan abiertas, pero en cuanto Bakabaadda las cruza, ve que los toros no son los únicos guardianes de la puerta. Inmediatamente le cortan el paso varios soldados con lanzas que le preguntan adónde va. Cuando les dice que va a trabajar para el tesorero, uno de ellos le señala respetuosamente un banco de piedra y despacha un mensajero.

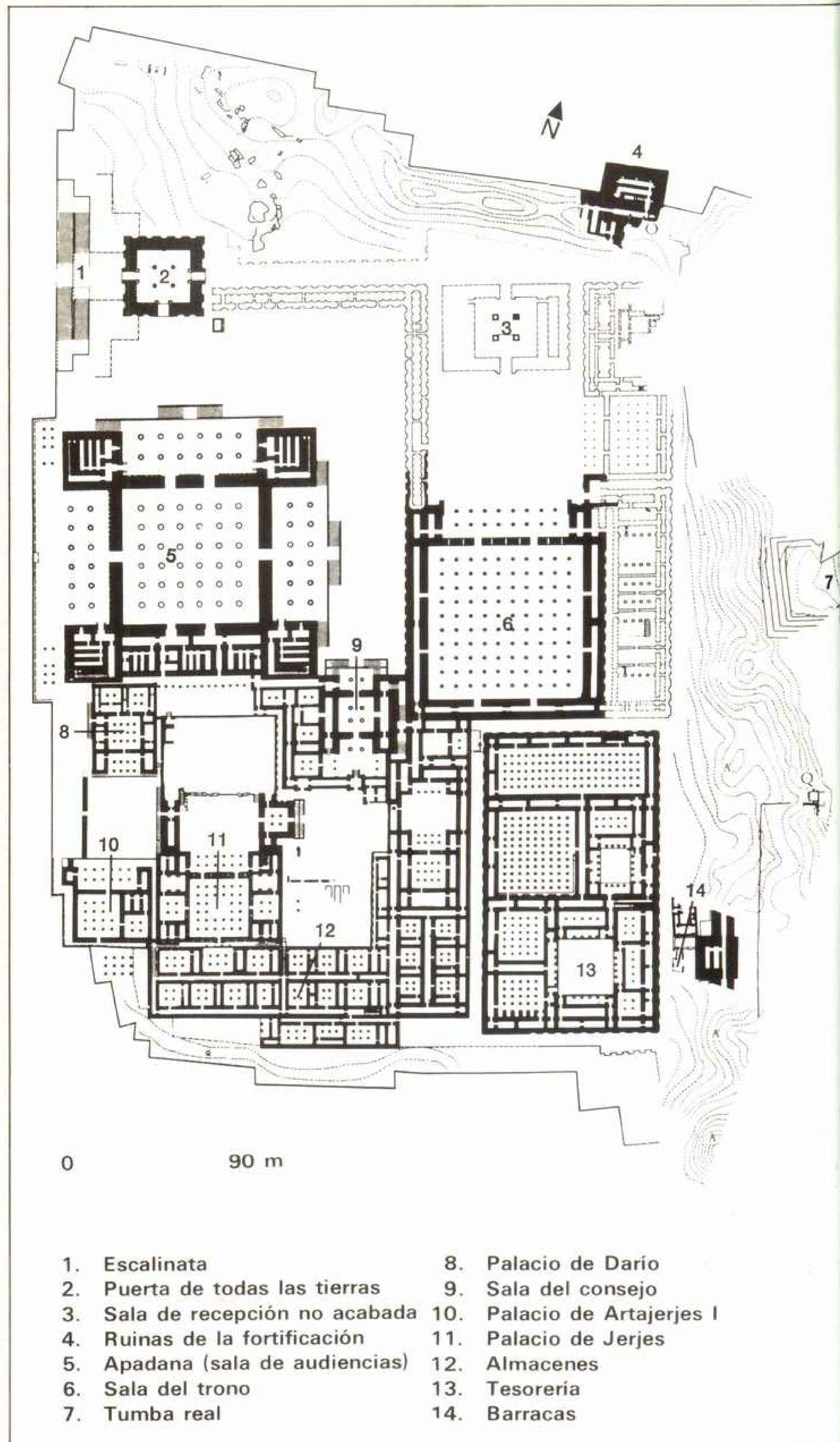
Mientras espera en la gran sala, de unos 24 m^2 y casi 18 m de alto, piensa que el término "cuerpo de guardia" debe de estar equivocado. Bajo una tenue luz puede distinguir las cuatro columnas con sus capiteles idénticos y sobre ellos los toros gemelos que sostienen las enormes vigas del techo.

De pronto, tres persas aparecen ante él; por la suntuosidad de sus vestidos reconoce que son personas de importancia e inmediatamente se pone en pie. Del cortejo de siervos que siguen a los tres nobles se adelanta un escriba portador de varios papiros y ceremoniosamente anuncia a los dignatarios. Son éstos el tesorero Vahush y dos importantes oficiales del tesoro: Ratininda y Artataxma. Bakabaadda, sin decir palabra, se inclina profundamente. Su colega escriba le explica rápidamente que aquellos

hombres no han salido específicamente a recibirle, sino que van a iniciar una visita de inspección para ver cómo se utilizan los fondos. Puesto que Bakabaadda ha llegado, deciden ponerle a trabajar inmediatamente y que les acompañe en la visita. Sin más razonamientos, el grupo se pone en camino.

Salen del edificio por la puerta este, flanqueada por otro par de colosos –toros con cabezas humanas– y se dirigen hacia la izquierda, a lo largo de un camino lleno de obreros. Delante de ellos pueden ver una gran cuadrilla de braceros sirios que tiran de gruesas cuerdas unidas a la maciza sección de una columna situada sobre rodillos de madera. Están trasladando este pedazo de columna desde una cantera cercana hasta la obra. El capataz les anima a tirar con mayor fuerza, mientras que un segundo capataz dirige otro equipo que va recogiendo los troncos que en su avance va dejando atrás la columna. Los troncos son colocados en la parte delantera a medida que el bloque avanza.

El capataz hace un gesto de sumisión cuando se aproximan los oficiales, pero Vahush le indica que continúe, de forma que no se pierda el empuje de la carga. El tesorero, al llegar delante de la sección de la columna, se detiene, mira lentamente la piedra y a continuación indica a Bakabaadda que llame al capataz. La cuadrilla siria se detiene jadeante a causa del esfuerzo, mientras el escriba traduce la conversación entre su jefe de habla aramea y Vahush, que habla persa. Este último desea saber si el inspector de la cantera ha aprobado la sección de la columna. Informado de que sí, Vahush dice, no obstante, que es defectuosa y que debe ser rechazada, por lo que los sirios perderán la paga de un día, ya que su capataz debiera haber notado el fallo antes de arrastrar el bloque hasta allí. El hombre se inclina en señal de sumisión, mientras Artataxma le dice algo al escriba compañero de Bakabaadda, quien toma nota con un estilete y arcilla blanda que saca de una bolsa.



En 1931 los arqueólogos de la Universidad de Chicago iniciaron la excavación del complejo real de Persépolis, trabajos que han continuado bajo los auspicios iraníes. En el plano numerado, las líneas gruesas indican las estructuras reconstruidas por los estadounidenses, y los trazos más finos, las estructuras estudiadas por los iraníes. Los círculos y puntos representan la situación exacta de las columnas; las líneas estriadas, la de las escalinatas.

El grupo de inspección desciende por un amplio túnel que atraviesa la base norte del muro fortificado, y pasa ante una fila de babilonios que suben hacia la terraza con cestas de ladrillos nuevos atadas a la espalda. El paso subterráneo desemboca en la llanura, cerca de una cantera en la que pueden verse centenares de trabajadores jonios, egipcios, sardos y asirios.

Mientras Vahush estudia papiros con los planos y horarios de trabajo, Bakabaadda traduce las descripciones orales de los capataces que se reúnen alrededor de Ratininda y Artataxma. Se oye resonar el golpear de los martillos; los albañiles se ocupan de revestir la basa de las columnas acampanadas, parte de las escalinatas, las puertas y las ventanas. A medida que se va terminado cada pieza, el albañil graba un símbolo identificador de su equipo de trabajo sobre una superficie que quedará oculta cuando se ponga la piedra en su lugar.

Una vez completada la inspección, el séquito del tesorero vuelve a la terraza y pasa ante la sección rechazada de la columna, que ha quedado abandonada y que permanecerá allí durante veinticinco siglos. El grupo gira a la izquierda, pasa ante la Puerta de todas las Tierras y dobla luego en dirección este, unos 90 m a lo largo de una avenida amurallada, hasta que penetra en el extremo norte de un gran patio, de más de 100 m de longitud por 80 de anchura.

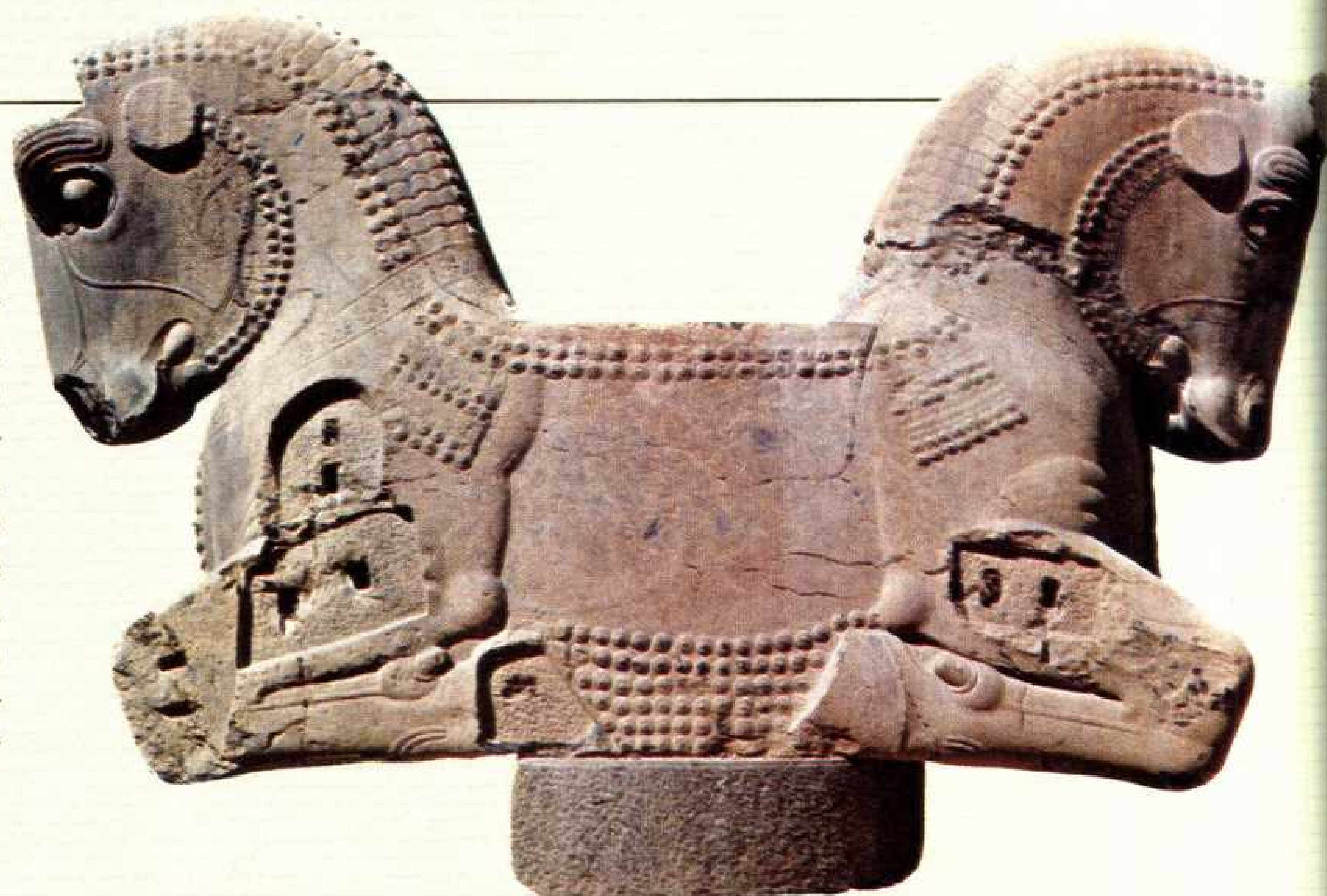
En el extremo sur del patio se está erigiendo la sala del trono, que constituye la segunda estructura de mayor tamaño de la terraza. Su sala principal tendrá cinco columnas, aunque su altura será sólo dos tercios de las de la apadana, que el escriba puede divisar por encima de la pared situada a su derecha. Los cimientos de piedra de la sala del trono están ya listos y se está procediendo a levantar las columnas. Una vez se tengan todas en pie y estén acabadas las puertas de piedra, se erigirán paredes de 3 m de espesor de ladrillo de barro cementado con mortero también de barro. A continuación se colocarán grandes vigas de cedro, que sobresaliendo de las paredes exteriores descansarán sobre los capiteles de las columnas. Encima se colocarán pequeñas vigas en sentido cruzado a las vigas de cedro y todo este emparrillado quedará cubierto por esterillas trenzadas, sobre las que se depositará una capa de tierra de 1 a 2 m de espesor para completar el techo.

Sin embargo, llegar a este punto requerirá varios años. El escriba lo puede comprender fácilmente observando un grupo de trabajadores que intentan colocar en posición una sección de columna. El pilar, parcialmente levantado, está ya a una altura de unos 8 m rodeado por un resistente andamio, el cual se halla suspendido por un montón de cuerdas y poleas de bronce que multiplican la fuerza de los equipos en el suelo. Una vez situado el tambor de columna en su lugar, se necesitarán varios días para levantar el andamio al nivel superior a fin de poder colocar la sección siguiente. Y, una vez colocada la columna, los obreros invertirán varios días para desmontar el andamio y colocarlo en otro lugar.

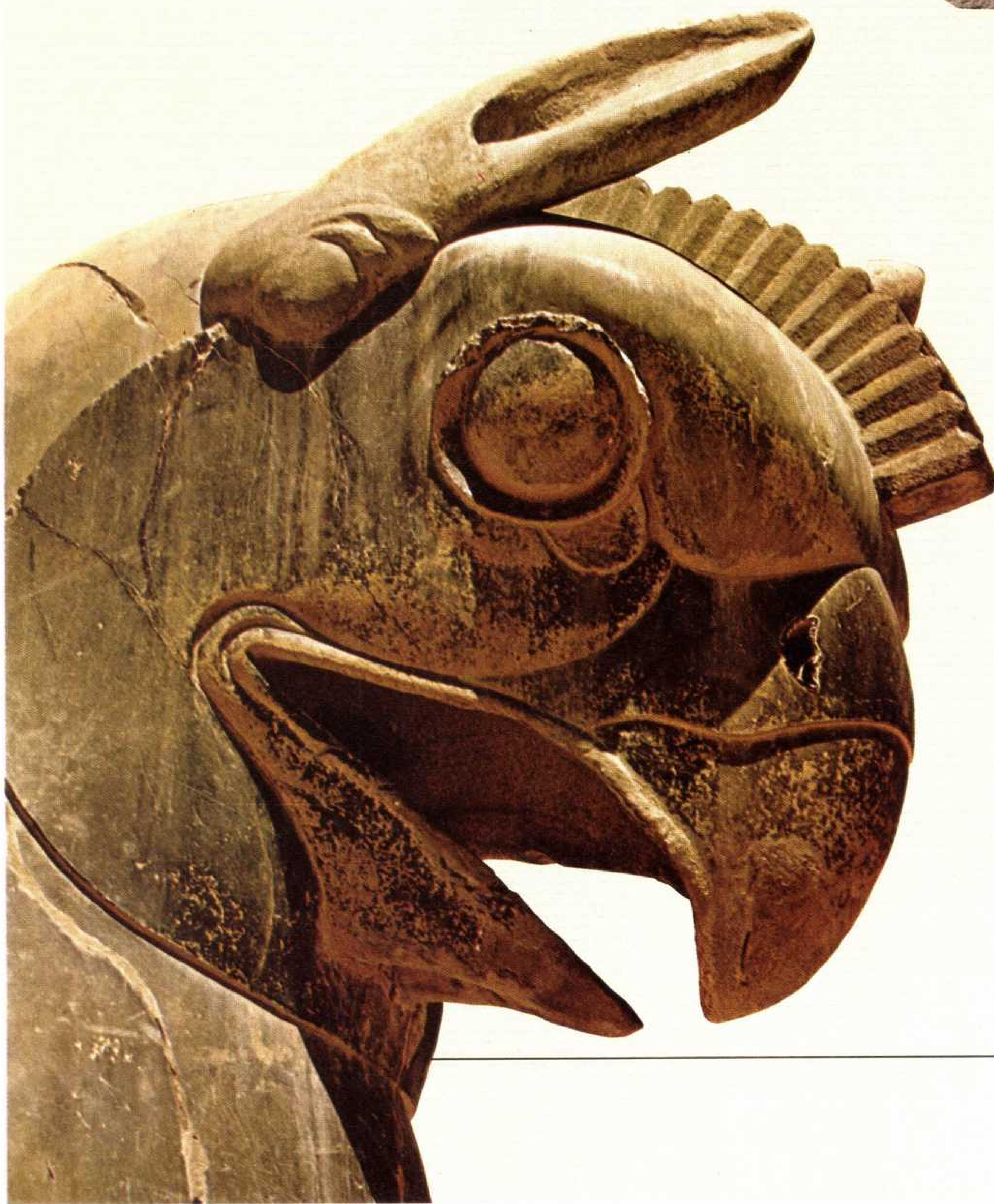
La inspección continúa a lo largo de calles de 6 m de ancho, suben y bajan escalinatas, entran y salen de edificios medio terminados, atraviesan pasadizos y salas. En un palacio, Bakabaadda puede ver cómo se frotan pacientemente los relieves grabados en piedra caliza negra con piedras abrasivas, hasta que aquéllos brillen como mármol negro. En una calle próxima a un nuevo edificio observa cómo los hombres calientan y aplastan yeso y lo mezclan con arcilla y agua para preparar el mortero, que otros aplicarán a los suelos, así como en algunas paredes interiores y exteriores. En el interior de otra estructura, pequeña y lo suficientemente baja para que el techo pueda ser soportado por simples troncos de madera, los obreros están ocupados en recubrir los troncos con una espesa capa de argamasa a fin de

Capiteles gigantes

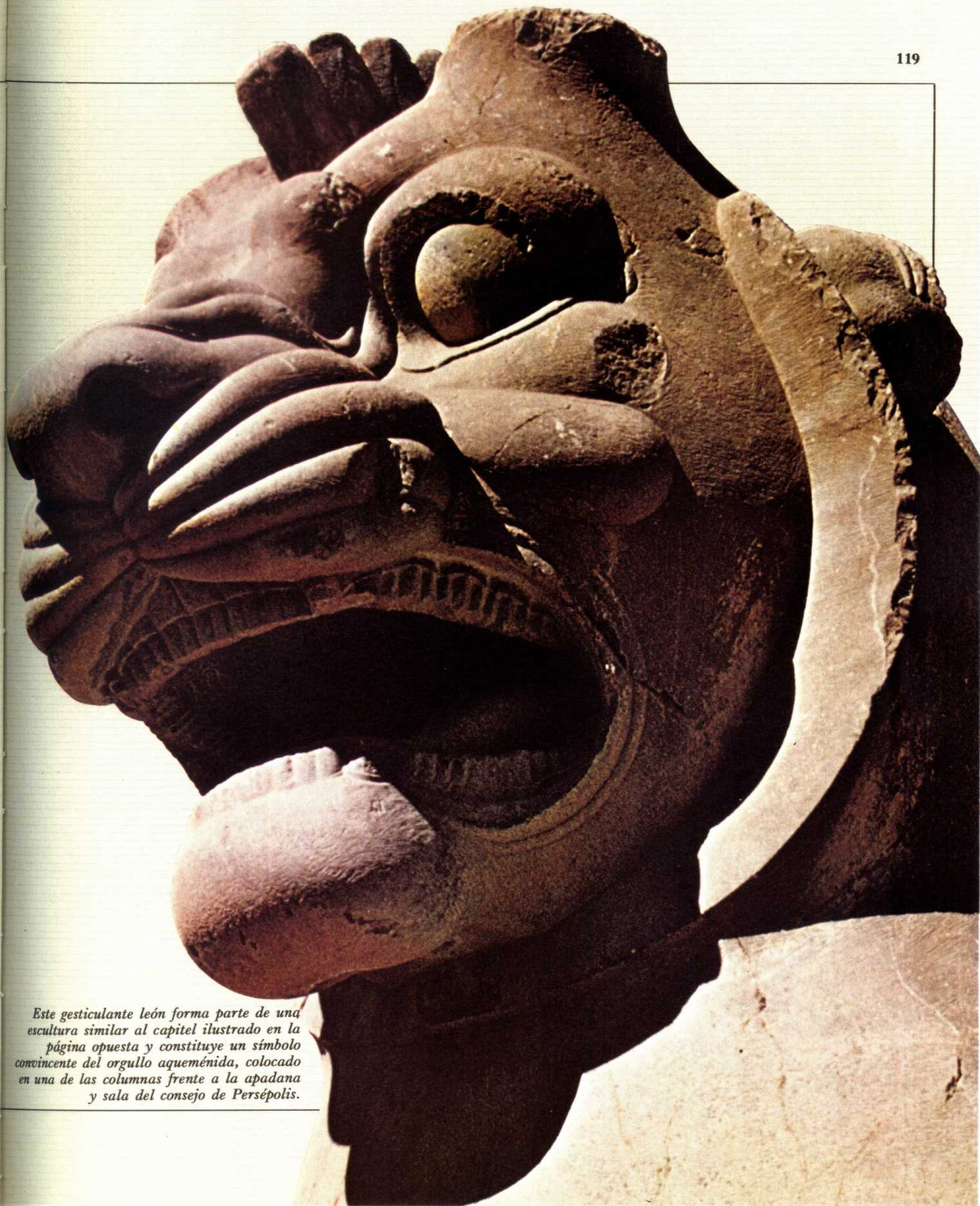
Entre las características más originales de los edificios aqueménidas pueden citarse las gigantescas columnas, algunas de ellas de más de 20 m de altura –altura muy superior a la de los edificios griegos–, que culminaban en capiteles macizos con imágenes de toros, leones o monstruos emparejados. La sorprendente escala de estas protomas –término arquitectónico utilizado para describir tales cabezas y bustos de animales– puede deducirse de la escena con que se ilustra la cubierta de este libro. Cualquier visitante, al penetrar en la sala principal del trono en Persépolis, hubiera observado 100 capiteles semejantes que dominaban la sala y sostenían las vigas del techo de madera, a la vez que proclamaban el poderío invencible del Imperio persa.



Estas figuras de toro unidas coronaban en su tiempo una columna del palacio de Persépolis. Muy pocos de este tipo de capiteles han sobrevivido, aunque los fragmentos de otros indican que el toro constituía un motivo importante en la arquitectura de la ciudad. La escultura mide más de 2 metros de ancho por 1,5 de alto.



Este grifo, bestia mítica con cabeza de águila, forma parte de un par diseñado por un capitel de caliza por los escultores de los aqueménidas. Encontrada en una zona próxima a Persépolis que fue utilizada como cantera y taller, esta cabeza, de un metro de alto, parece ser que no llegó a coronar la columna; cabe la posibilidad de que hubiese sido rechazada porque no satisfacía, o que estuviese destinada a adornar un edificio que no se llegó a terminar.



Este gesticulante león forma parte de una escultura similar al capitel ilustrado en la página opuesta y constituye un símbolo convincente del orgullo aqueménida, colocado en una de las columnas frente a la apadana y sala del consejo de Persépolis.

dejarlos lo mejor preparados posible para un delicado trabajo de pintura.

El grupo continúa hacia la tesorería, deteniéndose una vez para comprobar los progresos de los trabajadores que limpian la parte inferior del sistema de drenaje. Atravesando la calle más oriental de la terraza, el grupo pasa ante un grupo de barracas de soldados apoyadas contra la pared fortificada. Bakabaadda frunce la nariz. La ciudadela no tiene cloacas y en esta parte de la terraza, ocupada todo el tiempo por abundancia de gente y de caballos, el olor es insoportable.

Al oír risas procedentes de una puerta abierta, el escriba no puede resistir la tentación de mirar hacia el interior, donde hay soldados hablando y bebiendo. Apoyadas contra una esquina se ven docenas de lanzas de punta de bronce, y sobre la pared cuelgan aljabas repletas de flechas con puntas de hierro y espadas enfundadas. Sobre las estanterías se divisan armaduras y cantimploras de alfarería y en rendijas practicadas en el suelo grandes jarras de arcilla, de forma cónica. Un soldado, al levantarse para sacar más vino de uno de estos recipientes, repara en Bakabaadda y dice alguna broma a su costa. Los hombres se ríen, y Bakabaadda, avergonzado, se apresura a regresar al grupo, que ahora está aproximándose a la entrada de la tesorería.

La disposición del interior del edificio, de una superficie de más de 27.000 m², dividido en más de 100 salas, pasadizos y patios, le deja tan atónito como su primera visión de la ciudad. De todos modos, aunque la distribución arquitectónica fuese sencilla, probablemente no sería capaz de fijarla en su mente, dado lo atónito que se halla ante las riquezas almacenadas en las salas y talleres del edificio.

En su recorrido observa cámaras repletas de oro y muebles dorados, platos, vasijas de exquisita forma y recipientes de oro, plata, alabastro, cristal y costoso vidrio egipcio. Recuerda el dicho de que sólo los persas que no agradan al rey beben en copa de barro. Otras salas contienen suntuosas alfombras persas, corazas y armas de oro para ceremonias, marfil y perlas, joyería, piedras preciosas, incienso, especias extrañas y rollos de seda, gran parte de ellos coloreados, la clásica púrpura de Tiro reservada a la realeza. Las salas de trabajo de la tesorería se hallan también repletas de lingotes de oro y en ellas puede verse a los artesanos ocupados en su trabajo de confección de ornamentos de oro, así como clavos de cabeza de oro y cables de plata recubiertos de oro para su utilización en decoraciones de palacio.

En su oficina, el recaudador de impuestos carga cazo tras cazo de monedas de plata en una balanza provista de un peso de 120 karsha (aproximadamente, 10 kg). Bakabaadda también repara en algunos metales básicos: lanzas y espadas de bronce en manos de soldados de duras facciones que guardan el edificio. Recuperándose de su primera impresión del lugar, el escriba se recuerda a sí mismo que no es adecuado permanecer embobado en un lugar de tanta actividad. Por ello, junto con sus colegas, Bakabaadda emprende las tareas que rutinariamente habrá de realizar.

Mientras se le estaba enseñando el uso de los estiletes, plumas, arcilla, papiro y pergaminos, Artataxma le hace llamar para entregarle un pergamino cuidadosamente enrollado que lleva el sello de arcilla de un hombre denominado Megabyzus. Bakabaadda rompe el sello y traduce en voz alta la carta, escrita en arameo, al idioma persa. El documento es una petición de salarios de los conductores de asnos que dependen de la casa real. Artataxma le dice al escriba que dé órdenes para que se proceda al pago.

Afortunadamente, Bakabaadda ya conoce el sistema multilingüe de la oficina por sus prácticas similares en Susa. Los tenedores de libros elamitas al servicio de Vahush, que no pueden leer la lengua aramea, necesitarán, para efectuar el pago, una autori-

zación redactada en su propia lengua, para sus archivos y para que ésta sea oficial, y debe ser redactada en forma de memorándum de Artataxma a Vahush, indicando que se ha recibido una petición de que se haga el pago de tal cantidad de moneda que ha sido recibida de Megabyzus.

Bakabaadda vuelve a la oficina de los escribas con el pergamino, moldea una tablilla de arcilla húmeda con dos trozos de cuerda que sobresalen de cada extremo y empieza a grabar los caracteres cuneiformes: "A Vahush el tesorero, Artataxma dice..." Bakabaadda sigue adelante con el memorándum, incluyendo el texto de la carta de Megabyzus que pide "tres karsha, 6 shekeles y dos tercios de un shekel de plata", y finalmente acaba con la fecha: "En el mes de Vyaxna del año 19 se ha redactado esta orden sellada en Parsa." Terminado el documento, el escriba lo lleva de nuevo a Artataxma, quien imprime su sello oficial sobre la tablilla.

Más tarde, cuando la arcilla se ha endurecido, la tablilla –con el papiro procedente de Megabyzus vuelto a sellar de nuevo y fijado a las cuerdas– pasará a los tenedores de libros y, después que el dinero haya sido pagado, estos documentos serán archivados conjuntamente en los archivos del tesoro, de modo que si la orden de pago algún día se pone en duda, se romperá el sello del pergamino, pudiendo renovarse la petición original. Mientras espera que la tablilla se seque, el escriba se da cuenta, con algún pesar, de que podía haber añadido: "Bakabaadda escribió este documento." La próxima vez tendrá más cuidado para recordarlo.

Nos hallamos en el primer día del primer mes del año 20 del reinado de Jerjes. Bakabaadda lleva en Parsa apenas cuatro semanas, aunque este período ha sido el más agitado de su vida. Vahush ha muerto, y Ratininda ha sido designado para cubrir el codiciado cargo de tesorero. Los empleados de la tesorería se hallan tan ocupados preparando el festival del Año Nuevo que casi no han tenido tiempo de apartar la vista de su trabajo para darse cuenta del cambio ocurrido, puesto que tienen a su cargo la enorme tarea de organizar la preparación de los festejos apropiados para el rey; de urgir a los constructores de la ampliación de la tesorería para que finalicen las salas necesarias en que almacenar el tributo que llegará próximamente de las naciones vasallas, y de encargarse de la compra de vinos y manjares para los festejos.

Incluso hoy, una vez acabados los preparativos, Bakabaadda no puede descansar todavía, pues Ratininda le ha pedido que permanezca cerca durante las ceremonias por si se necesita un escriba o intérprete. Bakabaadda acepta con agrado, ya que ello lo colocará en el mejor lugar para presenciar la fiesta: cerca del pórtico occidental de la apadana, desde donde se domina el llano inferior. El espectáculo incluirá la aparición del Rey de Reyes en la terraza, una exhibición de caballos y carrozas procedentes de los establos del monarca, un desfile de nobles y oficiales persas, y una parada de delegados de otras naciones portadores de tributos.

Parsa aparece con más colorido de lo normal, pues durante algunas semanas los pintores han estado ocupados en aplicar nuevas decoraciones a la piedra esculpida, desde los bajorrelieves hasta los capiteles de las columnas. Dispersadas por la llanura, pueden verse las tiendas de campaña de los visitantes, que ahora duplican la población de Parsa. Justo debajo de Bakabaadda, miles de espectadores se amontonan en la plantación de pinos de Darío, pero son apartados de la ancha avenida que se halla situada al pie de la terraza por un cordón de guerreros uniformados. Pueden verse también más soldados formando una hilera que se extiende desde la gran escalinata, a través de la Puerta de todas las Tierras, y que asciende por la escalinata de la apadana.

La muchedumbre deja escapar un grito. Bakabaadda se vuelve para ver cómo su majestad sale de la apadana. Allí está: el gran rey, Rey de Reyes, Rey de las Tierras, Jerjes el aqueménida, sentado en un trono dorado, el cual, a su vez, va sobre una tarima provista de un palio adornado con borlas que oscilan al ritmo del paso uniforme de sus portadores: un escuadrón de los Inmortales. Jerjes viste una túnica granate y ciñe corona dorada, sostiene un largo y ligero cetro de oro y descansa sus pies, calzados con sandalias azules, sobre un escabel dorado. El rojo palio está bordado con leones, toros y el símbolo alado de su dios Ahuramazda.

El rey se yergue para mantener su porte real, mientras los soldados bajan la tarima hasta el suelo. Dos asistentes, uno portador de un espantamoscas confeccionado con una cola de toro y otro portador del arco dorado y el hacha de guerra del rey, se colocan detrás de él. El rey inclina la cabeza en señal de permiso para que empiece el programa.

El escriba elamita se siente orgulloso al comprobar que un centenar de soldados de Susa –reconocibles por sus casacas de intrincado diseño amarillo, azul turquesa, blanco y marrón– abren la marcha. Van seguidos por mozos de caballos y monturas procedentes de los establos reales y por dos carrozas vacías, una para el rey y otra para el dios Ahuramazda.

A continuación vienen los señores del reino: dignatarios persas y medos que no desfilan, sino que andan con mucho porte. Los persas visten *candys,* la casaca suelta característica, y una tiara de fieltro acanalada. Los medos visten pantalones de cuero, túnicas y zapatos de lazos, sombreros altos de fieltro y abrigos con mangas a modo de capa por encima de los hombros. Los nobles de ambas naciones lucen ornamentos de oro –pendientes, brazaletes y pesados collares–.

Cuando los dignatarios han pasado por delante del rey, se inicia el desfile tributario. Cada delegación va precedida de un ujier persa que coge de la mano al jefe del grupo. Bakabaadda, que ha estudiado varias veces los relieves de la escalera de la apadana, se sorprende al ver que las delegaciones que pasan por debajo son mucho mayores que las ilustradas en dichos relieves. De ello deduce que los escultores han abstraído la esencia de la festividad, pues en la vida real se necesita mucho más esfuerzo para transportar las ofrendas. En lugar de un indio esculpido portando un par de vasijas en cestos suspendidos de un yugo, son docenas de indios los que se aproximan ahora al rey, e incluso antes de que el escriba pueda verlos, oye el sonido lejano de la admirada muchedumbre, pues ésta sabe muy bien lo que contienen las vasijas: polvo de oro puro.

Algunos miembros de cada delegación, portadores de ofrendas que son regalos personales para el monarca, debían dar la vuelta al llegar a la escalera monumental y seguir a los nobles persas y medos por la Puerta de todas las Tierras, aunque la mayoría de los hombres que desfilan continúan a lo largo de la parte inferior de la terraza y desaparecen por la esquina noroeste. Estos llevan sus contribuciones directamente al edificio del tesoro atravesando el túnel de entrada que está cerca de la frontera.

El desfile es interminable: capadocios con carretas llenas de telas elegantemente bordadas; jonios con ricas colmenas de miel, y unos elamitas conduciendo una leona, otros los cachorros, y todavía otros que traen armas finamente trabajadas. Por el paso de los camellos de Bactriana y Arabia, los toros de Babilo-

Portadores de alimentos, bebidas y utensilios para la fiesta del Año Nuevo, esta procesión de siervos de aproximadamente 45 cm de altura asciende por una escalinata de la sala del consejo, o tripilon, en Persépolis. El cortejo real veía primero al rey en la sala de audiencias, antes de pasar, a través del tripilon, a donde se celebraban los banquetes anuales.

nia, los asnos salvajes de India y caballos de casi todas partes, la polvareda levantada llega casi hasta el grupo privilegiado situado cerca de la plataforma. Por ello Bakabaadda se alegra cuando el último contingente ha pasado y el trono es alzado de nuevo sobre su tarima y es transportado en medio de ovaciones al interior de la apadana.

En la fila del cortejo real, Ratininda le hace una señal a Bakabaadda para que le siga. El atónito escriba penetra en la cavernosa apadana, cuyas dimensiones son tan grandes que pueden cobijar a 10.000 personas, y cuando sus ojos se acomodan a la relativa oscuridad, puede ver ante él el ala transversal que corre hacia la puerta este, situada a 60 m de distancia, y el ala norte-sur, en la que él está. En las demás direcciones su visión queda cortada por el bosque de gigantescas columnas de piedra. A continuación, Ratiminda le conduce a un lugar desde el cual puede distinguir la vaga silueta del trono y del rey. Tal como Bakabaadda sabe muy bien, los monarcas persas prefieren el alejamiento entre sombras como un importante elemento de su reinado. Una aparición pública, tal como la que acaba de tener lugar afuera, es, por tanto, muy apreciada por su poca frecuencia.

En la apadana, Jerjes se halla dando audiencia a los dignatarios persas y medos, los cuales se apro-



ximan uno a uno a hablar con el Gran Rey. Por las pocas palabras que puede escuchar el escriba, muchos de los hombres renuevan simplemente su lealtad y afirman su convicción de que el año 20 de su señor en el trono será un año de continua gloria y éxito. Algunos de ellos parecen utilizar la oportunidad para pedir dádivas, a lo cual el rey a veces asiente con un gesto de su cetro.

Cuando la audiencia ha terminado, Jerjes desciende del trono y sale por la puerta este seguido por el portador del espantamoscas ceremonial y por un siervo que sostiene un ornamentado parasol sobre la cabeza del rey. La aparición de Jerjes en el pórtico es saludada de nuevo por gritos de alabanza de los delegados medos y persas reunidos en la plaza de la apadana, donde les sirven su parte de la fiesta. El rey, seguido por los nobles y a una discreta distancia por sus siervos, pasa ante los relieves de su padre –seguido por los nobles de una generación anterior– hasta la nueva sala de banquetes que ha sido construida en el nivel más alto de la terraza y es suficientemente amplia para incluir en ella una sala central de 25 m^2.

El escriba es informado de que el rey come en presencia de sus cortesanos sólo en los días de fiesta pública. Los demás días come solo, separado de sus huéspedes por cortinas. En el banquete, Bakabaadda permanece en pie detrás de Ratininda, que está sentado a una mesa reservada para la gente de su rango. El escriba no ha presenciado nunca una fiesta tan opulenta –más de 1.000 ciervos, corderos y gallos han sido asados para la ocasión–. Una hilera ininterrumpida de siervos reales desfila por la sala llevando vino, bandejas de fruta y platos cubiertos. El sonido del arpa y de la flauta llena la sala de música.

A medida que avanza el banquete, resulta evidente que sólo se llegará a consumir una pequeña parte de la comida depositada sobre las mesas. Más tarde, cuando el rey regrese a la apadana para recibir el tributo de delegaciones en audiencia, la comida sobrante se distribuirá entre los soldados, siervos y –Bakabaadda confía fervientemente– al menos un escriba.

Mientras se halla saboreando mentalmente el cordero asado rebosante de jugosos aromas, observa que un siervo habla en voz baja con el tesorero. En aquel instante, Ratininda le hace una seña de que se acerque. Parece que Artataxma envía recado de que la tesorería necesita ayuda para registrar la entrada del tributo real y su distribución en las salas adecuadas. Por esta razón Bakabaadda debe presentarse inmediatamente. El escriba hace la reverencia, dirige una última mirada hambrienta al banquete que no habrá de probar y sale para ayudar a contar los recientes ingresos en la fortuna siempre creciente de su rey.

El recuerdo de una soberanía perdida



Desde unas alturas las ruinas de Persépolis dominan la meseta iraní, actualmente en explotación agrícola hasta los lejanos Montes Zagros.

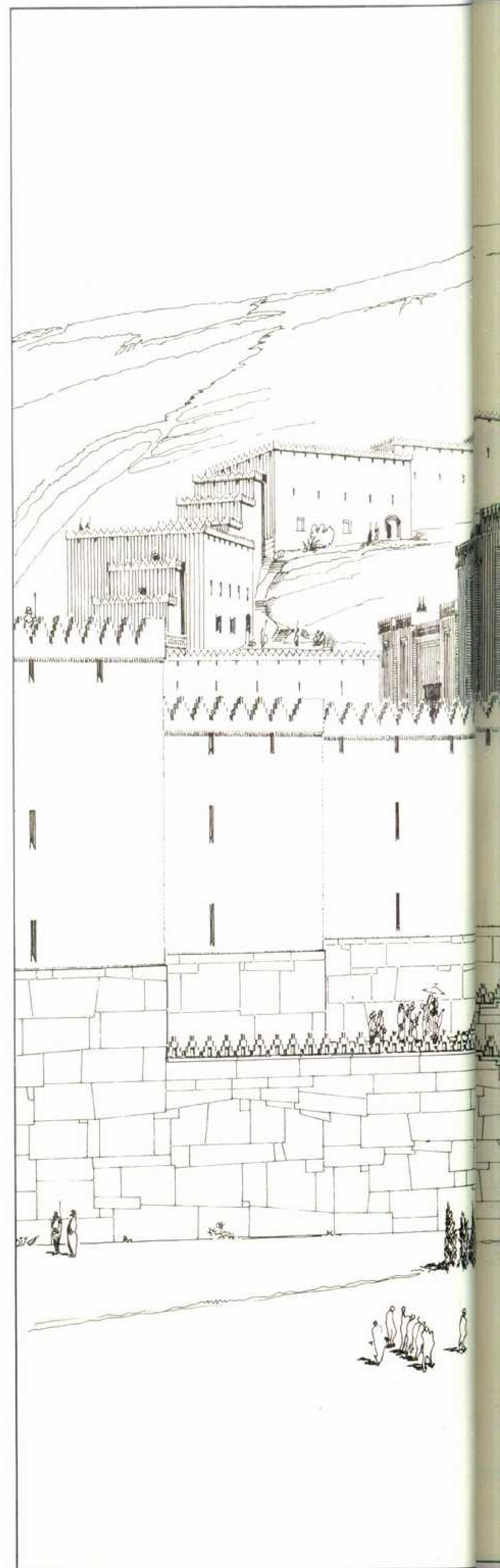
Las ruinas de Persépolis, símbolo del poderío persa en su cenit, se alzan rígidas en la llanura de Marv-i Dasht, en la parte sur del Irán. Edificada sobre una terraza amurallada cerca de la base de una montaña, las colosales ruinas evocan la gloria del pasado de la suntuosa capital.

Cuando el rey Darío concibió el plan general de este complejo, en el año 520 antes de nuestra era, seleccionó aquel lugar aislado a fin de conferir cierta grandeza a los ritos sagrados que habían de realizarse allí, y obtener al mismo tiempo una remota fortaleza para guarda del tesoro nacional. Su esquema exigía una perfecta alineación de todas las estructuras erigidas encima de la terraza, de 14 hectáreas, equipado con un sistema subterráneo de drenaje. La ciudadela se utilizaba sólo durante un breve período al año –durante el festival del Año Nuevo, cuando los emisarios procedentes de todas las naciones dominadas del Imperio se reunían para presentar su tributo al Rey de Reyes–. Pero cada uno de los sucesores de Darío añadió magnificencia a la ciudad. En la época en que fue saqueada por el conquistador griego Alejandro, en el año 330 antes de nuestra era, la plataforma sobre la cual se asentaba Persépolis estaba poblada de edificios.

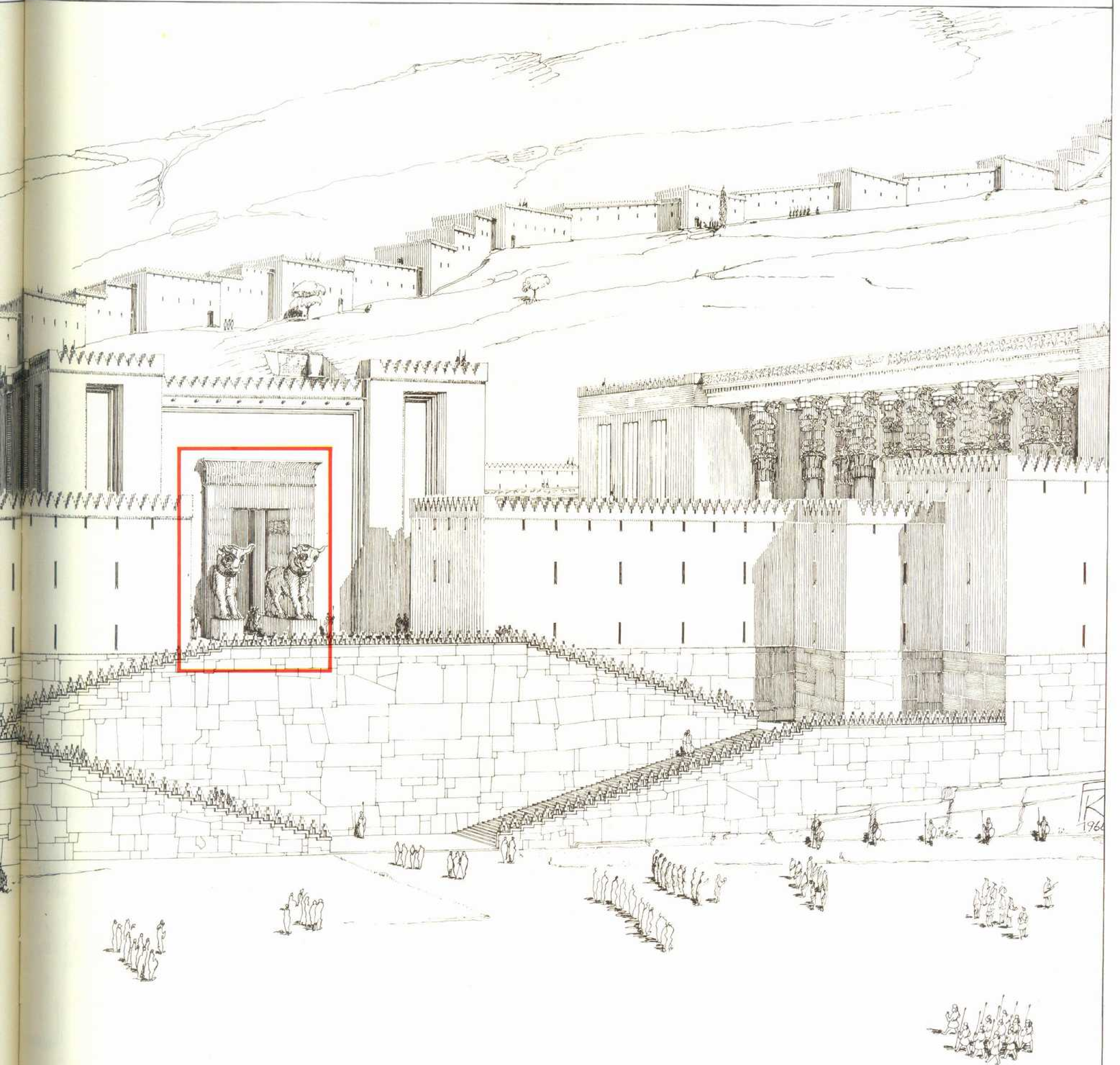
Un arquitecto alemán, Friedrich Krefter, que fue el primero que estudió el lugar en el año 1930, realizó recientemente los dibujos que aparecen emparejados con las fotografías de las páginas siguientes para ilustrar el aspecto de Persépolis en el punto máximo de su esplendor, en el siglo V antes de nuestra era.

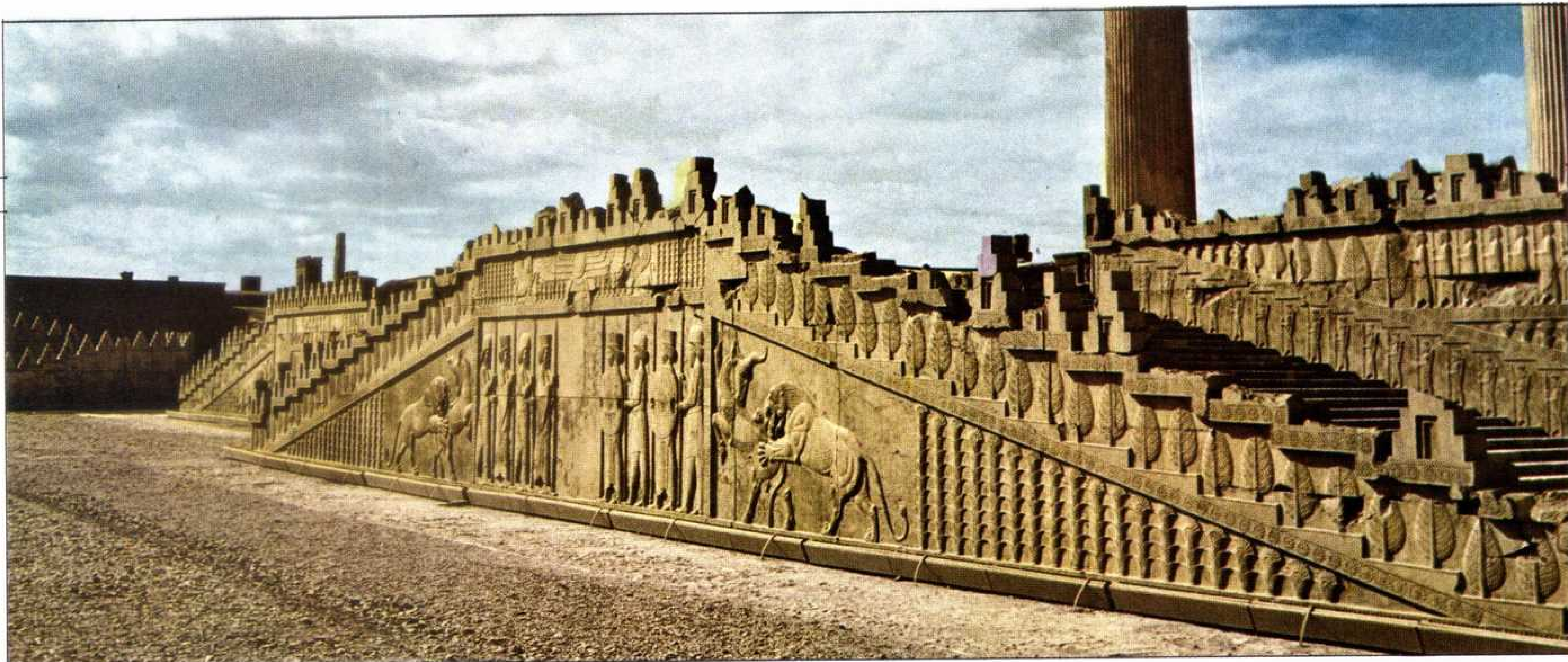


Estos dos toros de caliza, de 5,50 m de altura, uno de ellos actualmente sin cabeza, guardan la entrada principal de Persépolis. Denominada Puerta de Todas las Tierras por el rey Jerjes, quien la ordenó levantar alrededor del año 475 antes de nuestra era, el portal tenía inicialmente puertas de madera. Las columnas de 18 m de altura que pueden verse detrás sostenían el techo de una antesala.

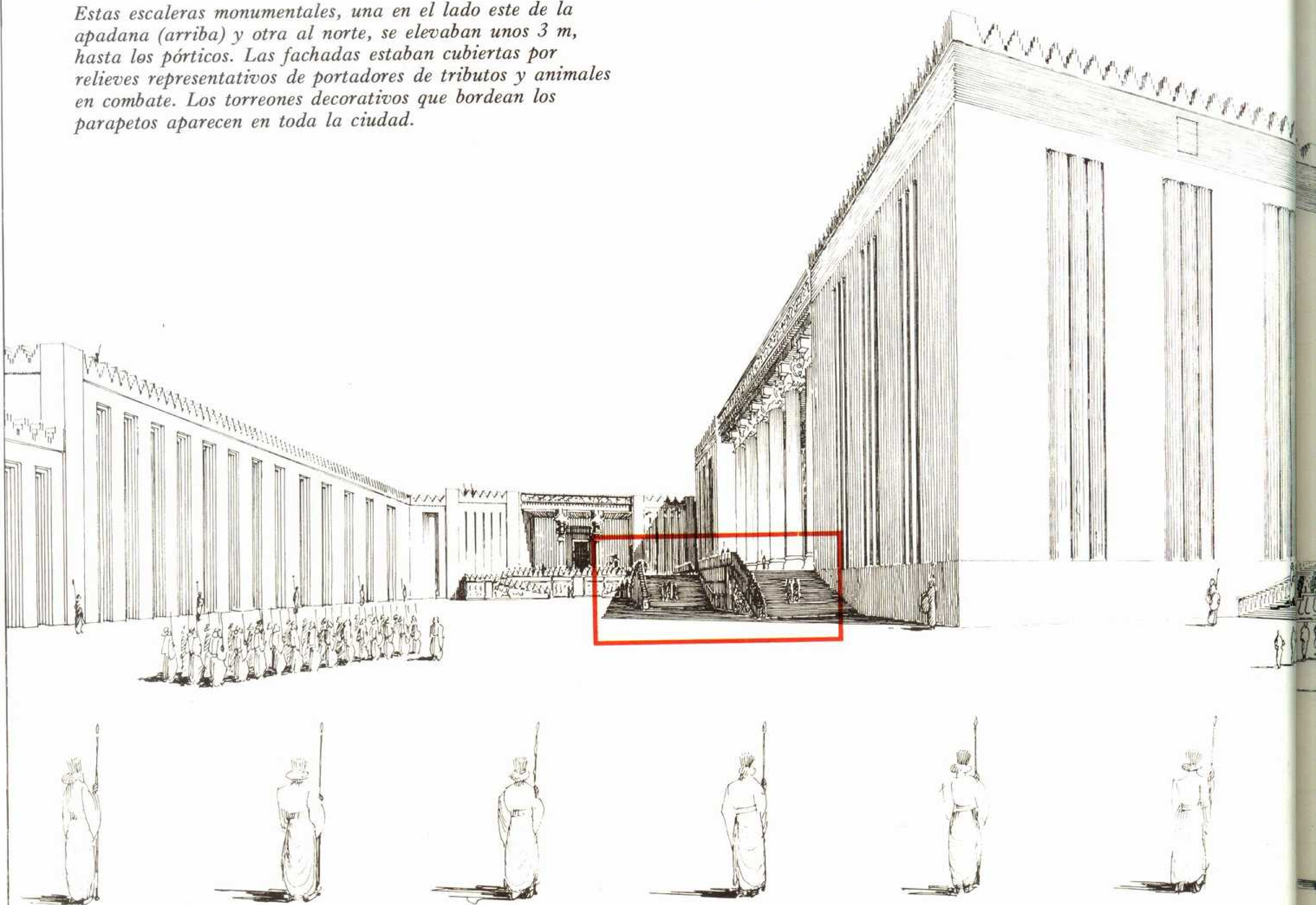


Desde la Puerta de Todas las Tierras (recuadrada en rojo para representar el área del detalle que puede verse a la izquierda), una doble escalinata conducía hasta la gran terraza sobre la que se erigió Persépolis, a unos 14 m por encima de la llanura de Marv-i Dasht. Esta base de piedra y polvo fue reforzada con una pared de retención de macizos bloques de caliza. Encima de la muralla, que describía una curva a lo largo del perímetro de la ciudad, se erigieron fortalezas y torres de guardia, que se ven en último término, con ladrillos de barro. A la derecha de la puerta de entrada puede verse la sala de audiencias o apadana.

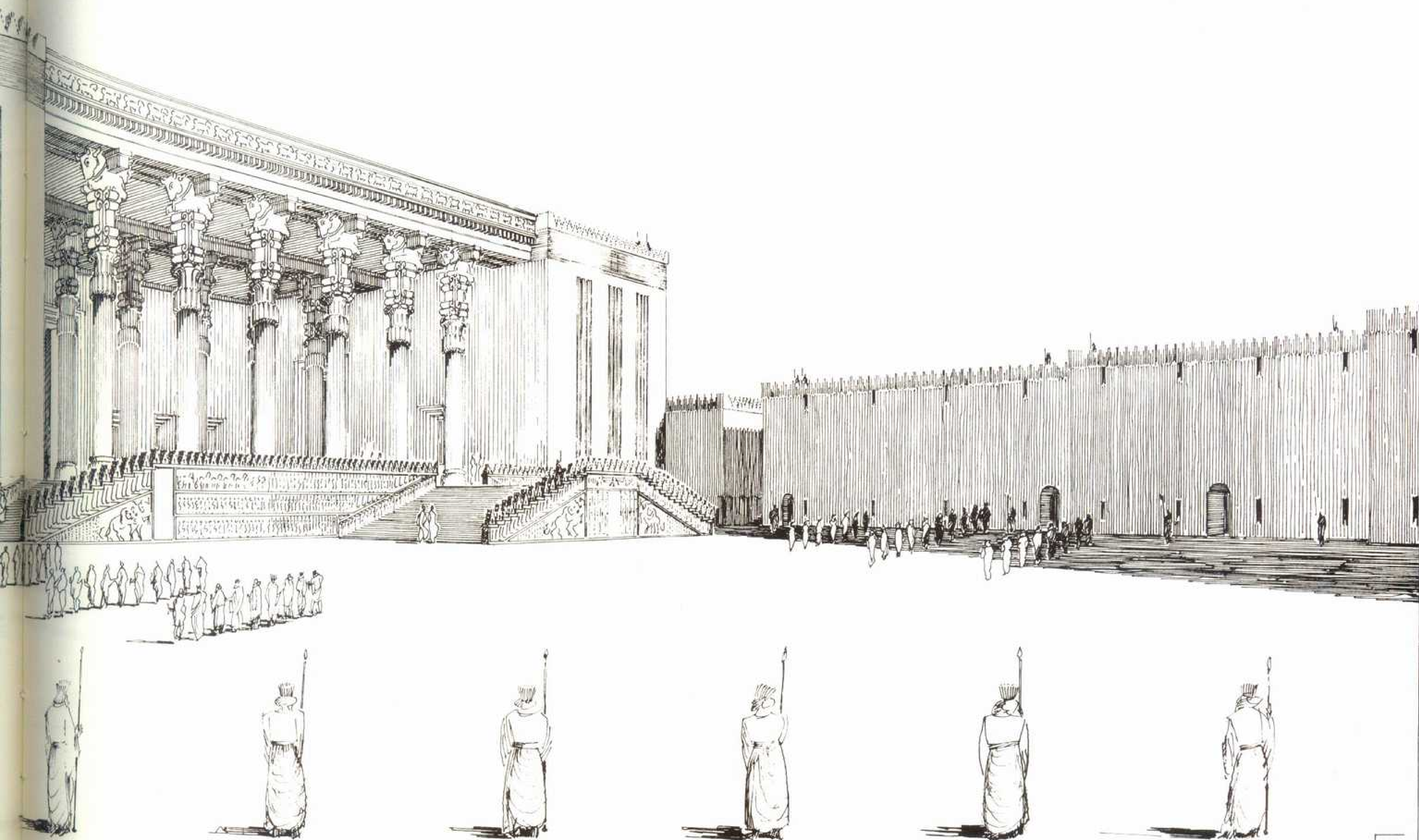




Estas escaleras monumentales, una en el lado este de la apadana (arriba) y otra al norte, se elevaban unos 3 m, hasta los pórticos. Las fachadas estaban cubiertas por relieves representativos de portadores de tributos y animales en combate. Los torreones decorativos que bordean los parapetos aparecen en toda la ciudad.

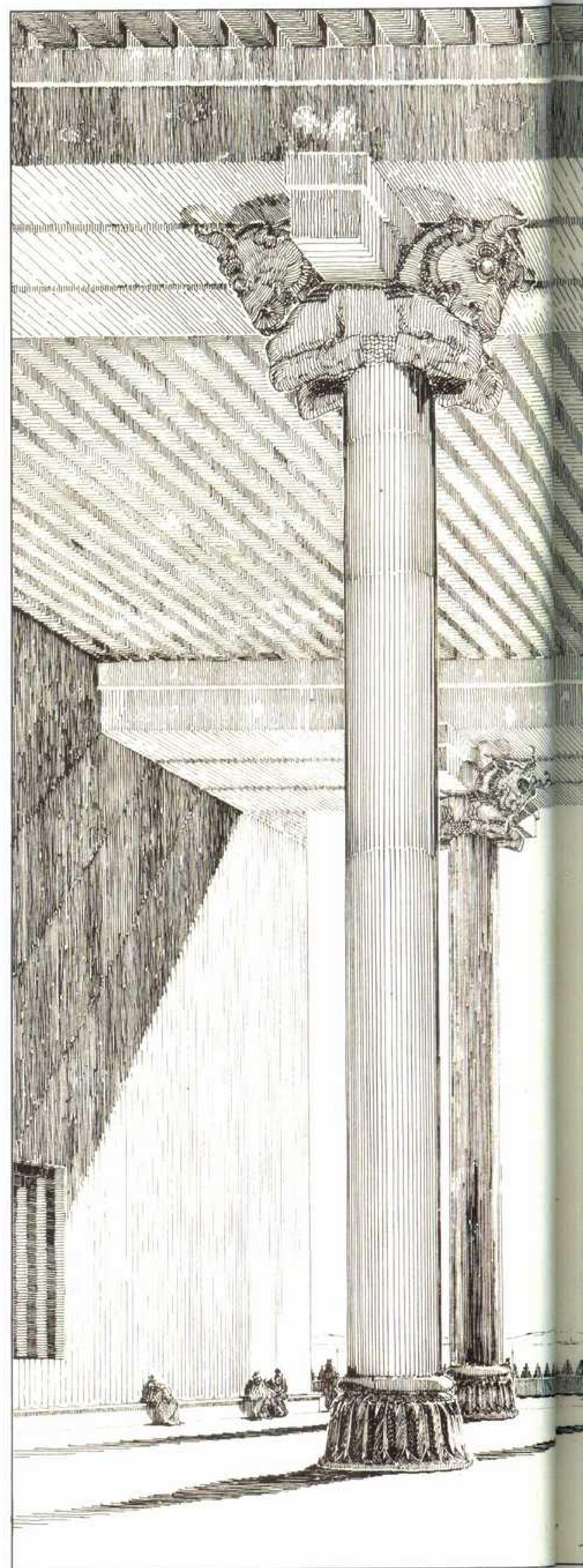


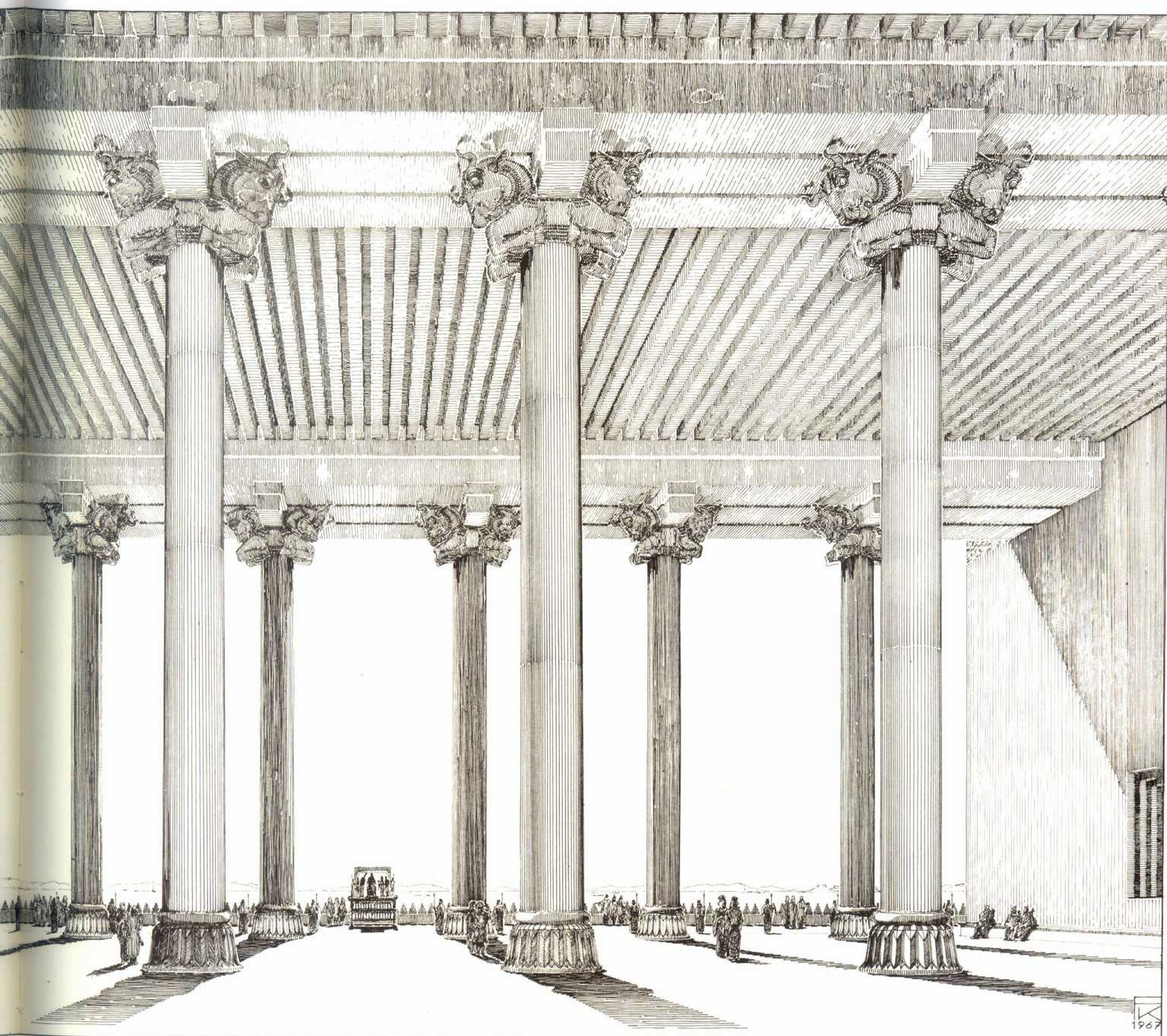
Una vez en el interior de las murallas de la ciudadela, los huéspedes y dignatarios que visitaban Persépolis se hallaban ante una plaza cuadrada frente a la apadana. Desde este lugar, quienquiera que tuviese entrevista con el rey era conducido al interior de una gran sala de audiencias a través de la escalinata y pórtico norte (en el centro, abajo). Una vez reunidos los visitantes, el propio rey hacía su entrada a través de la puerta este (recuadrada en rojo para mostrar el área correspondiente a la fotografía opuesta). De las dos escaleras –una erigida por Darío, y la otra por Jerjes–, la del este es la mejor conservada, ya que quedó protegida por un manto de cascotes hasta su excavación en 1932.





Cinco de las columnas de caliza supervivientes de la apadana se alzan a más de 20 m de altura. En su época sostuvieron las macizas vigas del techo de madera de la sala de audiencias. Las dos columnas de la izquierda, parte del pórtico occidental, fueron colocadas sobre bases de piedra de forma acampanada. Las tres de la derecha, que descansan sobre simples bloques cuadrados, se hallaban en el interior de la estructura. Originalmente el edificio contenía 72 columnas.





En el borde del pórtico occidental de la apadana, el rey pasaba revista a la procesión del Año Nuevo desde su trono portátil elevado. La columnata, de 60 m de anchura –una de las tres que se abrían desde la sala–, permitía el paso de la luz hacia el mal iluminado interior del edificio. Cada una poseía 12 columnas acabadas en un capitel con la imagen de un doble toro. Las vigas longitudinales de cedro del Líbano soportaban el peso de la armazón, más ligera, del techo.

Capítulo sexto: Un regalo para el mundo occidental



Cuando Jerjes heredó el Imperio persa en el año 486 antes de nuestra era, la gracia de Ahuramazda parecía no conocer límites y el futuro de los aqueménidas era desde luego brillante. En una tranquila y fácil transición, el príncipe heredero había recibido, a sus 35 años, el manto y los títulos de realeza como justo heredero de Darío el Grande, que había vivido con honor y fallecido de muerte natural.

Según parece Jerjes había de ser el último Gran Rey en subir al trono bajo tales auspicios. Al finalizar su reinado de 22 años, la falta de previsión de sus predecesores en relación con el problema de la sucesión influyó gravemente sobre la monarquía. En total fueron seis los aqueménidas que siguieron a Jerjes, y es de señalar que la ascensión de cada uno de ellos estuvo marcada por la intriga y el derramamiento de sangre. Con una sola excepción, los siguientes grandes reyes fueron hombres débiles que carecieron de la talla y cualidades de los fundadores del Imperio. Como resultado, las trece últimas décadas de la dominación aqueménida presenciaron la ruina de lo que había sido la mayor aglomeración de poder del mundo antiguo.

Sin embargo, la decadencia afectó principalmente al sistema político y al núcleo administrativo de la tierra natal persa; por el contrario, los éxitos intelectuales parecían florecer en las satrapías, cuya actividad se nutría de la atmósfera de estabilidad –las treguas de guerras y revoluciones– que Ciro II había establecido y Darío I había consolidado. Incluso después de sus reinados, este clima continuó en las partes más alejadas del Imperio, contribuyendo significativamente a los avances científicos; así, en Babilonia, Egipto y Jonia, eruditos de la casta sacerdotal estudiaron el firmamento y registraron el movimiento del sistema solar en las constelaciones, sentando con ello la base de la astronomía y matemática modernas. Este fermento intelectual no quedó desbaratado por la impotencia y corrupción de los últimos aqueménidas.

La memoria todavía viva del glorioso pasado de la antigua Persia inspiró esta miniatura del siglo X a. de C. que ilustra un poema épico sobre el linaje de los reyes persas. En esta versión apócrifa sobre el final de la dinastía aqueménida, en el año 330 antes de nuestra era, Darío III fallece en el regazo del conquistador griego Alejandro –representado como el hermanastro perdido de Darío–.

Se han dado muchas explicaciones sobre el declive político de los aqueménidas. Los griegos de aquella época, cuyas fortunas crecían a expensas de las persas, pueden considerarse demasiado cercanos al Imperio como para haber considerado la situación desde un punto de vista objetivo. No obstante, fueron los primeros en ofrecer una versión referente a estos sucesos. En opinión de los historiadores griegos, los persas habían ofendido a los dioses. Según el punto de vista clásico, los persas habían degradado su tipo de vida y se habían hecho incapaces para la lucha o el gobierno; también habían traicionado la confianza divina –la hegemonía en Asia que los griegos les concedían– con el fin de invadir Europa, ocupando territorios que los dioses habían reservado para los griegos.

La teoría tiene cierto mérito, especialmente en lo que se refiere al hedonismo de los persas. Pero existen factores más concretos que el tono moral comparativo de griegos y aqueménidas que contribuyeron a degradar la estructura imperial persa. El separatismo –el empuje cultural y geográfico de ciertas satrapías y subsatrapías en favor del restablecimiento de su propia entidad política– representaba una amenaza persistente para la estabilidad del Imperio. Un hombre de la talla de Darío hubiera podido controlar tales fuerzas separatistas, pero la creciente represión de los últimos reyes había tenido un efecto negativo en este aspecto. Así, a medida que el continuo aumento de los impuestos iba demolien-

do la prosperidad que antiguamente había contribuido a las buenas relaciones entre las satrapías y el Imperio, este resentimiento resultante nutría decididas rebeliones. Por otro lado, los últimos gobernantes aqueménidas respondieron con actos de brutalidad que sólo contribuyeron a agitar los espíritus de rebelión que intentaban apagar.

Además, mientras se iban acumulando los problemas internos de los aqueménidas, crecían también las confrontaciones con los griegos, cuyo poder se había multiplicado notablemente desde que Ciro el Grande, al principio de sus campañas imperiales, había aplastado a Creso de Lidia. A Ciro le había sido fácil recobrar los vecinos estados colonizados por los griegos del Asia Menor, uno a uno, sin que ello despertase ninguna protesta de sus hermanos de la Grecia europea. Sin embargo, cuando Darío, en el año 513, lanzó su expedición de castigo contra los escitas, se vio obligado a atravesar primero el mundo griego. La mayor parte de las ciudades-estado de Grecia se sometieron pacíficamente a la invasión, aunque Atenas y Eretria esperaron su revancha, y en el año 499 antes de nuestra era proporcionaron hombres y navíos a las humilladas ciudades jónicas cuando éstas se rebelaron contra Persia.

Dicha ayuda no sirvió de nada, ya que los jonios no consiguieron infligir daño alguno a Persia, más allá del incendio de la capital de la satrapía de Sardes. Darío deportó a los cabecillas, impuso castigos sobre las ciudades y sustituyó astutamente algunos de los tiranos menos populares que se habían ocupado de los negocios jonios en su nombre. A primera vista, la revolución parecía no tener consecuencias, aunque, según el posterior devenir de la historia, ambos lados desarrollaron una preponderancia hacia un conflicto de mayores proporciones, iniciándose con ello las Guerras Médicas, que habían de durar 50 años.

Para vengar el incendio de Sardes, Darío preparó un asalto por mar de la propia Grecia. Mientras reunía las tropas y equipaba los navíos, envió mensajeros a Grecia de ciudad en ciudad para pedir la sumisión voluntaria. Algunas sucumbieron a la presión, pero Esparta, Atenas y Eretria se negaron y Esparta y Atenas formaron una alianza contra la amenaza persa, que probablemente el Gran Rey tomó en broma. Le gustaba luchar y sabía que los griegos nunca habían podido confiar en ellos mismos.

En el verano del año 490 antes de nuestra era se hallaba listo para su venganza. Un ejército persa de 25.000 hombres, transportados por 600 navíos, invadió Grecia con la intención de concentrar su ataque en las ciudades que se habían negado a someterse. Tal como Darío había previsto, sus enemigos se hallaban sólo parcialmente preparados para resistir la invasión. Traicionada desde dentro por simpatizantes persas, Eretria fue conquistada en seis días. Luego la flota persa entró en la bahía de Maratón y el ejército se dispuso a marchar sobre Atenas.

Los atenienses no tenían otra elección que atacar a las fuerzas persas antes de que éstas pudiesen rodear la ciudad y aislarlos de sus aliados espartanos. El 12 de agosto del año 490 antes de nuestra era la infantería griega, fuertemente armada, presentó batalla en Maratón. El asalto hizo retroceder a los invasores hasta sus navíos, y, sin dudar, los griegos les siguieron; penetraron en el agua y afianzaron los cables de las áncoras de los navíos a fin de evitar que pudiesen escapar; de esta forma capturaron siete barcos. Al día siguiente los persas intentaron un segundo ataque, pero sin éxito; sólo para acabar descubriendo que los incansables moradores de Atenas se estaban preparando para repetir la hazaña del día anterior. Desmoralizada, la expedición persa, reducido su número en 6.400 bajas, emprendió regreso hacia la seguridad del territorio imperial.

La batalla de Maratón sorprendió a los griegos tanto como a los persas, y demostró que estos últi-

mos ya no eran invencibles, tanto en sus propias mentes, como en la opinión de sus enemigos. Mientras los persas se hallaban considerando cómo vengar esta pérdida crítica, intervinieron dos sucesos importantes para el Imperio: una revolución importante en Egipto en octubre del 486 a. de C. y la muerte de Darío el Grande al mes siguiente.

Cuando Darío falleció, a la edad de 64 años, llevaba en el trono 36. En aquel histórico momento para Persia, el príncipe heredero, Jerjes, recibió una tarea titánica. Volviendo su espalda durante varios años a los problemas relacionados con el nuevo poderío, Jerjes centró todo el peso de sus ejércitos imperiales sobre la rebelión de los egipcios –aparentemente la primera de una serie de revoluciones provocadas por un aumento en los impuestos– así como contra otra en Babilonia en el año 482 a. de C. Jerjes actuó vigorosamente, castigando con dureza a las dos satrapías por su insurrección. Ambas perdieron la condición privilegiada de que habían disfrutado como civilizaciones imperiales en su propio derecho. En lugar de tolerancia y un grado adecuado de autonomía local, Jerjes utilizó a partir de entonces la fuerza bruta como instrumento de dominio de dichas regiones. Cuando Jerjes hubo terminado con estos problemas y quedó libre de nuevo para utilizar estos mismos métodos sobre los griegos, dijo: "Atravesaré Europa de parte a parte y la convertiré en una gran nación."

Los preparativos de la invasión duraron casi cuatro años. Herodoto calculó el total del ejército de tierra persa en la cifra de 1,7 millones de soldados, ayudados por 3.000 navíos de combate y transporte. Es obvio que un griego preferiría presentar a sus paisanos como a David frente al Goliat persa, aumentando por ello el número de las fuerzas enemigas; sin embargo, los historiadores modernos creen que los datos reales se aproximaban a los 200.000 soldados persas y 1.200 navíos. Aun así, ello constituye la mayor fuerza militar que el mundo antiguo había visto reunida.

Los ingenieros construyeron dos puentes de barcazas a través del Helesponto, el estrecho que separa Europa y Asia en una distancia de 1,2 km. Antes que el ejército tuviese la oportunidad de utilizarlos, una tormenta deshizo los puentes. Jerjes, furioso por lo que parecía una insolencia de la naturaleza, hizo dar al Helesponto 300 azotes, lo marcó con hierros al rojo vivo y lo hizo encadenar mediante el acto simbólico de lanzar un par de grilletes al agua. Una vez completado un segundo par de puentes, durante la primavera del año 480 a. de C. la horda de Jerjes atravesó el estrecho, y llegó a la costa europea.

Los persas descubrieron pronto que el acampar con un ejército de tan grandes dimensiones presentaba serios inconvenientes. Además de la enorme molestia de la expedición, la mezcla de nacionalidades, lenguas, armas, técnicas de lucha y costumbres dificultaba su mando. Por otra parte, el ejército se había acostumbrado también al confort, ya que los Diez Mil Inmortales viajaban ahora de una forma que hubiese asombrado a sus compañeros de los viejos días de luchas y vida dura. Herodoto relata que entre los persas nativos "cada hombre relucía por el oro que llevaba encima en cantidades ilimitadas. Además, estos soldados eran acompañados por carros cubiertos ocupados por sus mujeres y sirvientes, todos ellos perfectamente equipados".

Jerjes había perdido un tiempo precioso con toda su planificación y construcción del puente a través del estrecho, ya que ello dio a los griegos un tiempo suficiente para preparar su defensa. Por primera vez, Esparta pudo formar una coalición griega –treinta estados, todos los cuales acordaron dejar a un lado sus propias hostilidades mientras durase la crisis– y desplegar dos fuerzas coordinadas: una, terrestre, al mando de Leónidas, y la otra, marítima, al mando de su paisano Euribíades. Evaluando su posición mi-



litar con un profesionalismo nunca visto hasta entonces, los griegos seleccionaron un campo de batalla favorable –un lugar adentrado en su propio territorio, en las Termópilas–.

Las Termópilas, un estrecho paso costero entre las montañas que conducían a Attica y por lo tanto a Atenas, se habían de convertir en la escena de una batalla de bloqueo del invasor persa, mientras la flota griega mantenía la vigilancia de la marina enemiga situada al este, cerca de la isla de Eubea. Jerjes alcanzó las Termópilas a primeros de agosto y halló allí un pequeño ejército de 7.000 hombres preparándose para defender el paso. Se detuvo durante cuatro días, esperando que los griegos, en número mucho menor, se retirarían en cualquier momento.

Al quinto día, agotada su paciencia, envió a los medos para que desalojaran al enemigo. En los confines del estrecho, de 150 m de ancho, los números contaban poco, y los espartanos, que se hallaban a la cabeza de la formación griega, mantuvieron tenazmente sus posiciones. Después de varias horas, Jerjes ordenó la retirada de los maltrechos medos y –a fin de terminar rápidamente– llamó a sus Inmortales. Al caer la noche, éstos se vieron también forzados a retirarse sin haber tenido más éxito que los medos. Al día siguiente, los Inmortales atacaron de nuevo, fallando otra vez ante los espartanos. Tal vez Jerjes empezaba a tener sus dudas sobre la expedición, cuando un traidor griego mostró a los persas un camino poco conocido que les habría de conducir por encima de la montaña para rodear la posición griega tomándola por detrás. Cuando Leónidas se dio cuenta del posible cerco, ordenó la retirada de la mayor parte de sus tropas hacia el sur en dirección al istmo de Corinto, donde los aliados griegos habían acordado formar una fuerte línea de defensa. Mientras tanto, él y 300 de sus propios espartanos sacrificaron sus vidas para retrasar a Jerjes. Durante estas acciones, las flotas griega y persa entraron en batalla de forma indecisa ante la costa de Eubea.

Después de haber barrido la retaguardia de Leónidas en las Termópilas, Jerjes avanzó sin oposición hasta Atenas, ante la cual llegó a últimos de agosto. Siguiendo órdenes de Temístocles, jefe militar de Atenas, la ciudad había sido abandonada, a excepción de un puñado de hombres que mantenían la Acrópolis, colina fortificada, con su gran templo, que dominaba la ciudad. Venciendo esta escasa resistencia, los persas saquearon el templo y quemaron los edificios de la Acrópolis. La noticia de la victoria llegó por mensajeros reales a Susa, donde, según Herodoto, los persas "esparcieron ramos de mirto por los caminos, quemaron incienso y se dieron a toda suerte de placeres y jolgorios".

Sin embargo, la alegría no iba a durar mucho, ya que los ciudadanos de Susa pronto habían de recibir

En vísperas de la batalla, en el año 490 a. de C., el rey Darío (centro, arriba) escucha un debate sobre la conveniencia de enfrentarse a las fuerzas griegas en Maratón. Un consejero persa (sobre una tarima redonda) argumenta en favor de lo que había de ser un inútil esfuerzo; a cada lado, los consejeros –incluido Jerjes, príncipe heredero (segundo de la derecha)– participan con sus opiniones. Debajo de ellos, los vasallos del reino presentan ante un tesorero sacos de vasijas de oro para contribuir a los gastos del esfuerzo bélico, mientras otros urgen la agresión. La escena, copiada de una vasija griega pintada alrededor del año 330 antes de nuestra era, constituye una intencional propaganda antipersa.

noticias que –según describe Herodoto con orgullo– los harían "llorar con congoja interminable".

Mientras los ejércitos persas se concentraban en tierra, la flota imperial se aproximó a la flota griega, mucho menor, que se había retirado junto a la isla de Salamina, para defender a los moradores de Atenas que habían buscado refugio en ella. La isla está separada de la costa por un estrecho de reducidas dimensiones, en el cual se había estacionado la flota griega. Algunos de los almirantes, preocupados por la falta de unión que siempre había afectado la causa griega, se hallaban inquietos; deseaban poder llegar a sus hogares para proteger sus propias ciudades, más que luchar en defensa de Atenas, fuera de la costa ateniense que ya había sido ocupada por los persas.

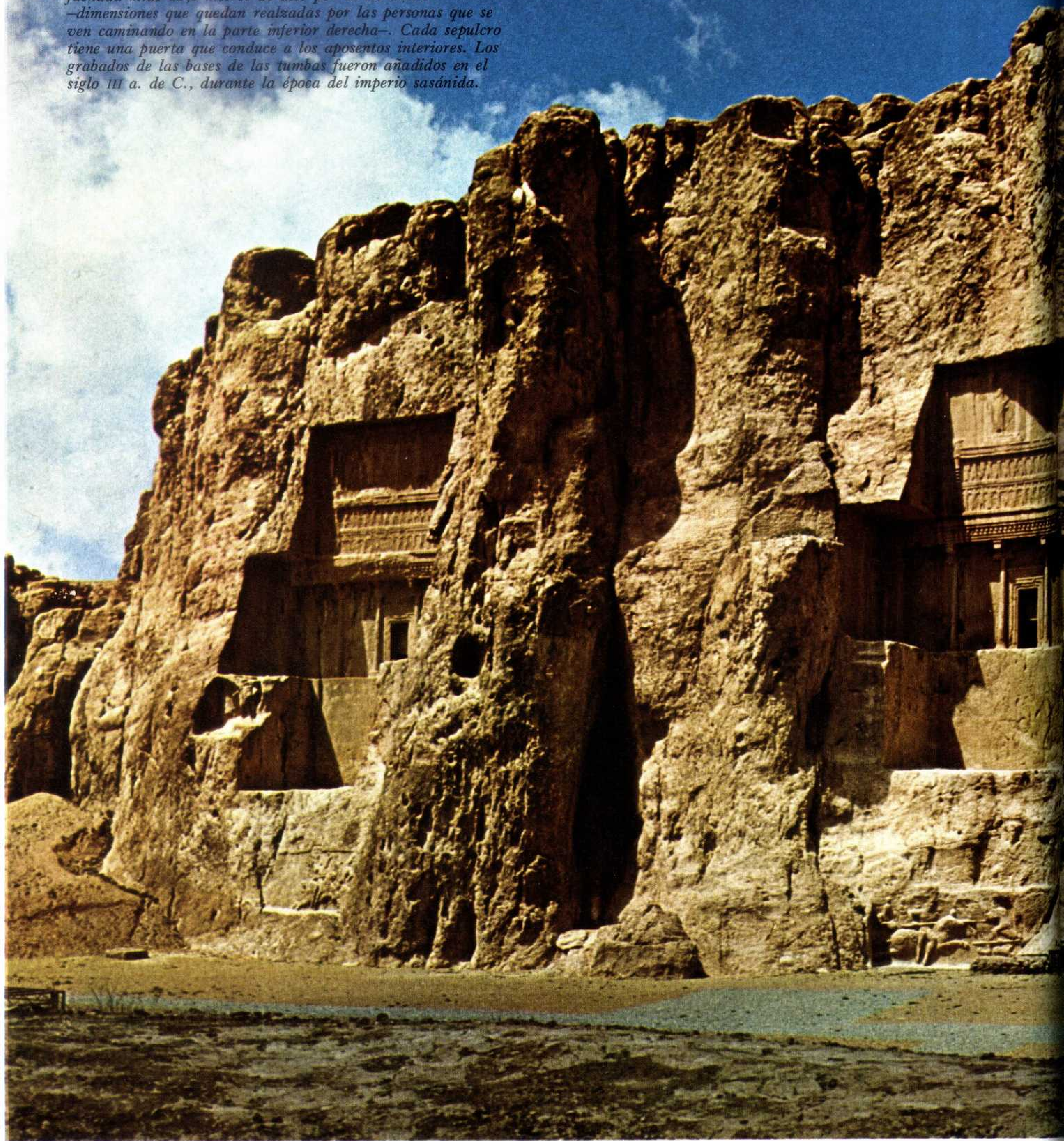
Sin embargo, Temístocles se hizo cargo de la situación convenciendo primero a los almirantes griegos de que su única posibilidad real de evitar la derrota en sus hogares era derrotar a los persas allí y en aquel momento, y en segundo lugar, provocó la batalla haciendo llegar al enemigo rumores de que los griegos estaban desmoralizados y que, por ello, serían fácilmente aniquilados si se les presentaba batalla inmediatamente en el estrecho.

La estratagema funcionó, pues los persas bloquearon ambos extremos del estrecho y penetraron en él para atacar. Jerjes, confiando en la victoria, se dispuso a observar la acción desde la costa, sentado en un trono portátil. Sin embargo, la estrechez del paso entre la tierra y la isla creó una grave desventaja para los persas. En cierto sentido, la batalla de Salamina puede considerarse similar a la de las Termópilas; en el canal la superioridad numérica de la flota imperial –incluidos los navíos egipcios, fenicios y jónicos– resultaba inferior a la mejor táctica y mayor maniobrabilidad de las naves griegas. Los aliados persas eran tantos en número que a cada momento se interceptaban entre sí; sin embargo, los griegos se movían ordenadamente y lanzaban sus sólidos navíos contra los barcos enemigos para dañarlos con el espolón, abordarlos y aniquilar a los soldados y remeros.

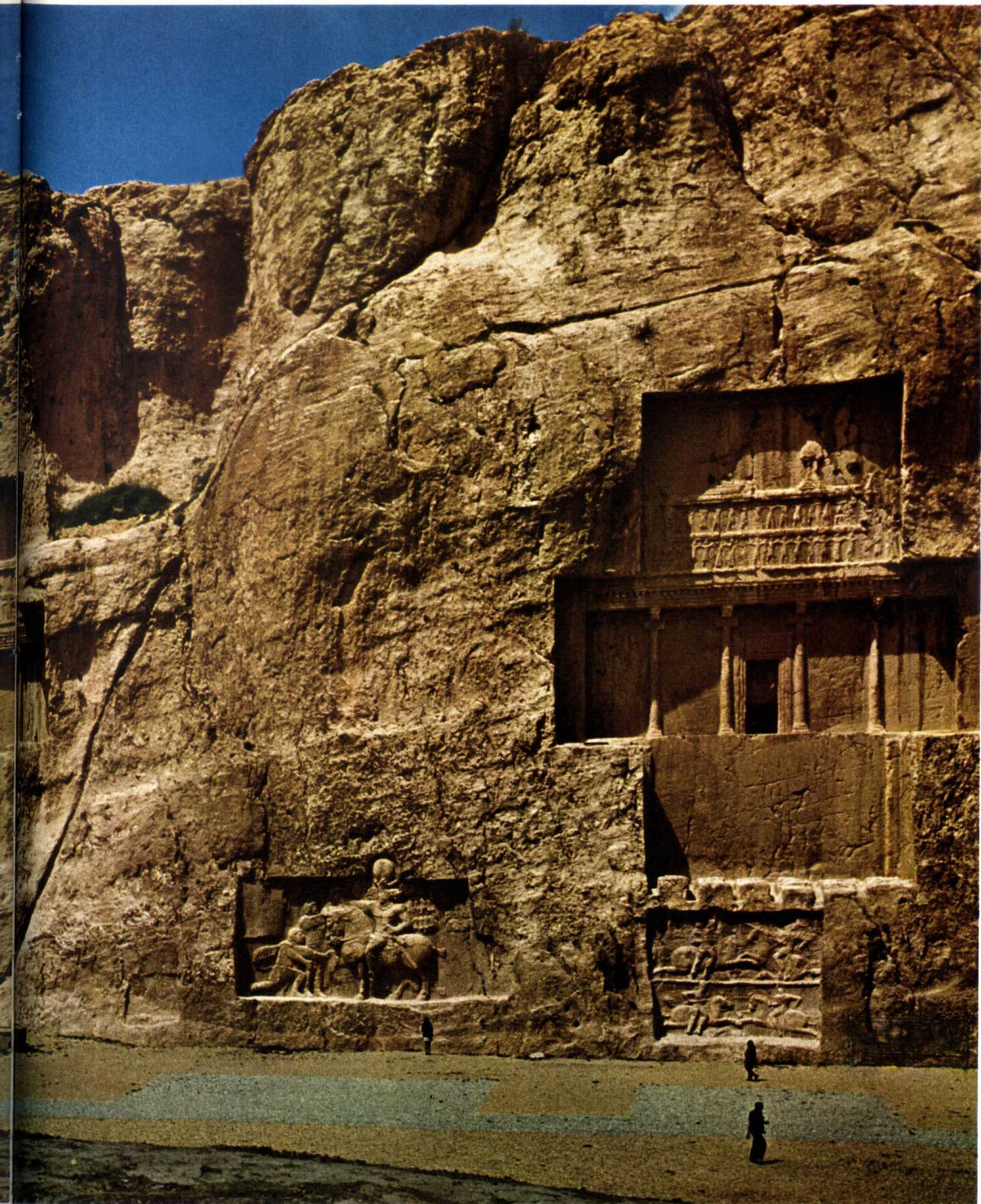
El desconcierto acabó en una derrota. La playa, a los pies de Jerjes, quedó pronto cubierta de restos de sus navíos y de cuerpos de sus hombres. Los barcos persas suficientemente afortunados pudieron escapar y se apresuraron a huir hacia Falerón, donde atracaron bajo la protección de las fuerzas terrestres persas. Los griegos, por su parte, arrastraron sus navíos inutilizados hasta Salamina y, convencidos de que los persas regresarían, se prepararon de nuevo para la lucha.

Sin embargo, Jerjes abandonó sus intenciones agresivas pues temía que los victoriosos griegos navegasen hasta el Helesponto y destruyesen sus puentes, cortándoles su retirada. Además, se aproximaba el invierno –era entonces octubre–, por lo que dio la orden de que el resto de su flota se retirase al estrecho de Helesponto y tomase allí posiciones defensivas junto a los puentes. Dejando a Mardonio, su general más importante, en Grecia con una tercera parte del ejército, Jerjes se retiró, deteniéndose sólo el tiempo suficiente para despachar un contingente en Tracia a fin de proteger las líneas de comunicación. A continuación prosiguió con el resto de sus hombres hasta Jonia, en donde amenazaba una nueva revolución. Al llegar al estrecho, Jerjes descubrió que los puentes habían sido destruidos una vez más por las tormentas, por lo que se vio obligado a depender de su reducida fuerza naval para transportar a sus soldados al otro lado.

Mardonio pasó el invierno del 480-479 antes de nuestra era en Tesalia. Intentó dividir la coalición griega mediante la diplomacia, aunque falló, debido principalmente a la firmeza de los espartanos, que impidieron que los atenienses aceptaran una oferta de Mardonio de territorios y ayuda persas. Los es-



Las monumentales tumbas de Darío II, Artajerjes I y Darío I (de izquierda a derecha) fueron excavadas en un escarpe situado justo al norte de Persépolis en Naqsh-i Rustam. Sus diseños en forma de cruz, adornados con figuras esculpidas, siguen el perfil iniciado por Darío I, en cuya tumba la fachada mide 22,5 metros de alto por 18 de ancho –dimensiones que quedan realzadas por las personas que se ven caminando en la parte inferior derecha–. Cada sepulcro tiene una puerta que conduce a los aposentos interiores. Los grabados de las bases de las tumbas fueron añadidos en el siglo III *a. de C., durante la época del imperio sasánida.*



partanos reunieron una fuerza griega confederada y de forma decisiva derrotaron a Mardonio en la batalla de Platea el 27 de agosto del año 479 antes de nuestra era. El mismo día, pero mucho más lejos, en la costa jónica del Asia Menor, la armada griega desembarcaba un ejército en Micale, donde el otoño anterior se habían reunido para descansar parte del ejército y los navíos sobrevivientes de Jerjes. De nuevo los griegos acabaron rápidamente con los persas, a la vez que consiguieron anular la ya dudosa lealtad de las insurgentes ciudades estado jónicas. Las batallas de Platea y Micale marcaron el fin desastroso de las ambiciones del Gran Rey, de modo que al finalizar el reinado de Jerjes en el año 465, los persas no podían afirmar que poseían ni siquiera la más diminuta colonia en Europa. Había terminado la era de expansión imperial.

El significado de la derrota persa a largo plazo no fue comprendido bien por los aqueménidas. Jerjes todavía podía consolarse a sí mismo pensando que su reino seguía siendo la mayor potencia del mundo. En términos territoriales, la pérdida de Grecia podía considerarse despreciable, por lo que el Gran Rey, entonces en el séptimo año de su reinado, reanudó complacido la dirección de sus asuntos relacionados con la marcha del Imperio. A partir de entonces, Jerjes mostró poco interés en planes ambiciosos, y se recluyó en sus palacios.

El reinado de Jerjes finalizó de un modo que llegaría a ser tradicional entre los aqueménidas. A causa de las intrigas del comandante de la guardia de palacio y del chambelán real, Jerjes fue asesinado en su lecho en el año 465 antes de nuestra era. Aquel mismo año, los destinos de Persia fueron depositados en manos de una serie de reyes que combinaron, en distintas proporciones, los defectos propios de la envidia con la ineptitud política y militar. Durante este período de 135 años –ligeramente superior al invertido en el extraordinario levantamiento del Imperio– Persia se marchitó y debilitó.

El reinado de 40 años de Artajerjes I, sucesor de Jerjes, reforzó las maneras que estaban erosionando el Imperio desde dentro. Para empezar, adquirió el poder de forma violenta, ya que no era el heredero legítimo al trono; para ello se vio obligado a eliminar primero a su hermano mayor, el sucesor más probable.

Sin embargo, los sucesores de Artajerjes le excedieron en sus crueldades personales. Darío II llevó la decadencia de la corte hasta sus límites. Entre las víctimas de su asesina subida al poder se incluían varios parientes, que fueron eliminados por métodos tan macabros como la lapidación y la cocción lenta en un horno. En una ocasión, la víctima fue obligada a ingerir una buena comida y gran cantidad de bebida, después de lo cual fue izada encima de un lecho de brasas hasta quedar situada en equilibrio muy precario sobre una estrecha viga, de donde acabó precipitándose a su muerte dada su embriaguez.

El reinado del siguiente gran rey, Artajerjes II, queda marcado por otra rebelión en las satrapías, cuyos líderes intentaron por primera vez agruparse para acabar con el poder aqueménida y casi lo lograron de no haber sido por la discordia interna en una de las naciones, lo cual debilitó la coalición, ya de suyo poco coherente, de las satrapías. El colapso de la rebelión contribuyó a rescatar temporalmente la dignidad de los persas. Por ello en el año 358 antes de nuestra era, un tercer Artajerjes intentó reafirmar la autoridad de su dinastía.

Durante el dominio de Artajerjes III el declive de Persia se detuvo. Artajerjes, en una serie de acciones desesperadas, para las cuales le fue preciso reclutar a muchos mercenarios griegos, consiguió sofocar la revuelta de la satrapía de Fenicia y Siria y reconquistar el dominio en la parte sur de Egipto, después de la rebelión ocurrida allí.



Tisafernes, poderoso sátrapa y comandante de las tropas persas del Asia Menor, hizo grabar su perfil en monedas de uso local. Esta moneda de plata, con un valor de 4 dracmas griegas, fue acuñada alrededor del 412 para pagar los servicios de mercenarios en las guerras contra Atenas. Contrariamente a las estilizadas monedas aqueménidas (página 73), ésta ilustra la cara de forma muy realista, reflejando con ello la influencia artística griega.

Sin embargo, con la muerte del rey quedó interrumpido cualquier verdadero resurgimiento del perdido vigor del Imperio. En el año 338 antes de nuestra era, un ambicioso eunuco de la corte, llamado Bagoas, cuya intención era colocar en el trono a alguien más débil a quien poder manipular, envenenó a Artajerjes. Después de dos años más de intrigas, Bagoas consiguió asesinar al siguiente de la lista –Arsés III–, así como a toda su familia. Finalmente, en el año –336, uno de los nietos de Artajerjes consiguió que Bagoas bebiese una de sus propias pócimas venenosas, y llegó a ser conocido en la historia como el último aqueménida: Darío III.

Cuando Darío III inició su reinado, el gran sistema imperial desarrollado por el primer Darío se hallaba erosionado por la corrupción y la mala administración, y el trono aqueménida manchado de sangre. Egipto y las satrapías de Asia Occidental se agitaban indignados bajo el duro dominio. Babilonia había sido arrastrada a un estado avanzado de degradación económica a causa de los elevados impuestos, por lo que aquellas ciudades, anteriormente bulliciosas, aparecían ahora virtualmente abandonadas. De esta forma, Persia estaba a punto para una invasión griega en gran escala. En el año 336 antes de nuestra era, un joven de 20 años llamado Alejandro de Macedonia preparó un ejército y decidió clavar su lanza en el suelo de Asia.

Acompañado por unos 35.000 macedonios y griegos, Alejandro atravesó el Helesponto en la primavera del año 334 antes de nuestra era y fue recibido a unos kilómetros al este del río Gránico por los sátrapas persas del Asia Menor a la cabeza de un ejército numéricamente superior al de Alejandro. Los persas lucharon valientemente, y en la contienda cayeron muchos sátrapas y nobles, aunque el coraje, disciplina y astucia, que antes habían caracterizado al ejército persa, eran ahora atributos del enemigo. Los griegos cruzaron el río y derrotaron a los defensores. Para el Imperio, uno de los efectos más desastrosos de la derrota fue la pérdida en la batalla de la gran proporción de los mercenarios griegos que constituían los mejores efectivos de que disponía.

Alejandro ocupó fácilmente todo el Asia Menor durante el año siguiente, y en el 333 a. de C. avanzó en dirección sur hacia Siria, donde Darío III le esperaba con un ejército menor que el del invasor. Ambos se encontraron en noviembre cerca de la ciudad de Issos, sobre una estrecha llanura costera entre el mar y las montañas. Sin embargo, estando la lucha todavía bastante equilibrada, el rey aqueménida huyó dominado por el pánico y abandonando no sólo su ejército sino también a su madre, su mujer y su heredero. Ante la cobardía de su rey, las tropas persas se dispersaron y huyeron. El victorioso Alejandro tomó a la familia de Darío bajo su protección personal.

Mientras el conquistador continuaba su avance hacia el sur a través de Siria, Darío le hizo llegar una propuesta de paz indicándole que le cedería todo el Imperio al oeste del Eufrates. Sin embargo, Alejandro, determinado a conquistarlo todo, rechazó la oferta. Venciendo la fuerte resistencia que encontró en su camino solo ante las ciudades de Tiro y Gaza, el rey macedonio entró en Egipto triunfal y aceptó la corona. Era hacia finales del año 332 antes de nuestra era. Al año siguiente se encaminó al este, apuntando hacia el corazón del Imperio.



Darío III (centro), último rey aqueménida, se enfrenta a Alejandro de Macedonia en la batalla de Issos, en el año 333 a. de C. Darío, en su carroza, muestra un semblante de terror mientras el invencible griego carga contra una falange de lanceros persas; un caballo sin jinete (primer término) huye presa de pánico. La escena fue representada en un mosaico durante el siglo I antes de nuestra era para adornar una casa de Pompeya, luego dañada por la lava.

Darío había reunido otro gran ejército y se hallaba lista para una batalla final en Mesopotamia. Pero en lugar de la barrera defensiva natural del río Tigris, escogió un punto menos ventajoso cerca de Gaugamela, a cuatro días de viaje en dirección este. Los dos ejércitos se encontraron el 1 de octubre del 331 a. de C.– y de nuevo Darío se asustó antes de que el resultado de la batalla estuviese claro y huyó.

A partir de aquel momento, y a pesar de que Darío seguía representando una amenaza potencial que eventualmente habría que exterminar, Alejandro sólo tuvo que ir recogiendo premios. En Babilonia demostró ser mejor discípulo de Ciro el Grande que el propio heredero del rey aqueménida, pues ordenó la restauración del templo dedicado al dios Bel-Marduk. En Susa se apoderó del primer fabuloso tesoro real persa.

Aunque el comandante de la guarnición de Persépolis rindió la ciudad a Alejandro sin lucha, el conquistador, no obstante, la saqueó en venganza por la destrucción de Atenas por Jerjes. Asegurada la terraza con sus palacios y tesorería, el joven griego dejó en libertad a sus soldados en la ciudad baja, y durante todo un día éstos se dedicaron a asesinar a los hombres, llevarse las mujeres y destruir las casas.

El saqueo de los tesoros del estado exigía una estrategia más metódica, dada la enorme riqueza que contenían. Por ello Alejandro mandó traer de Babilonia y de Susa camellos y mulas para llevarse el tesoro. Mientras tanto, visitó la vecina ciudad de Pasargada, donde se apoderó de más tesoros.

Los historiadores clásicos han dado diversas explicaciones de lo que sucedió en la opulenta capital durante su último día de existencia. Según un cronista, Alejandro anunció públicamente que iba a prender fuego a Persépolis como acto de venganza. Otros dicen que Alejandro y sus oficiales se hallaban disfrutando de una última fiesta en uno de los palacios de la terraza cuando una bella cortesana llamada Thais le pidió que permitiese "que las manos de las mujeres pudiesen mandar noramala las glorias de los persas" –indicando con ello que deseaba obtener permiso para incendiar la ciudad–. Tanto si el mismo Alejandro pensó en ello, como si tuvo la misma idea que Thais, es indudable que la ciudad fue incendiada con antorchas.

La conflagración alcanzó pronto intensas proporciones. En la sala del trono, los grabados en piedra de barbudos soldados persas permanecían inmóviles, mientras las llamas lamían los costados del edificio que simbólicamente guardaban. Por último, el techo se hundió y el fuego se elevó por las torres de los ángulos de la apadana como si fueran chimeneas. Las basas de las columnas de piedra de la tesorería se agrietaron; montones de puntas de flecha y de



lanzas de hierro almacenadas allí se fundieron en una sola masa, y sus astas fueron consumidas por el fuego. El edificio que albergaba los archivos se cuarteó; las tablillas de arcilla quedaron esparcidas por el suelo, pero los registros en pergamino se esfumaron en humo.

Antes de que se extinguiese el fuego, Alejandro y sus fuerzas se encaminaron hacia Ecbatana, donde se apoderaron de otro de los tesoros reales. Hasta aquel momento, su carga en oro y plata solamente de Persépolis se calculaba en 180.000 talentos –aproximadamente 5.500 t– de plata. A continuación, el conquistador avanzó hacia el noreste en persecución de Darío, a quien pronto encontró –muerto, asesinado por un sátrapa persa que evidentemente temía que su rey capitulara–. Alejandro hizo trasladar el cuerpo a Persépolis para que fuese enterrado allí. El y sus ejércitos recorrieron el país, y después de seis años de luchas contra las tribus de las provincias nororientales, su conquista pudo considerarse total. El vasto mundo que había sido de los aqueménidas era ahora griego.

La destrucción de Persépolis, el saqueo de los tesoros, la muerte del último aqueménida y la captura de todas las tierras que habían pertenecido a Persia, no bastaron para muchos de los vencedores, ya que incluso algunos intentaron asumir el manto de la grandeza persa insistiendo en que los persas de hecho eran de origen griego. Sin embargo, otros, más sensatos, dieron crédito a quien se lo merecía y reconocieron que habían heredado de las diversas na-

ciones del Imperio persa un valioso legado con el que habían de edificar gran parte de la cultura occidental.

El mundo que Persia había controlado constituía una fuente perpetua de fascinación para los intelectualmente insaciables griegos. Incluso antes de la conquista de Alejandro, fueron muchos los eruditos helénicos que habían viajado hacia el este dirigiéndose a los centros del saber de Egipto y Babilonia. Algunos de ellos incluso se aventuraron hasta el mismo corazón de Persia. Entre aquellos infatigables eruditos buscadores de la sabiduría durante el siglo IV antes de nuestra era, durante el reinado de Artajerjes II, se hallaba el filósofo Platón. A pesar de que las incesantes guerras le impidieron llegar al Irán, Platón consiguió alcanzar Egipto buscando siempre satisfacer su curiosidad. En uno de sus primeros libros, *Alcibíades,* el filósofo Platón demostró un notable conocimiento de las costumbres, métodos de educación y religión de los persas. Por otro lado, algunos eruditos afirmaron que el dualismo ético que revelan algunos de los últimos escritos de Platón se derivó originalmente del conflicto entre el bien y el mal, concepto fundamental en Zoroastro.

De hecho, la región dominada por los persas había sido la cuna de la mayor parte de los avances sobre los que descansa la civilización: el desarrollo de la agricultura, la sociedad urbana, la metalurgia y la escritura. Asimismo fue también cuna de la ciencia, puesto que más de 2.000 años antes de la ascensión de los aqueménidas al poder, ya existía en Mesopotamia la disciplina del estudio de la naturaleza del universo. También, en otras partes del Próximo Oriente, especialmente en Egipto y Anatolia, existían venerables tradiciones de estudio astronómico y matemático que fueron incorporados bajo la hegemonía de los grandes reyes persas.

Es cierto que Ciro el Grande y sus sucesores no se sintieron personalmente atraídos en grado notable por las elevadas preocupaciones de los sabios de sus satrapías; más bien se mostraron atraídos por cuanto parecía ofrecer ventajas prácticas; la mayor parte de la ciencia del mundo activo probablemente les debía parecer altamente abstracta, excepto lo que se relacionaba con realidades administrativas, tales como la descripción del tiempo. Sin embargo, los aqueménidas no impidieron el avance de estas investigaciones aparentemente oscuras, al igual que habían hecho otros gobernantes del Imperio, menos tolerantes.

Incluso en la Atenas del siglo V antes de nuestra era, gloriosa en su edad de oro bajo Pericles, los estudios del cosmos estaban legalmente prohibidos como blasfemia, y el castigo aplicado podía ser riguroso, como experimentó un astrónomo que se consideraba a sí mismo griego. Anaxágoras era nativo de la ciudad de Clazomene, en la Jonia dominada por los persas, y pasó a residir en Atenas, donde fue juzgado por impiedad. Las teorías de Anaxágoras incluían diversas nociones sobre los cuerpos celestes, consideradas como anatema por los etnocéntricos atenienses. Por ejemplo, Anaxágoras proponía que el Sol era un cuerpo de metal incandescente y mucho mayor que el Peloponeso, que mide unos 176 km. Por ello (así como por sus simpatías persas en la lucha greco-persa), Anaxágoras fue desterrado.

Esta actitud contrasta con la dominante a la sazón en Persia. Darío el Grande mandó llamar a los eruditos de Babilonia para que le ayudasen a ajustar el calendario, según el cual los persas programaban ceremonias tan importantes como el ritual del Año Nuevo. Por esta razón, los astrónomos de Babilonia se enfrentaron a la aparente desarmonía de los movimientos de los cuerpos celestes, tratando de entender por qué los planetas y las estrellas brillantes desaparecían durante misteriosos períodos de tiempo a la vez que se desplazaban en direcciones inesperadas y por qué los equinoccios no ocurrían precisamente los mismos días de cada año.

Desde luego el motivo subyacente a la investigación de estos extraños fenómenos era originalmente religioso, ya que en el mundo antiguo las intenciones de los dioses –que se creía residían en el firmamento– se expreseban a través del cambio de conformación de los cuerpos celestes. Por lo tanto, era función tradicional de los sacerdotes del templo averiguar qué era lo que los dioses tenían reservado para sus fieles. Los sacerdotes observaban intensamente el cielo, y registraban en términos matemáticos y metódicamente todo lo que veían. En los almacenes de los templos de Babilonia se han encontrado tablillas de arcilla impresas en escritura cuneiforme que cubren literalmente siglos de observaciones continuas. Estos registros proporcionaron lo que los científicos modernos denominan datos de trabajo, o sea, la información necesaria reunida regularmente durante un dilatado período de tiempo, que proporciona la base para las conclusiones teóricas sobre la naturaleza.

En el primer milenio antes de nuestra era, especialmente durante el período de estabilidad general en que los aqueménidas gobernaron en el Próximo Oriente, los sacerdotes de Babilonia fueron incrementando sus datos con los que pudieron establecer la posición cíclicamente recurrente de planetas y estrellas en el firmamento, y el modo como ocurren los eclipses a intervalos definidos. Mediante estos datos, pudieron darse cuenta de que en un determinado período pueden tener lugar una infinidad de variaciones, aunque eventualmente cualquier secuencia de sucesos celestiales acaba repitiéndose. Con tales conocimientos adquirieron la capacidad de predecir, por cálculos matemáticos, qué hechos celestiales tendrían lugar tanto en el futuro próximo como en el distante. De esta forma los hombres sagrados de Babilonia se convirtieron en los padres de la ciencia astronómica.

Un investigador científico mencionado por los escritores clásicos, que floreció en la época de los grandes reyes, fue el astrónomo Nabu-rimanni, residente en Babilonia durante el reinado de Darío I. Parte de los datos originales de Nabu-rimanni registrados en arcilla todavía subsisten, mientras que otros pueden estudiarse en una copia de sus trabajos realizada en Persia durante el siglo III de nuestra era. Este texto afirma que Nabu-rimanni hizo predicciones exactas de eclipses lunares y solares y representó gráficamente las fases de la Luna de modo que éstas podían ser vaticinadas y medidas en diversos períodos de días con extraordinaria precisión. Los datos obtenidos por Nabu-rimanni –que trabajaba sin telescopio y sin técnicas matemáticas modernas e incluso sin disponer siquiera de un adecuado reloj mecánico–, calculados hace 24 siglos, concuerdan notablemente con los valores determinados por los astrónomos modernos, que disponen de avanzado equipo óptico y de cálculo. Desde el tiempo de Nabu-rimanni hasta principios del siglo XX sólo otro observador astronómico pudo calcular los períodos de los cuerpos celestes con mayor precisión, y se trataba de otro babilonio. Su nombre era Kidinnu –llamado Cidenas por los griegos, que reconocieron su inteligencia–, y sus cálculos datan del año 375 antes de nuestra era, durante el reinado de Artajerjes II.

La innovación babilónica en astronomía atrajo la atención de otros científicos griegos, que viajaron hasta Babilonia. Uno de los huéspedes más distinguidos fue el astrónomo filósofo Demócrito de Abdera, cuya curiosidad le llevó a explorar el Asia Menor, Egipto y Mesopotamia y regresó a Atenas como un buen conocedor de la ciencia babilónica, lo cual le proporcionó la base de uno de los primeros teoremas en geometría. Demócrito introdujo también en Grecia los métodos babilónicos para calcular las posiciones de las constelaciones, así como que la Tierra tenía un polo norte y otro sur. Basándose en esta firme base científica, Demócrito desarrolló la hipóte-

sis de que la materia estaba compuesta de partículas indestructibles infinitésimamente pequeñas y de tamaño irreducible: los átomos.

Otro notable griego que supo aprovechar la sabiduría científica del Imperio persa fue Pitágoras, uno de los fundadores de la geometría moderna. Sin embargo, el origen de sus conocimientos probablemente no fue Babilonia, sino otra región que desde hacía tiempo competía con Babilonia por el cetro de la sabiduría: Egipto. Tan distinguidos por propio derecho como los babilonios con respecto a sus descubrimientos en astronomía y matemáticas, los sacerdotes egipcios fueron también huéspedes de muchos eruditos procedentes de Grecia –incluyendo Platón y Tales; este último llevó a Atenas la revolucionaria idea egipcia de que el año debía tener 365 días.

Después de la conquista del mundo persa por Alejandro, las siguientes generaciones de matemáticos y astrónomos fueron predominantemente griegos. Entre ellos se incluían personalidades tan influyentes y familiares como Eudoxo, Euclides, Arquímedes y Tolomeo (éste, egipcio). Estos hombres pueden considerarse los directos descendientes intelectuales de los inteligentes hombres santos del Próximo Oriente que habían desarrollado los fundamentos de la ciencia.

Por ello, el trabajo de los antiguos no fue menoscabado; antes bien, su valor resultó particularmente evidente para Alejandro, quien deseaba unificar los mundos griego y persa. El conquistador admiraba mucho lo que había adquirido bajo el dominio griego y adoptó el sistema persa de administración, incluyendo las unidades militares persas y comandantes persas en su ejército. Favoreció el casamiento de muchos de sus principales oficiales con mujeres nobles persas. El propio Alejandro se desposó con la hija del rey Darío III e incluso vestía a la usanza persa. Bajo su dominio, la herencia del antiguo mundo quedó firmemente incorporada al nuevo espíritu del helenismo.

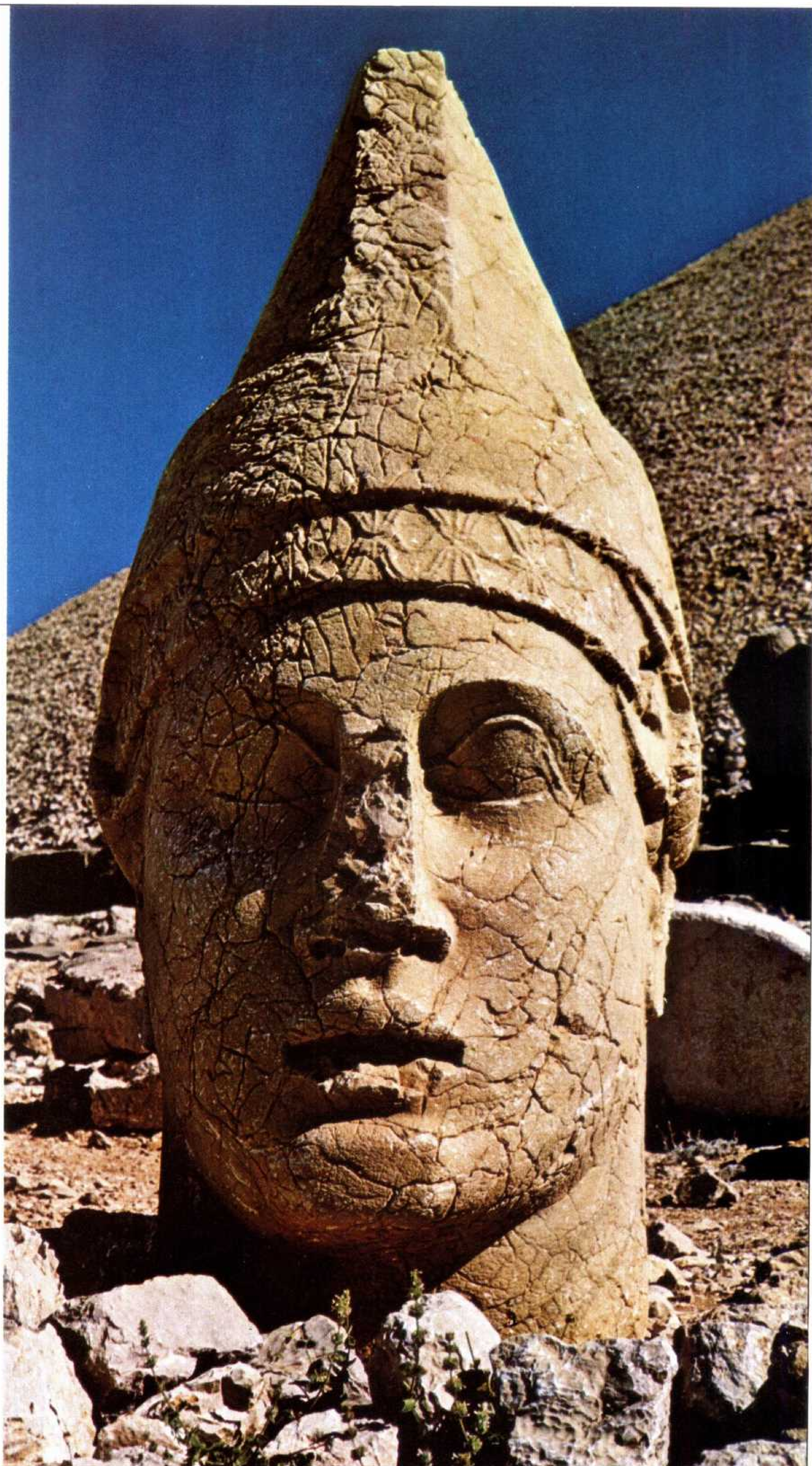
El traspaso de la ciencia del este al oeste simboliza el desplazamiento total que tuvo lugar en los siglos que siguieron a la fecha crucial de 330 antes de nuestra era. Este período marcó el fin de tres milenios de predominio del Asia occidental y el principio de 1.000 años de dominación europea. La contribución de los persas a este proceso evolutivo había sido indirecto pero crucial. Bajo una entidad política única fusionaron las grandes aportaciones culturales que se habían desarrollado en el Próximo Oriente y las pasaron intactas al hombre occidental.

Herederos del manto de Ciro

Con las conquistas de Alejandro Magno, la ola de influencia griega barrió las tierras anteriormente sometidas a los reyes aqueménidas. Esta época se vio seguida pronto por una mayor presión de Roma durante la era cristiana, aunque muchas tradiciones aqueménidas sobrevivieron a esta marea occidental incorporándose a la herencia de otros monarcas del Próximo Oriente.

Los más notables de estos herederos fueron los partos, que llegaron al poder en Persia en el siglo II antes de nuestra era, y los sasánidas, que derrocaron a los partos unos 400 años más tarde y eventualmente edificaron un imperio que llegó a rivalizar con el de los aqueménidas.

Los partos mantuvieron vivo el zoroastrismo, y los sasánidas lo convirtieron en religión oficial. Los monarcas de ambas dinastías legitimaron su dominio afirmando su descendencia de los soberanos persas y reasumiendo el título aqueménida de Rey de Reyes. Por otro lado, los relieves sobre piedra en que se inmortalizaba a los monarcas partos y sasánidas no sólo repitieron los motivos del arte de sus predecesores persas, sino que algunos fueron realizados en los mismos escarpes que contenían las tumbas de los reyes aqueménidas.



Esta efigie de 2,5 m de Antíoco I, que gobernó sobre un pequeño reino de Anatolia durante el siglo I antes de nuestra era, yace ante su tumba en Nemrud Dagh, lugar situado en la parte sureste de Turquía. Según él mismo, se consideraba directo descendiente de Darío el Grande.

Los partos: restauración de viejos valores

La vitalidad del legado aqueménida queda poderosamente demostrada en las monedas, relieves y demás reliquias de los reyes partos que gobernaron Persia aproximadamente entre los años 170 antes de nuestra era y 224 de nuestra era. Estos monarcas descendían de tribus iranias seminómadas que, hacia la mitad del siglo III antes de nuestra era, establecieron un reino en la antigua satrapía aqueménida de Partia, en el Irán nororiental. A partir de entonces, los partos se convirtieron en soberanos de un Imperio que se extendía desde el río Oxus, al este, hasta el Eufrates, donde sus ejércitos contuvieron los agresivos avances romanos hacia el interior del Próximo Oriente.

Cada vez más sorprendidos por su propio poder, los reyes de Partia acabaron considerándose como los verdaderos sucesores de los poderosos Ciro, Darío y Jerjes. Durante los siglos II y I antes de nuestra era habían conseguido afirmar su descendencia aqueménida como doctrina oficial, a la vez que habían iniciado un proceso de rechazo de la helenización de la vida persa iniciada en tiempos de Alejandro, lo cual constituyó un giro que abrió la vía para la restauración de los valores aqueménidas, especialmente en relación con el arte y la religión.



Este retrato de Zoroastro fue hecho probablemente en el siglo III de nuestra era en la ciudad siria de Dura-Europos –un puesto parto que los romanos capturaron en el año 154–. El hecho de que esta pintura fuese realizada después de la conquista romana indica claramente que la doctrina había sobrevivido a pesar de la caída de los partos.

El reverso (izquierda) de una moneda de oro acuñada durante el siglo I antes de nuestra era por Mitrídates II de Partia lleva la figura de Arsaces, quien fundó la dinastía parta; sostiene un arco como los arqueros grabados sobre las monedas persas (página 73). Mitrídates aparece en el anverso con una larga barba al estilo aqueménida.



Los relieves horizontales grabados en esta roca en el siglo III antes de nuestra era representan la investidura de Abar-Basi, rey de Elimais, un estado parto vasallo del Irán del sur. La ceremonia, que muestra al rey entronizado rodeado de hileras de cortesanos y cautivos, reproduce el relieve de Darío el Grande en Behistun (páginas 29 y 31). La figura de mayor tamaño adorando un altar de fuego es Orodes, sucesor de Abar-Basi.



Los sasánidas: reafirmación de la gloria pasada

En el año 224 antes de nuestra era, los sasánidas, fundadores de un vigoroso imperio nuevo, se sobrepusieron a los partos, que habían quedado debilitados por luchas y conflictos internos con las legiones romanas. Durante los cuatro siglos siguientes –hasta que ellos, a su vez, cayeron ante la dominadora marea del Islam, en el año 624 de nuestra era– los sasánidas reabsorbieron las naciones del Asia Occidental que habían sido conquistadas por Ciro y Darío, se opusieron a Roma y al posterior Imperio Bizantino cristiano y avanzaron el renacimiento de las tradiciones aqueménidas iniciado por los partos.

Los sasánidas no sólo exaltaron el zoroastrismo, con su culto al fuego, como religión oficial, sino que en los relieves, como el que abajo se ilustra, insistieron en el hecho de que su Rey de Reyes había recibido la diadema del poder real directamente del dios persa Ahuramazda. Sin embargo, contrariamente a los aqueménidas, que toleraban otras religiones, los sasánidas eran fervientes propagadores del zoroastrismo e impusieron por la fuerza esta religión a todos sus vasallos.



Esta doble imagen de un rey sasánida, Shapur I, guarda un altar escalonado del fuego, según una moneda de oro acuñada en el siglo III de nuestra era. El motivo, incluyendo la corona festoneada del rey y su largo cetro, deriva de los relieves grabados en las tumbas aqueménidas, cerca de Persépolis.



Ardashir I, conquistador sasánida de los partos, grabó su investidura, realizada en el año 224 en esta escena esculpida en la roca. En ella, el soberano (izquierda) acepta un pesado anillo –símbolo de la realeza– de las manos del dios Ahuramazda, representado aquí por un hombre montado a caballo, en lugar de un espíritu alado. El panel, de cerca de 4,5 m de alto, está situado en un escarpe de Naqsh-i Rustam, cerca de las tumbas aqueménidas, algunas de las cuales muestran grabados similares. Ardashir eligió este lugar tanto para reafirmar su pretendida descendencia de aquellos reyes como para demostrar que él también ejercía su dominio por gracia del máximo dios del zoroastrismo.



Disco de plata dorada que representa a un rey sasánida del siglo V de nuestra era tras un íbex, símbolo del poderío persa.



Vencidos en el año 260 de nuestra era por el sasánida Shapur I, dos jefes romanos, el emperador Valerio y Filipo el Arabe (arrodillado), se prosternan



ante el vencedor. Este relieve trabajado en plena roca commemora el hecho, no lejos de los sepulcros de los aqueménidas. Su altura es de unos 8 metros.

El Origen del Hombre

Este esquema muestra la progresión de la vida en la Tierra, desde sus primeras apariciones en las aguas del planeta recién formado, hasta la evolución del hombre; señala sus desarrollos físicos, sociales, tecnológicos e intelectuales hasta la Era Cristiana. Para ubicar estos avances en

GEOLOGÍA		DATADO EN MILES DE MILLONES DE AÑOS	
Precámbrico era más primitiva		4,5	Creación de la Tierra
		4	Formación del mar primitivo
			Origen de la vida: algas y bacterias unicelulares aparecen en el agua
		3	
		2	
		1	
		DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
			Aparecen los primeros animales respirando oxígeno
		800	
			Los primitivos organismos desarrollan células especializadas interdependientes
		600	Aparecen los animales con concha invertebrados multicelulares
Paleozoico vida antigua			Evolución de los peces armados, primeros animales que poseen espina dorsal.
		400	Los pequeños anfibios se aventuran hacia la tierra firme
			Aparecen los reptiles y los insectos.
Mesozoico vida media			Aparece el tecodonto, antepasado del dinosaurio
		200	Comienza la era de los dinosaurios
			Aparecen los pájaros
			Los mamíferos viven al amparo de los dinosaurios
			Termina la era de los dinosaurios
		80	
Cenozoico vida reciente			Los prosimios, los primates más primitivos, se desarrollan en los árboles
		60	
		40	Se desarrollan los primates inferiores y los primates antropoides
		20	
		10	El *Ramapithecus*, el primate más antiguo conocido con evidentes rasgos de hombre, evoluciona en la India y África
		8	
		6	
		4	El *Australopithecus*, el antepasado primate más cercano al hombre, aparece en África

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
Pleistoceno Inferior período más antiguo de la época más reciente	**Paleolítico Inferior** período más antiguo de la Edad de Piedra Antigua	2	Las herramientas más antiguas son fabricadas por el hombre en África
			El primer hombre verdadero, el *Homo erectus* aparece en las Indias Orientales y en África
		1	El *Homo erectus* emigra a lo largo de los trópicos del Viejo Mundo
		DATADO EN MILES DE AÑOS	
Pleistoceno Medio período medio de la época más reciente		800	El hombre aprende a controlar y a usar el fuego
		600	
			En gran escala, progresa la caza organizada de elefantes en Europa
		400	El hombre comienza a construir refugios artificiales con ramas
		250	Aparece el hombre de Neanderthal en Europa
		100	Aparece el *Homo sapiens sapiens* en África
		80	
Pleistoceno Superior último período de la época más reciente	**Paleolítico Medio** período medio de la Edad de Piedra Antigua	60	Enterramientos rituales en Europa y el Oriente Medio sugieren la creencia en la vida futura
			Mamuts lanudos son cazados por los neanderthales en el norte de Europa
			El oso de las cavernas llega a ser el centro de culto en Europa
Último período glaciar		40	
			El hombre se extiende hasta Australia
			El documento escrito más antiguo conocido, un calendario lunar en hueso, es hecho en Europa
	Paleolítico Superior último período de la Edad de Piedra Antigua		Los primeros artistas decoran los muros y los techos de las cavernas en Francia y España
		30	Son esculpidas estatuillas para la adoración de la naturaleza
		20	La invención de la aguja hace posible la costura
			Los cazadores asiáticos cruzan el estrecho de Bering para poblar América del Norte y del Sur
			Comienza la caza de bisontes en los grandes llanos de Norteamérica
		10	Se inventa el arco y la flecha en Europa
Holoceno época actual	**Mesolítico** Edad de Piedra Media		La alfarería empieza en Japón
		9	Se domestica la oveja en el Próximo Oriente

▼ 4.000 millones de años ▼ 3.000 millones de años

▲ Origen de la Tierra (4.500 millones) ▲ Origen de la vida (3.500 millones)

secuencias cronológicas utilizadas en forma común, la columna de la izquierda de cada una de las cuatro secciones del esquema identifica las grandes Eras geológicas en las que se divide la historia de la Tierra, mientras que la segunda columna registra las edades arqueológicas de la historia humana. Las fechas claves de los orígenes de la vida y de los logros principales del hombre aparecen en la tercera columna. El gráfico no está a escala; la razón es clara con la franja de abajo, la cual representa en escala lineal los 4.500 millones de años comprendidos en el esquema.

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno *(cont.)*	**Neolítico** Edad de Piedra Moderna	9000	El perro es domesticado en Norteamérica
		8000	Se funda Jericó, la primera ciudad
			Se domestica la cabra en Persia
			El hombre cultiva sus primeras mieses, trigo y cebada en el Oriente Medio
			El maíz es cultivado en México
		7000	Un modelo de vida de pueblo nace en el Oriente Medio
			Çatal Hüyük, lo que ahora es Turquía, llega a ser el primer centro comercial
			Se inventa el telar en el Oriente Medio
		6000	El ganado es domesticado en el Próximo Oriente
			La agricultura comienza a reemplazar a la caza en Europa
			El cobre es usado en la industria en la región mediterránea
	Edad del Cobre	4800	El monumento de piedra maciza más antiguo conocido es construido en Bretaña
		4000	Los botes de vela son usados en Egipto
			Las primeras ciudades surgen en los llanos de Sumer
			Los sellos cilíndricos comienzan a ser usados como señas de identificación en el Oriente Medio
		3500	Se inventa la rueda en Sumer
			El hombre comienza a cultivar el arroz en el Lejano Oriente
			Se domestica el caballo en Rusia del Sur
			Los mercaderes navegantes egipcios comienzan a recorrer el Mediterráneo
	Edad del Bronce		El primer escrito pictográfico redactado en el Oriente Próximo
			El gusano de seda es domesticado en China
		3000	El bronce es usado por primera vez para hacer herramientas en el Oriente Medio
			La vida ciudadana se propaga hasta el valle del Nilo
			El arado se desarrolla en el Oriente Medio
			Un calendario preciso basado en observaciones estelares se inventa en Egipto
		2800	Stonehenge, el más famoso de los monumentos megalíticos antiguos, es comenzado en Inglaterra
			Las pirámides son construidas en Egipto
		2600	Una variedad de dioses y héroes son glorificados en *Gilgamesh* y otras epopeyas del Oriente Medio
		2500	Surgen las ciudades en el valle del Indo

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno *(cont.)*	**Edad del Bronce**		Evidencia más antigua del uso de esquís en Escandinavia
			El código de leyes más primitivo es redactado en Sumer
			Las sociedades minoas de palacio comienzan en Creta
		2000	Se domestican las gallinas y los elefantes en el valle del Indo
			El uso del bronce se propaga a Europa
			Comienza la cultura esquimal en la región del estrecho de Bering
		1500	Embarcaciones que pueden navegar por el océano, le permiten al hombre llegar a las islas del Pacífico Sur
			Esculturas ceremoniales de bronce se funden en China
			Se establece el gobierno imperial, que incluye provincias distantes, por los hititas
		1400	Se usa el hierro en el Oriente Medio
	Edad del Hierro		El primer alfabeto completo manuscrito es inventado por las gentes de Ugarit, en Siria
			Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto
		1000	El reno es domesticado en Eurasia
		900	Los fenicios desarrollan el alfabeto moderno
		800	El uso del hierro se propaga por toda Europa
			Los nómadas a caballo aparecen en el Próximo Oriente como nueva fuerza poderosa
			El primer sistema de carreteras es construido en Asiria
			Homero compone *La Iliada* y *La Odisea*
			Se funda Roma
		700	Comienza la civilización etrusca en Italia
			Ciro el Grande gobierna el imperio persa
			Se establece la República de Roma
		500	Se inventa la carretilla en China
		200	Son escritos los épicos *Mahabharata* y *Ramayana* acerca de los dioses y los héroes de la India
			Se inventa la rueda de agua en el Oriente Medio
		0	Comienza la era cristiana

2.000 millones de años

1.000 millones de años

Primeros hombres (2 millones)

Primeros animales respirando oxígeno (900 millones)

Primeros animales con espina dorsal (470 millones)

Procedencia de las ilustraciones

A continuación se indica la procedencia de las ilustraciones de este libro. Las fuentes mencionadas de izquierda a derecha están separadas por un punto y coma; de arriba abajo, por guiones.

8-Gentileza de Editorial de Arte Silvana y del Museo Arqueológico, Teherán. 13-Mapa de Rafael D. Palacios. 15-Desmond Harney, de Robert Harding Associates. 16-James Burke, TIME-LIFE Picture Agency. 17-Erwin Böhm, gentileza del Museo Arqueológico, Teherán. 18-Gentileza del Museo de la Universidad de Pensilvania. 20-Erwin Böhm, gentileza del Museo Arqueológico, Teherán-Paulus Lesser, gentileza del Museo Metropolitano de Arte-Josephine Powell, gentileza del Museo Arqueológico, Teherán. 22-Dibujos de *Monuments de Ninive,* Vol. I, por P. E. Botta y E. Flandin, París, 1849. Placa 70. 23-Claus Breede, gentileza del Royal Ontario Museum. 24-Gentileza de F. Bruckmann K. G., Munich. 27-Erwin Böhm. 29-Profesor Heinz Lushey. 30-Derek Bayes, gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres; Dr. Werner Dutz. 31-Sybil Sassoon, de Robert Harding Associates-Dibujo adaptado por Nicholas Fasciano de una fotografía gentileza del Instituto Arqueológico Alemán, Teherán. 32-Brian Brake, de Rapho Guillumette; Robert Harding. 35-Roland y Sabrina Michaud, de Rapho Guillumette. 36, 37-Izquierda, Profesor Gerold Walse. Abajo, gentileza del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago. 38, 39-Erwin Böhm; Klaus Gallas. 40, 41-Robert Harding; gentileza del Instituto Oriental, Universidad de Chicago. 42, 43-Profesor Gerold Walser; Robert Harding. 44-Museo Metropolitano de Arte, Fundación Harris Brisbane Dick, 1954. 48, 49-Gentileza del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago. 50-Biblioteca de Fotografía Turística. 52, 53-Olive Kitson, gentileza del Instituto Británico de Estudios Persas, Teherán. David Stronach, gentileza del Instituto Británico de Estudios Persas, Teherán. 55-Profesor Friedrich Krefter. 56-Roloff Beny, gentileza del Museo Arqueológico, Teherán. 58-Reunión de Museos Nacionales. 59-Fotografía Bulloz, gentileza del Museo del Louvre, París. 63 al 69-Dibujos por Michael A. Hampshire. 70-C. M. Dixon, gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres. 73-Fotografía Biblioteca Nacional, gentileza del Departamento de Medallas, Biblioteca Nacional, Paris. 75-Dmitri Kessel, gentileza del Museo del Louvre, París. 79-Gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres-Peter Clayton, gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres. 80-Henry Groskinsky, gentileza del Museo del Louvre, París; Fotografía Biblioteca Nacional, París-Gentileza de la Colección Foroughi. 81-Jack Escaloni, gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres-Gentileza del Museo del Louvre, París. 85-Aintekenabteilung, Staatliche Museen de Berlín. 86-Dmitri Kessel, gentileza del Museo del Louvre, París; Museo Metropolitano de Arte, Fundación Rogers, 1954. 87-Gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres-Gentileza del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago. 88-Colección privada, París. 89-Gentileza del Museo Bastan del Irán, Teherán-William MacQuitty, gentileza del Museo Arqueológico, Teherán. 90-C. M. Dixon, gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres; Museo Metropolitano de Arte, Fundación Harris Brisbane Dick, 1954. 91-Gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres. 92-William MacQuitty. 95-Gentileza de la Editorial de Arte Silvana y la Colección Foroughi. 97-David Stronach, gentileza del Instituto Británico de Estudios Persas, Teherán. 98-Servicio de Fotografía de la Revista YANKI News, gentileza del Museo Topkapi, Estambul. 100-David Stronach, gentileza del Instituto Británico de Estudios Persas, Teherán. 102-Bury Peerless. 103-Jehangir Gazdar. 104-Josephine Powell. 106-William MacQuitty. 108-109-Paula Leeser, gentileza del Departamento de Libros Raros de la Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden. 112-Klaus Gallas. 114, 115-Erwin Böhm. 116-Gentileza del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago. 125-Klaus Gallas. 126, 127-William MacQuitty; Profesor Friedrich Krefter. 130, 131-Erwin Böhm; Profesor Friedrich Krefter. 132-Servicio de Fotografía de la Revista YANKI News, gentileza del Museo Topkapi, Estambul. 136-Gentileza de F. Bruchmann K. G., Munich. 138, 139-Robert Harding. 141-Peter Davey, gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres. 142, 143-Scala, gentileza del Museo Nacional, Nápoles. 147-Bill Ray, TIME-LIFE Picture Agency. 148-Gentileza de la Universidad de Yale-Peter Davey, gentileza de los administradores del Museo Británico, Londres. 149-Erwin Böhm. 150-Fotografía Biblioteca Nacional, gentileza del Departamento de Medallas, Biblioteca Nacional, París-Erwin Böhm. 151-Museo Metropolitano de Arte, Fundación Fletcher, 1934. 152, 153-Erwin Böhm.

Agradecimientos

Por la ayuda prestada en la preparación de este libro, los editores están particularmente agradecidos a Carl Nylander, profesor adjunto, Departamento de Arqueología Clásica y del Próximo Oriente. Bryn Mawr College, Bryn Mawr, Pensilvania. Los editores también quieren expresar su gratitud a Zeren Akalay del Museo Topkapi de Estambul; Pierre Amiet, conservadora en jefe, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París; Nostatullah Ayeli, Director General de la Oficina de Relaciones Públicas, Ministerio de Cultura y Arte, Teherán; Firooz Bagherzadeh, director del Museo Irán Bastán, Teherán; Farnaz Bahmanyar, Museo Irán Bastán, Teherán; Catherine Bélanger, Servicio Fotográfico, Museo del Louvre, París; Filiz Cagman, Museo Topkapi, Estambul; George G. Cameron, profesor, Departamento de Estudios del Próximo Oriente, Universidad de Michigan, Ann Arbor; Annie Caubet, conservador, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París; Raoul Curiel, Departamento de Medallas, Biblioteca Nacional, París; Robert H. Dyson Jr., Profesor de Antropología y Conservador de la Sección del Próximo Oriente, Museo de la Universidad de Pensilvania, Filadelfia; Ediciones Gallimard-L'Univers des Formes, París; Ann E. Farkas, Nueva York; Roman Ghirshman, París; Theresa Goell, directora Excavaciones Nemrud Dagh, Nueva York; Clare Goff, Paleografía, Yorkshire, Inglaterra; Barbara Grunwald, Instituto Arqueológico Alemán, Teherán; Prudence Oliver Harper, conservador, Departamento de Arte Antiguo de Próximo Oriente, Museo Metropolitano de Arte, Nueva York; Michael Ingraham, adjunto de investigación; Sección del Próximo Oriente, Museo de la Universidad, Universidad de Pensilvania, Filadelfia; Profesor Friedrich Krefter, Rhöndorf, Alemania; Louis D. Levine, conservador adjunto, Departamento de Asia Occidental, Museo Royal Ontario, Toronto, Canadá; Profesor Hainz Lushey, Tübingen, Alemania; Mohammed Matin, consejero de prensa, Embajada Iraní, Ankara, Turquía; T. C. Mitchell, Departamento de Antigüedades de Asia Occidental, Museo Británico, Londres; Ezatullah Negahban, profesor de Arqueología y decano del Departamento Ar-

queológico, Universidad de Teherán; Enrica Pozzi, director, Museo Nacional Arqueológico, Nápoles; M. J. Price, Departamento de Monedas y Medallas, Museo Británico, Londres; Aziz Rashki, Teherán; Umberto Scerrato, I.S.M.E.O., Roma; David Stronach, director del Instituto Británico de Estudios Persas, Teherán; Françoise Tallon, Investigador, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París; Edward Telesford, Servicio Fotográfico, Museo Británico, Londres; Maurizio Tosi, I.S.M.E.O., Roma; Giuseppe Tucci, Presidente, I.S.M.E.O., Roma; Hubertus von Gall, Instituto Alemán de Arqueología, Teherán; Nancy M. Waggoner, conservador adjunto de Monedas Griegas, Sociedad Numismática Americana, Nueva York.

Bibliografía

Burn, A. R., *Persia and the Greeks.* Minerva Press, 1962.

Bursn, Arthur R., *Money and Monetary Policy in Early Times.* Augustus M. Kelley, 1965.

Bury, J. B., S. A. Cook y F. E. Adcock, eds., *The Cambridge Ancient History,* Vol. IV, *The Persian Empire and the West.* Cambridge University Press, 1969.

Cameron, George C., *History of Early Iran.* The University of Chicago Press, 1936.

Casson, Lionel, *The Ancient Mariners.* Victor Gollancz, Ltd., 1960.

Cowley, Arthur, *Aramaic Papyri of the Fifth Century B. C.* Oxford University Press, 1923.

Culican, William, *The Medes and Persians.* Frederick A. Praeger, 1965.

Driver, G. R., *Aramaic Documents of the Fifth Century B.C.* Oxford University Press, 1965.

Dyson, Robert H., Jr., "Problems of Protohistoric Iran As Seen from Hasanlu." *Journal of Near Eastern Studies,* Volumen XXIV, 1965.

Forbes, R. J.:

Man the Maker: A History of Technology and Engineering. Abelard-Schuman, 1958.

Studies in Ancient Technology, Vols. I, II, IV. E. G. Brill, 1965.

Frankfort, Henri, *The Art and Architecture of the Ancient Orient.* Penguin Books, 1963.

Frye, Richard N., *The Heritage of Persia.* The World Publishing Company, 1963.

Ghirshamn, Roman:

The Arts of Ancient Iran: From Its Origins to the Time of Alexander the Great. Golden Press, 1964.

Iran. Penguin Ltd., 1954.

Perdian Art: The Parthian and Sassanian Dynasties. Golden Press, 1962.

Goell, Theresa, and F. K. Doerner, "The Tomb of Antiochus I." *Scientific American.* July, 1956.

Henning, W. B., "The Monuments and Inscription of Tang-i-Sarvak." *Asia Major.* New Series, Vol. II, Part 2, 1952.

Herodotus, *The Histories.* Penguin Books, 1954.

Kent, Roland G., *Old Persian Grammar Texts Lexicon.* American Oriental Society, 1953.

Krefter, Friedrich, *Persepolis Rekonstruktionen.* Gebr. Mann Verlag, 1971.

Levine, Louis D., "Of Medes and Media." *Rotunda.* The Bulletin of the Royal Ontario Museum, Vol. 3, No. 1, Winter, 1970.

Lukonin, Vladimir G., *Persia II.* Nagel Publishers, 1967.

Mallowan, Max, "Cyrus the Great." *Iran,* Vol. X. The British Institute of Persian Studies, 1972.

Matheson, Sylvia A., *Persia: An Archeological Guide.* Noyes Press, 1973.

Mellaart, James, *Earliest Civilizations of the Near East.* McGraw-Hill Book Company, 1965.

Muscarella, Oscar W.:

The Metropolitan Museum of Art Bulletin, Vol. XXV, No. 3, November, 1966.

The New English Bible. Oxford University Press and Cambridge University Press, 1970.

Noss, John B., *Man's Religions.* The Macmillan Company, 1956.

Nylander, Carl, *Ionians in Pasargadae.* Boreas. Uppsala Studies in Ancient Mediterranean and Near Eastern Civilizations. Vol. I. Uppsala University, 1970.

Olmstead, A. T., *History of the Persian Empire.* The University of Chicago Press, 1948.

Pannekoek, A., *A History of Astronomy.* Interscience Publishers, Inc., 1961.

Porada, Edith, *The Art of Ancient Iran: Pre-Islamic Cultures.* Crown Publishers, Inc., 1962.

Pritchard, James B.:

The Ancient Near East in Pictures Relating to the Old Testament. Princeton University Press, 1969.

Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament. Princeton University Press, 1955.

Pudney, John, *Suez: De Lesseps' Canal.* Frederick A. Praeger, 1968.

Rostovzeff, Michael I., "Dura and the Problem of Parthian Art." *Yale Classical Studies,* Vol. V, 1935.

Schmidt, Erich F.:

Persepolis I: Structures, Reliefs, Inscriptions. The University of Chicago Oriental Institute Publications. The University of Chicago Press, 1953.

Persepolis II: Contents of the Treasury and Other Discoveries. The University of Chicago Oriental Institute Publications, The University of Chicago Press, 1957.

Persepolis III: The Royal Tombs and Other Monuments. The University of Chicago Oriental Institute Publications, The University of Chicago Press, 1970.

Schreiber, Hermann, *Merchants, Pilgrims and Higwaymen.* G. P. Putnam's Sons, 1962.

Siegfried, André, *Suez and Panama.* Harcourt, Brace and Company, 1940.

Singer, Charles, E. G. Holmyard, A. R. Hall, y Trevor I. Williams, eds., *A History of Technology,* Vols. I, II. Oxford University Press, 1956.

Strabo, *The Geography,* Vol. VII. Loeb Classical Library, Harvard University Press.

Stronach, David, "Excavations at Tepe Nush-i Jan, 1967." *Iran.* Journal of the British Institute of Persian Studies, The British Academy, Burlington House, 1969.

Wilber, Donald N., *Persepolis. The Archeology of Parsa, Seat of the Persian Kings.* Thomas Y. Crowell Company, 1969.

Wilson, Arnold T., *The Suez Canal: Its Past, Present, and Future.* Oxford University Press, 1939.

Wiseman, D. J., *Peoples of the Old Testament.* Oxford University Press, 1973.

Wiseman. D. J., y W. and B. Forman, *Cylinder Seals of Western Asia.* Batchworth Press.

Xenophon:

Cyropaedia. Loeb Classical Library, Harvard University Press.

Memorabilia and Oeconomicus. Translated from the Greek by E. C. Marchant. Harvard University Press, 1959.

Young, T. Cuyler, Jr., *Excavations at Godin Tepe: First Progress Report.* Royal Ontario Museum, 1969.

Young, T. Cuyler, Jr. y Louis D. Levine, *Excavations of the Godin Project: Second Progress Report.* Royal Ontario Museum, 1974.

Zaehner, R. C., *The Dawn and Twilight of Zoroastrianism.* Weidenfield and Nicolson, 1961.

Indice

Los números en cursiva indican páginas ilustradas.

A
Acuñación de monedas, 62, *141*
Imperio persa, 10, 29, 67, 71, *72-73*, 74, 84
Lidias, 29, 73
Partas *149*
Sasánidas *150*
Africa del Norte, colonias griegas, 11, 26
Conquistas persas, *mapa* 13, 26
Agricultura, 48, 71, 77-78, *80*, 82
Ahuramazda (dios persa), 10, *32*, 33, 45, 47, *79*, *80*, 93, 94, 96, 97-98, 99, 101, *104*, 105, 121, 122, *150*
Alejandro Magno, 10, 57, 84, 86, 101, 104, *132*
Destrucción de Persépolis por, 10, 96, 105, 107, 110, 125, 142
En la batalla de Issos, 141, *142*
Alfarería, antiguo Irán, *16-17*
Amesha Spentas, 97-98, 104, 105
Anahita (diosa persa), 99, 101
Anatolia, 14, 77 88, 144, 147
Angra Mainyu (espíritu destructivo, mentira), 93, 98, 105
Animal, sacrificio, 95, 98, 101-104
Anquetil-Dupperon, A. Hyacinthe, 96, 97
Antiguo persa, idioma del, 28, 52, 109, 112
Inscripciones cuneiformes, *79*, *89*
Año Nuevo, festival, 121-122, *123*, 124, 125, 131, 144
Apadana (sala de audiencia), 49, *68-69*
De Pasargada, *55*
De Persépolis, 35, 108, 109, 111, 113, 114, 119, 121, 122-123, *127*, *128-131*, 142
Aquemenes, rey persa, 16
Aqueménida, dinastía, 9-11, 12, 16, 17, 28, 29, 93-94, 133, 144, 147
Decadencia de, 133, 140-141
Fin de la, 132, 142-143
Aqueménida, arte, *85-91*, 110
Partia y Sasania, renacimiento de, 147, *148-153*
Arabia, árabes, *mapa* 13, 62, 72, 77, 122
Arameo, idioma, 9, 52, 112, 120
Ardashir I, rey sasánida, 10, *150*
Arianos, 12
Migración hacia el Próximo Oriente, 10, 12
Religión de, 94-95
Ariaramnes, rey persa, 16
Armas, 61, 62, *90*, *91*
Armenia (os), *mapa* 13, *41*
Arquitectura: mannean (Hasanlu), *18*
Media, *22-23*
Persa, 10, *52-53*, *55*, 58, *64-65*, *92*, 101, 107, *108-109*, 113, *114-115*, 117, *125-131*
Arsaces, rey parto, *148*
Arsés III, rey persa, 141
Artajerjes I, rey persa, 10, 47, 61, 98-99, 111
Tumba de, *138-139* y construcción de Persépolis, 110 111
Artajerjes II, rey perşa, 99, 101, 140, 144, 145
Artajerjes III, rey persa, *104*, *111*, *140*-141
Asia menor, 10, 12, *mapa* 13, 21, 74, 77
Colonias griegas, 11, 21, 134, 140
Ocupada por Alejandro, 141
Asiria (os), 11, 12, *22*, 29, *30*, 62
Arte, influencia sobre los persas, 10, *30*, 85
Bajo gobernador persa, 12, *mapa* 13, *36-37*
Imperio de, 10, 13-14, 37
Astiages, rey medo, 15, 16-17, 19
Astronomía, 133, 144-145, 146
Asurbanipal, rey Asirio, 13, *30*
Atenas, 134, 136, 137-140, 142, 144, 145, 146
Avesta (escrituras zoroástricas), 94, 96, 97, 98, 101, 105

B
Babilonia, 12-13, 22, 24, 33
Alejandro en, 142
Bajo gobernador persa, *9*, *mapa* 13, 24, 25, 53, 133
Como capital persa, 55, 63
Babilonia (ios), 10, 11, 12-13, 14-16, 17, 19, 21, 22-24, 29, 72, 85, 122
Agricultura, 77, 78
Asiria, conquista de, 13
Asirios derrotados por, 14
Bajo gobernador persa, *mapa* 13, 24-25, 33, *36-37*, 57, *72*, *77*, 78, 82, 84, 141
Centro de enseñanza, 143, 144-145
Conquista de Persia, 10, 22, 24, 61
Inicios de los bancos en, 83
Ley código de Hammurabi, 51
Revolución contra Persia, en 482 antes de nuestra era, 135
Babilónico (akkadio), idioma, 28, 109, 112
Inscripciones cuneiformes, *79*, *89*
Bactriana (os), 10, 12, *mapa* 13, *40-41*, 62, 74, 76, 85, 87, 122
Bagoas, eunuco, 140-141
Bahistun, *mapa* 13
Pinturas rupestres, 28, *29*, *31*, 33, 34, 54
Baltasar, príncipe babilónico, 22
Bancos, sistema de, 71, 83-84
Biblia, 11, 46, 47, 49, 51, 53, 105, 111
Bósforo, estrecho del, *mapa* 13, 34
Bronce, objetos de, *75*, 95
De Luristán, *20*

C
Caballería, 14, 20, 62
Cacería, *79-80*, 91, 113, *151*
Calendario, persa, 99, 111, 144
Cambises, rey persa, 16
Cambises II, rey persa, 10, 12, 25-26, 28, 33, 46, 48, 52, 55, 71
Cameron, George, 110
Canaán, 13, 25
Canal de Darío, *mapa* 13, 71, 75-76
Canales, 12, *mapa* 13, 71, 75-76
Irrigación, 78
Capadocia, 19, 122
Caria, sátrapa persa, 66
Carreteras, 10, 12, *mapa* 13, 71, 74-75
Carreteras reales, sistema de, 10, *mapa* 13, 74
Cartago, 26
Ciaxares, rey medo, 14-15
Ciencias, 10, 133, 144-146
Cirene, 26
Ciro I, rey persa, 16
Ciro II (el Grande), rey persa, 10-11, 16-25, 33, 34, 45, 46, 53, 57, 61, 63, 71, 74, 83, 87, 93, 100, 133, 144
Expansión de su reino, 10, 12, *mapa* 13, 17-25, 105, 134
Linaje de, 16
Palacio en Pasargada, *52-53*, 55
Sala de audiencia de, *55*
Tolerancia religiosa de, 24, 25, 142
Tumba de, 25, *27*, 55
Cities, 9, 12, *mapa* 13
Columnas, en Persépolis, *108-109*, *114-115*, *125*, *126*, *130-131*
Capiteles, 106, *118-119*, 131
Elevación de, 117
Comercio, 11, 15, 34, 48, 62, 71, 73, 74, 77
Comunicaciones, red de, 9, 10, *mapa* 13, 45, 56-57, 60, 74-76
Correos, sistema de, 56-57, 74
Corte real, 46-47, *48-49*
Cortes de justicia, 51-52
Creso, rey de Lidia, 10, 19-21, *24*, 73, 134
Criminal, castigo, 47, 52, 73
Cristiandad, influencias zoroástricas en, 93, 105
Ctesias, 11, 16, 111
Cuneiforme, 52, *79*, *89*, 120

D
Daevas (dioses iraníes), 94, 97, 99
Dahan-i Ghulaman, *mapa* 13
Torre de fuego en, 101
Dárico (moneda), *73-74*
Darío I (el Grande), rey persa, 9, 10, 26, 28, *29-32*, 33-34, 46, 47, 48, 53, 54, 55-56, 58, 71, *79*, 93-94, 105, 143, 144, 145, 147, 148
Administración, 45, 49, 51, 54, 60, 71, 72, 74-75, 78
Amenazas a Grecia, 34, 76, 134, 136
Estatua en Susa, *56*
Expansión de su reino, 12, *mapa* 13, 34
Exploración naval bajo, 76
Muerte, 133-135
Ofensiva escita, 34, 134
Palacio en Persépolis, *30*, 80, *114-115*
Tumba, 101, 107-108, 139
Y construcción de Persépolis, 107, 109, 110-111, 114, 125, 129
Y revolución jónica, 134
Darío II, rey persa, 140
Darío III, rey persa, 10, *132*, 141-142, 143, 146
En la batalla de Issos, 141, *142-143*
Delfos, *mapa* 13, 19
Demócrito, 145
Diez Mil Inmortales, 33, 61, 135, 136

Dioses, 10, 93, 94-*95*, 97, 99, 144-145
Dracma (unidad de peso), 72
Dur Sharrukin, relieves del palacio, *22*

E
Ecbatana (Hamadán), *mapa* 13, 14, 17, 22, 53, 74, 142
Como capital persa, 56, 63, 83
Economía, 71-84
Edessa, batalla, 10
Egipto, 11, 16, 19, 21, 29, *32*, 62, 74, 75-76
Ejército persa, 60-62, 134, 135
Elam (itas), 13, 33, *36*, 55
Elamita, idioma, 11, 28, 109, 110, 112
Inscripciones cuneiformes, *79*, *89*
Elefantita, isla, *mapa* 13, 26
Eretria, 134
Escílax, 76
Escitas, 34, *41*, 62, *90*, 134
Escultura, *106*, 107, *112*, *118-119*, *126*
Esdras, Libro de, 53
Esmerdis, príncipe persa, 26, 28
Esparta, 19, 21, 46, 134, 135-136, 137-140
Ester, Libro de, 47, 51, 53, 111
Estrabón, 56, 61, 101
Eufrates, río, 12, *mapa* 13, 15, 78, 148
Euribíades, 136
Europa: invasiones por Darío, 10, 34, 134
Invasión por Jerjes, 135-140

F
Fenicia (ios), *mapa* 13, 25, 26, 62, 77, 140
Feudalismo, 54, 78-82
Fortificaciones: medas (Godin), *22-23*
De Persépolis, 113
Frizia, 12, *mapa* 13
Frisos esmaltados de palacio, *58-59*
Tesorería, 71, 84, 142
Fuego, culto, 95, 97, 100, 150
De los parsees, *102-103*
En el zoroastrismo, *92*, 98, 101, 104
Fuego, torres, 92, 101
Sistema de transmisión de señales, 57

G
Gadates, 77
Gangamela, *mapa* 13, 141
Gathas (himnos del zoroastrismo), 97, 104
Gaumata, 26-28, 31, 54
Gobierno, 9-10, 29, 34, 45, 47, 54-57, 60
Gránico, río, batalla, 141
Grecia, griegos, 10, 77, 85, 107, 133-134
Amenaza de Darío, 34, 76, 134, *136*
Exploración naval de, 76
Guerra de Jerjes contra, 112, 135-140
Obras escritas por los, como origen de la historia persa, 11, 22, 133
Persia subyugada por, 141-143, 147

H
Halys, río, *mapa* 13, 15, 19
Hamadán, 13, 86, 89, 90
Hammurabi, rey babilónico, 51
Haoma, ritual, 95, 98, 101-104
Harén real, 47, *81*
Hasanlu, *mapa* 13, 18,
Alfarería de, *17*
Helesponto, Jerjes en, 135, 137
Herodoto, 11, 12, 14, 15, 16-17, 19, 21, 24, 25, 26, 34, 46, 48, 56, 57, 60, 71, 72, 74, 78, 85, 99, 135, 136-137
Herzfeld, Ernst, 109-110, 111
Hindush, provincia persa, 34
Hircania, satrapía persa, 21

I
Idiomas, 28, 112
Akkadio (babilónico), 28, 79, 89, 109, 112
Arameo, 9, 52, 112, 120
Elamita, 11, 28, 79, 89, 109, 110, 112
Persa antiguo, 28, 52, 79, 89, 109, 112
Impuestos, 45, 54, 67, 71, 78-82, 84, 133-134, 135, 141
India (os), 12, *mapa* 13, *42-43*, 62, 74, 77, 122
Expediciones persas en, 34, 76
Fe aria y Rig-Veda, 94
Parsees de, *102-103*, 104
Tributo, pago de, *42-43*, *72*, 122
Indra (dios indio), 99
Ingeniería, 75-76, 77-78, 117
Irán (io), 10, 11, 12, 15, 18, 20, 22, 148
Clima, 12, 77
Migraciones arias hacia, 12
Paisaje, 12, *15*
Zoroastrismo actual en, 102, 104
Irrigación, 77-78
Islam, 93, 104, 108, 150
Israelitas, 11, 22, 53
Final del exilio babilónico, 10, 25, 105
Zoroastrismo influencia en, 105
Issos, *mapa* 13
Batalla de, 141, *142-143*

J
Jerjes, rey de Persia, 10, 35, 46, 47, 51, 53, 61, 76, 89, 94, 98, 121-124, 133, 135-140
Guerra contra los griegos, 112, 135-140, 143
Jerusalén, *mapa* 13, 53-54, 105
Jonia (ios), 19, 34, 62, 85, 122
Bajo gobernador persa, *mapa* 13, 21, 26, *38*, 57, 62, 133
Revueltas contra Persia, 134, 137, 140
Joyas, 79, *86-87*
Judaísmo, zoroastrismo influencia en, 93, 105
Justicia, sistema, 29, 47-49, 51-52

K
Kidinun (Cidenas), 145
Krefter, Friedrich, 55, 109, 125
Kush (itas) *mapa* 13, 26, 46, 72

L
Leónidas, rey espartano, 135-136
Ley, 29, 45, 47-49, 51-52
Código de Hammurabi, 51
Libia (os), 62
Bajo gobernador persa, *mapa* 13, 26
Lidia (os), 15-16, 19
Bajo gobernador persa, 12, *mapa* 13, *38-39*
Dominio persa, 10, 19-21, 61, 134
Moneda, 29, 73
Luristán, *mapa* 13, 20
Objetos de bronce, *20*

M
Macedonia (os), 10, *mapa* 13
Conquista persa de, 10, 34
Dominio de Persia por, 141-142
Magos, 26, 95-96, 99, 101
Mar Rojo, 76, 77
Canal en el Mediterráneo, 12 *mapa* 13, 71
Maratón, *mapa* 13
Batalla de, 10, 134, *136*
Mardonio, general persa, 137, 140
Marduk (dios babilónico), 22, 24, 47, 142
Margiana, sátrapa persa, 33
Matemáticas, 133, 144, 145-146
Materiales y utensilios de escritura, 52, *66-67*, 120
Medos, 12, 13, 14-16, 19, 20, 21, 22, 85, 122
Bajo gobernador persa, 17, 33, *35*, 46, *50*, 57, *68-69*, 122
Como rivales de los asirios, 14, 22
En las termópilas, 136
Relaciones con persas, 12, 14, 16-17, 45, 49
Tributo, *35*, 72
Menfis, *mapa* 13, 76
Mercenarios griegos en el ejército persa, 62, 140, 141
Mesopotamia, 10, 11, 12, 25, 82, 141
Agricultura, 77
Concepto del derecho divino de los reyes, 47
Cuna de la civilización, 144
Herencia de la ley, 29, 51
Migración aria hacia, 12
Metales, trabajos en, *85-91*
Micale, *mapa* 13
Batalla en, 10, 140
Militar, 54, 61, 78, 82
Mina (unidad de peso), 72, 73
Mithrídates I, rey parto, 10
Mithrídates II, rey parto, *148*
Monarquía asiria, *30*
Ceremonia de coronación, 55
Concepto de los medos, 14, 17
Egipcia divina, *32*
Persa *29-32*, 45, 46-47, *48-49*, *68-69*, *81*, 107, 123
Persa, problemas de sucesión, 46, 133
Por derecho divino, 47, 150
Tradiciones mesopotámicas, 47
Monoteísmo, 93, 97-*98*, 99, 104
Musulmanes, 102, 104, 108

N
Nabonido, rey babilónico, 17, 22, 24, 33
Nabu-rimanni, 145
Nabucodonosor, rey babilónico, 14, 15

Nabucodonosor III, rey babilónico, 33
Naqsh-i Rustam, *mapa* 13
Pinturas rupestres en Sasania, *150*
Torre de fuego en, 92, 101
Tumbas reales en 107-108, *138-139,* 150
Naves, 25, 26, 71, 76-77
En las guerras greco-persas, 34, 134, 135
Nihavend, batalla en, 10
Nush-i jan, *mapa* 13
Ruinas del templo, *97*

O
Opis, batalla en, 24
Organización de las tribus principio de la época persa, 45-46
Organización social, 45-46, 59, 82
Oro: objetos de, 44, 70, *85-90,* 109, 120, *148, 150, 151*
Orígenes del, 85
Oroetes, sátrapa de Sardes, 60
Oxus, tesoro de, *mapa 13, 70, 87, 90-91*

P
Pahlavi, libros, 96
Palacios, 55
Pasargada, *52-53,* 55
Persépolis, 106, 111, *114-115*
Susa, 55, *58-59*
Papiros del Mar Muerto, 105
Parsis, *102-103,* 104
Parthia (os), como sátrapa persa, *mapa* 13, 21, 33, *40-41,* 148
Parto, imperio, 10, 147, 148, 150
Arte y artefactos, *148-149*
Pasargada, 10-11, *mapa* 13, 17, 18, 22, 25, 55, 63, 107, 142
Altar de fuego, *100*
Bajorrelieves, *52*
Batalla en, 17, 25
Palacio en, *52-53,* 55
Sala de audiencia, 55
Tumba de Ciro, 25, *27,* 55
Pascadasapati (grado militar), 61
Pena de muerte, 47, 52, 54, 73
Persa, imperio, 10, 16, 45
Área y tamaño del, 9, *mapa* 13, 25, 26, 33
Caída del, 10, 11, 133-134
Como primer imperio del mundo, 9
Expansión del, 10, 17-25, 26, 34, 140
Población del, 9
Pueblos sometidos, 10, 12, 21, 25, 26, *32, 35-43*
Subyugación por Alejandro Magno, 10, 141-143
Persas: carácter de los, 10-11, 93
Origen de, 11-12, 13
Relaciones con los medos, 12, 14, 16-17
Persépolis (Parsa), 10, *mapa* 13, 18, 55, 56, 63, 96, 107-124, *125-131*
Apadana de, 35, 108, 109, 111, 113, 114, 119, 121, 122-123, *127, 128-131,* 142
Construcción de, 108, 110-111, 115-117
Destrucción por Alejandro Magno, 10, 96, 105, 107, 111, 125, 142
Escalinatas de, 35, *109-110,* 111, *114-115,* 122, 123, *126-129*
Escultura en, *106,* 107, *112, 118-119, 126*
Fundación, tablillas de la, 109, 110
Palacios, 106, 111, *114-115*
Plano, *116*
Puerta de Todas las Tierras, 111, 117, 122, *126-127*
Relieves de talla en, 30, 32, *35-43, 48-50,* 108, 109-110, 111, 114-115, 117, *123,* 128
Ruinas de, *108-109, 114-115, 125-131*
Sala de banquetes, *114-115,* 122, 124
Salón del trono, *108-109,* 110, 111, 117, 118
Tesoro en, 107, 110, 120-121, 125, 142
Tripilon, *123*
Tumbas reales cerca de, 107-108, *138-139*
Pesos y medidas, *66-67,* 71-72, 75
Pitágoras, 145
Plata: fuentes de procedencia, 77, 85
Objetos, *85, 88, 91,* 109, 120, *151*
Platea, batalla de, 10, 140
Poderío marítimo, de los persas, 25, 62, 76
Poligamia, 47
Politeísmo, 93, 94-95, 99
Próximo Oriente, cuna de la civilización, 144-145
Educación de, 144, 145-146
Dominio persa de, 9, *mapa* 13, 144-145
Pteria, batalla de, 19

R
Ramsés III, faraón, 32
Relieves en tallas:
Asirios, *30*
Behistun, 28, *29, 31,* 33, 34, 148
De Pasargada, 52
De Persépolis, *30, 32, 35-43, 48-50,* 107, 108, 109-110, 111, *114-115,* 117, *123, 128*
Egipcios, *32*
En las tumbas reales de Naqsh-i Rustam, *138-139*
Era de los partos, *149*
Era sasánica, *150, 152-153*
Religión, 93-105, 110, 144-145
Conceptos de salvación y condenación, 93, 98, 105
De los arios, 94-95
Monoteísmo, 93, 97-*98,* 99, 104
Nacimiento del dualismo ético y libre voluntad, 93, 98
Politeísmo, 93, 94-95, 99
Prezoroastrismo, iraní, 93, 94-95, 98, 99
Tolerancia persa de las religiones ajenas, 9-10, 24, 25, 99, 150

S
Sacrificio, 95, 98, 101-104
Salamina, *mapa* 13, 19, 21, 74, 85, 134
Sar-i Pul, grabados en la roca, *31*
Sargón II, rey asirio, 22
Sasánida, dinastía, 104, 147
Sasánido, imperio, 10, 138, 147, 150
Arte y artefactos del, *150-153*
Renacimiento del zoroastrismo, 104, 105, 147, 150
Satán, origen del concepto, 93, 105
Sataspes, 76
Sátrapas, 25, 54, 57, 60, 71
Satrapías, 12, 21, 25, 33, 45, 57, 60, 80-83, 133, 141
Impuestos y tributos, 35-43, 71-72, 133-134, 141
Susa, *mapa* 12, 13, 19, 33, 51, 63, 86, 99, 107, 112, 113, 120, 122, 136-137
Captura por Alejandro, 84, 142
Como capital de Darío, 55-56, 57, 58, 71

T
Tablillas de barro, 52, *66,* 79, 110, 120-121
Talento (unidad de peso), 71-72, 73
Ta Henai, gobernador, 53-54, 56
Teiopes, rey persa, 16
Templos, 83, 145
Altares de fuego, *100, 104*
De Hasanlu, *18*
De Jerusalen, 53-54
Prezoroastrismo, 94, 97
Torres de fuego, 92, 101
Batalla en las, 10, 136
Terratenientes, 54, 57, 61, 71, 78, 82-83
Thace, 137
Conquista persa de, 10, 34
Trabajo en canteras, *64,* 116-117
Trabajos públicos, programa, 45, 55, 58, 64-65, 74, 75-76, 112, 115-117
Transportes, 56-57, 70, 71, 74-76
Tributo, *35-43, 49,* 67, 121-122, 135
Tumbas, reales, 35, 107-108, 138-139, 150
De Ciro, 25, *27,* 55
De Darío I, 101, *107-108, 139*
De Jerjes, 107-108

Z
Zoroastrismo, 93-94, 95, 96-105
Como fe de los partos, 147, 148
Culto del juego, *92,* 98, 101, *104*
De los parsis, *102-103,* 104
Dogmas del, 93, 97-98, 144
Erosión del, 99, 101, 104
Influencia sobre la filosofía occidental, 144
Resurgimiento sasánida del, 104, 105, 147
Sacerdotes del, 95-96, 99, 101
Zoroastro (Zarathustra), 10, 93, 95-97, *98,* 99, 104, 105, 144, *148*

Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)
26 Los Hititas (II)
27 Las Primeras Ciudades (I)
28 Las Primeras Ciudades (II)
29 Las Primeras Culturas de Grecia (I)
30 Las Primeras Culturas de Grecia (II)
31 Los Israelitas (I)
32 Los Israelitas (II)
33 Los Etruscos (I)
34 Los Etruscos (II)
35 Los Persas (I)
36 Los Persas (II)

Próximo volumen

37 Los Primeros Jinetes (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

36

Los Persas (II)

TIME LIFE

folio